
MARIAH STONE
EL HEREDERO DEL VIKINGO
AL TIEMPO DEL VIKINGO:
EL LEGADO

EL HEREDERO DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO: EL LEGADO

LIBRO UNO

MARIAH STONE

Traducido por

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Age of Wolves* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Otras Obras de Mariah Stone

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

«Prefiero vivir una vida contigo que pasar el resto de las edades sin ti».

J. R. R. Tolkien

PRÓLOGO

Lomdalen, Noruega, 894 d. C.

La puerta del gran salón se abrió, y la luz solar proyectó una sombra sobre la delgada silueta encapuchada.

—¿Se encuentra el rey?

La voz de la figura no sonó alta, pero se asemejaba al viento fuerte que generaba olas sobre la superficie calma del fiordo, y todos los invitados presentes guardaron silencio. La gran inquietud que sintió Ulf Hakonson lo llevó a tomar la espada que yacía a su lado sobre el banco.

Era difícil ver por encima de todas las cabezas de los guerreros por su altura. A pesar de que la luz del día se colaba por la puerta en el gran salón, varias lámparas de aceite colgaban de los pilares de madera con tallados de dragones, lobos y serpientes e iluminaban los rostros sombríos que habían soportado arduas batallas. El aroma a leña, hidromiel, verduras hervidas y carne asada se mezclaba con el olor corporal de todos los invitados que llenaban el espacio cerrado.

Alto y ancho, el rey Harald se puso de pie con un abrigo de piel de oso alrededor de los hombros. Se encontraba en la mesa de honor en el extremo opuesto del gran salón y se secó el hidromiel que le humedecía la larga barba colorada.

—El rey está aquí.

Los casi ochenta hombres del rey Harald volvieron las cabezas hacia su líder, que se encontraba al lado del padre de Ulf, el *jarl* Hakon, un vikingo alto y musculoso que tenía una marca de nacimiento sobre el ojo izquierdo. Al otro lado de Hakon, la madre de Ulf, Mia, sujetó los grandes bíceps de su marido con el rostro pálido.

La silueta delgada caminó por el pasillo hasta la mesa de honor, y arrastró el abrigo de piel blanco. Como un manto invisible, el silencio reinó entre la multitud a su paso. Tenía un bastón que resonaba sobre el suelo. Con el rostro oculto en las sombras de la capucha, era imposible dilucidar cuántos años tenía o cómo lucía.

El hermano de Ulf, John, se puso de pie para intentar ver entre los hombros anchos de los guerreros vikingos.

—¿Quién es?

Mia, la hermana de Ulf, que había recibido el nombre de su madre, le clavó un codo en el lateral.

—¡Siéntate! ¿Acaso estás ciego? ¿No ves que tiene un abrigo de piel de gato?

John se sentó de inmediato.

—Oh…

Era una bruja. Una vidente. Una *völva*.

Mientras la mujer se acercaba a la mesa de honor, Ulf sintió el impuso de detenerla, pero ofender a una *völva* era lo mismo que ofender a los dioses.

John tomó el cuchillo para comer y comenzó a mover el trozo de ciervo asado en el plato.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con este día, hermano?

Ese día, Ulf cumplía dieciocho años. Era el último día que tenía para tomar una decisión. Antes de responder, pasó los dedos a lo largo de un hueco en la madera dura de la mesa.

—No. Ya tomé mi decisión hace mucho tiempo.

Su hermana, que solo tenía un año menos que él, lo miró preocupada. A través de la multitud, su madre lo miraba fijo y llena de pánico. Todos recordaban una noche hacía nueve inviernos en la que las tres nornas habían aparecido en un banquete y habían cambiado para siempre la vida de Ulf.

Las nornas eran los seres míticos que decidían todas las vidas y los destinos a través del tiempo. Una de ellas había enviado a la madre de Ulf del año 2019 al 875 al poco tiempo de descubrir que estaba embarazada de él. Su madre había negociado con la norna, que había accedido a dejarle escoger en el futuro si quería vivir en el siglo XXI o quedarse en la época vikinga. Ese día había llegado.

El rey Harald se apoyó contra la mesa con los brazos gigantes tensos. Unas pesadas cadenas de plata le colgaban del cuello.

—¿Me traes noticias de los dioses, honorable *völva*?

La bruja asintió lentamente, y el abrigo blanco con unas manchas negras destelló bajo la luz del fuego.

—Los dioses me han enviado una visión. —La voz seguía sonando baja, pero recorrió el gran salón como si el viento la hubiera llevado a cada par de oídos presente—. Te he estado buscando por doce lunas.

Los tatuajes de color azul pastel sobre un lateral del rostro del rey se alisaron cuando se puso serio.

—Bueno, me has encontrado.

El *jarl* Hakon intercambió una mirada con su esposa. La madre de Ulf le ofreció una sonrisa a la figura encapuchada.

—¿Te gustaría comer algo, *völva*?

La bruja alzó la cabeza.

—Oh, eres tú. La mujer que atravesó el tiempo.

Hakon se incorporó tan rápido que la pesada silla de madera se cayó hacia atrás y produjo un gran estrépito.

—¡Por Odín! ¿Cómo lo sabes?

Ulf cerró el puño alrededor de la espada. Su hermana le apoyó una mano en el hombro.

—Tranquilo, Channing.

Channing era el apodo que le había dado su madre cuando le hablaba en inglés. En el idioma celta, significaba lo mismo que Ulf en la antigua lengua nórdica. «Lobo». Lo llamaba así para recordarle sus raíces.

Eirik, el mejor amigo de Ulf, se acercó a él.

—¿Qué está pasando?

Sin embargo, Ulf estaba pendiente de cada una de las palabras que se intercambiaban en la mesa de honor. La bruja movió el bastón hacia la izquierda y la derecha, y las calaveras de ratón y murciélago que colgaban del palo resonaron en el aire.

—Las nornas me lo contaron todo, *jarl* Hakon. Todo.

Al oír la mención de las nornas, su madre volvió a mirar a Ulf con tanta intensidad que le produjo un escalofrío.

El rey Harald soltó una carcajada.

—¿La mujer que atravesó el tiempo? Oí los rumores, pero siempre creí que la gente se inventaba esas historias a raíz de tus legendarias habilidades medicinales.

La bruja alzó la cabeza.

—Lo que le debo decir al rey no puede esperar.

¿Por qué temblaba su madre? La frente le destellaba bajo el hermoso peinado; una línea derecha separaba al medio su cabello rubio cobrizo sujeto en una trenza alrededor de la cabeza como si fuera una corona dorada.

El rey Harald asintió y se inclinó sobre la mesa para acercarse a la *völva*.

—Nadie respeta a los verdaderos dioses más que yo. ¿Qué es lo que has visto?

La mujer no respondió. En lugar de hacerlo, miró por encima del hombro hacia Ulf, que sintió un estremecimiento similar a cuando alguien le recorría la columna vertebral con un trozo de hielo. La *völva* se volvió hacia el rey Harald y dio un paso más hacia la mesa. Las calaveras volvieron a resonar cuando se acercó al rey hasta que prácticamente le rozó la cabeza con la suya.

El tiempo se ralentizó, y Ulf oyó fuerte cada latido de su corazón. Su madre movía los labios para articular una única palabra: «huye».

El rey Harald se enderezó y desenvainó la espada y el ruido metálico resonó en el aire. Frunció el poblado entrecejo pelirrojo. Solo había una cosa en su mirada fría: la muerte.

—¡Maten a Ulf Hakonson! —La voz del rey resonó por el gran salón como un cuerno de guerra, y cien pares de ojos se posaron sobre Ulf.

Ulf se incorporó de un salto y alzó la espada al tiempo que el *jarl* Hakon desenvainaba su arma.

—¡Protejan a mi hijo!

Tanto los guerreros de Harald como los de su padre titubearon unos instantes. Habían sido buenos aliados durante muchos años, habían compartido hidromiel, tesoros y saqueos. Y, más importante aún, habían luchado juntos para poner al rey Harald en el trono. ¿Y ahora intentaban matar al hijo de un *jarl*? ¿Derramar la sangre del primogénito de su anfitrión? Eso iba en contra de la ley de hospitalidad nórdica. ¿Y el mero motivo era que una mujer con un traje de piel de gato le había susurrado algo al rey?

—¡Mátenlo! —rugió el rey Harald.

Sus hombres repitieron la orden. El llamado a batalla sonó fuerte e impactante en los oídos de Ulf. De algún modo, Hakon llegó a su lado y lo sujetó del cuello para jalarlo hacia atrás. Luego comenzó la batalla.

Alguien lanzó un hacha en la dirección de Ulf. Una ráfaga de aire frío le cosquilleó en una mejilla cuando le rozó el oído y le cortó un mechón de cabello rubio oscuro. Con un golpe seco, el arma se chocó contra la pared a sus espaldas. Ulf sintió que alguien lo empujaba. Era su madre.

—¡Tienes que marcharte, Channing! —le rogó en inglés intentando moverlo hacia la puerta.

—¿Marcharme a dónde? —exclamó Ulf.

—Ya sabes a dónde, Channing. Es el único sitio en el que no te encontrará.

Sin embargo, no se trataba de un sitio, sino de una época. El futuro. Una runa que se encontraba en el centro de una arboleda sagrada en honor a las nornas lo llevaría al futuro, si así lo decidía.

Las espadas y las hachas chocaban entre sí mientras los guerreros luchaban. En la habitación se oían los gruñidos y los gritos de dolor. Ulf apretó más la espada.

—No, ya conoces mi decisión.

Un guerrero blandió el hacha, y su madre esquivó los ataques con su *seax*. Varios hombres yacían muertos o heridos a su alrededor. Su padre luchaba contra el rey Harald, que no dejaba de

arrojar miradas llenas de furia a Ulf, mientras su hermana y su hermano de quince años también se enfrentaban a guerreros adultos. Todos lo estaban protegiendo. Todos podían morir a causa del capricho del rey Harald. Pero no tenían que morir. El rey solo quería matarlo a él. De modo que lo desafiaría y le pondría fin a eso antes de que nadie más resultara herido.

Ulf empujó al hombre que estaba atacando a su madre y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Oye, Harald, asqueroso cabrón! —gritó. El rey Harald se sonrojó, y le dio un puñetazo en el mentón a Hakon—. ¡Si me quieres, ven por mí! —Ulf empujó a otro hombre y siguió avanzando hacia la puerta—. ¡Ven!

—¡Deténganlo! —rugió Harald mientras luchaba para abrirse paso entre la multitud que se debatía en batalla en el gran salón.

Ulf salió corriendo hacia la luz grisácea del día de verano noruego y miró alrededor. A sus espaldas, varios guerreros comenzaban a salir de la edificación gritando y rugiendo con toda la euforia de la lucha. Su amigo Eirik, que tenía el cabello del color del trigo, lo siguió. Eirik se dio media vuelta y atravesó a un guerrero antes de gritar por encima del hombro:

—¡Yo te protejo, hermano! ¡Vete!

Eirik siempre lo había protegido: habían luchado hombro a hombro en cada batalla. Su mejor amigo le había salvado el pellejo en incontables ocasiones. Por los pies de Odín, qué agradecido que estaba de contar con su familia y sus amigos. Todos estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por él y jamás se apartaban de su lado. Por eso decidió que no sería ser la causa de sus muertes.

Reunió todo el aire que pudo contener en los pulmones y lo soltó en un rugido largo y alto. Todos se quedaron petrificados, y el rey Harald se detuvo en la puerta a observarlo. El rey tenía un profundo corte en la mejilla del que manaba sangre. Ulf se golpeó el pecho con el puño encima del corazón.

—¿Me quieres? Ven a por mí. Deja en paz a mi familia.

Tras eso, echó a correr.

Vio la aldea pasar en un relámpago mientras corría a toda prisa por las calles de tierra: las casas con techos de paja, cercas,

bastidores para secar pescado y hornos para ahumar carnes. La aldea se extendía a un lado del fiordo rodeada de unas montañas que se ceñían como murallas. Ulf comenzó a subir la colina siguiendo el sendero que conducía al bosque de la montaña más cercana. Unos gritos enfadados sonaron a sus espaldas y luego se redujeron a las suaves pisadas de muchos pies que avanzaban sobre el sendero de tierra.

Al poco tiempo, los pulmones le ardían a pesar de que se encontraba en buen estado físico. A sus espaldas, en la luz tenue, destellaron varias túnicas entre los árboles y los arbustos, así como también las hojas de las espadas y las hachas.

Ulf no sabía cuánto tiempo había corrido, pero cuando el bosque dio paso a una pequeña arboleda, se detuvo jadeando y sudado. Allí, en el centro, vio la piedra cubierta por runas que había llevado a su madre, embarazada de él, hasta allí desde el siglo XXI. La piedra de granito le llegaba hasta la cintura, tenía unas runas nórdicas y unos patrones ondulantes… y podría ser su escape.

Varias ramas se quebraron a sus espaldas, y se dio la vuelta para verlos. El rey Harald, como un oso gigante con pelaje cobrizo, jadeaba con el rostro cubierto de sudor y sangre. Su padre y su madre, que se aferraba a Hakon, también estaban allí. Todos respiraban entre jadeos, exhaustos tras haber subido la colina corriendo.

—¿Qué esperas? —le gritó su madre en inglés—. ¡Ve, Channing!

Ulf miró al rey Harald a los ojos.

—No, nadie me apartará de mi hogar ni de mi familia.

El rey Harald extrajo la espada con las dos manos y se la colocó sobre los hombros.

—De todos modos, no tienes a dónde ir.

Si ese iba a ser el último día de vida de Ulf, lo aceptaba. Moriría protegiendo a su familia y tendría una muerte honorable. Moriría con la espada en la mano, en un campo de batalla, e iría al Valhalla.

Sin embargo, antes de que pudiera lanzarse contra el enemigo, captó algo destellante por el rabillo del ojo. Mientras más guerreros llegaban a la arboleda sagrada, todos guardaron silencio y clavaron

la mirada en la piedra cubierta por runas. Cuando Ulf se volvió a mirarla, tampoco se pudo mover.

Al lado de la piedra de granito había una persona a la que jamás había querido volver a ver. Una anciana que, junto con sus dos hermanas, había ido a otro gran salón hacía nueve años para cambiarle el curso de la vida para siempre. Una de las nornas.

—No… —susurró Ulf.

La norna lo miró con los ojos celestes y fríos como un glaciar; eran unos ojos perforantes más viejos que el tiempo. La piedra con las runas se encontraba a su lado, oscura y amenazante. Su madre sacudía la cabeza y se cubría la boca.

—Ve, Channing…

Los ojos del rey Harald iban de Ulf a la anciana.

—¿A dónde?

La norna Skuld, con la que la madre de Ulf había negociado, alzó la cabeza.

—Mis hermanas se oponían a esto, pero te daré una última oportunidad, Ulf Hakonson. —Estiró el brazo y abrió la palma para dejarle ver el huso de oro con unas runas y unos patrones de hojas, serpientes, dragones y lobos grabados. La luz del sol destelló sobre el huso y lo cegó—. Ve.

Harald soltó un rugido y echó a correr hacia Ulf, pero Hakon lo sujetó de la túnica roja y blandió la espada. El rey apenas logró desviar el arma con la suya. La batalla entre los hombres del rey y los de Hakon se reanudó. El rey intentó correr hacia Ulf, pero Hakon no dejaba de atacarlo y distraerlo.

—No te quiero matar, Hakon —rugió Harald—, pero si sigues intentando detenerme, me veré forzado a hacerlo.

Con gran horror, Ulf vio que los ataques de Harald se volvían asesinos. El rey apuntaba al cuello y la cabeza de su padre, como lo haría cualquier guerrero que quería acabar con la vida de un enemigo. Eirik tenía una herida en el hombro derecho y luchaba aferrando la espada con la mano izquierda. La hermana de Ulf, Mia, estaba acorralada contra un árbol y desviaba los embistes del hacha de un guerrero. John, que jamás había ido a un saqueo, se

enfrentaba a un guerrero que le duplicaba el tamaño… y estaba perdiendo. Todos estaban a punto de perder la vida por culpa de él.

Por más que pudiera regresar al fiordo y robar un bote, el rey Harald lo encontraría y lo mataría. Era el hombre más poderoso de Escandinavia. Y, peor aún, lastimaría a la familia de Ulf para lograr llegar a él. La norna le ofreció una sonrisa triste. Pero ¿cómo podía abandonarlos? ¿Acaso ese escape no era un acto de cobardía? Su padre no le había enseñado a vivir de ese modo. Nunca había huido de una pelea.

Cuando Ulf apretó más la espada con el puño, vio que Harald alzaba el brazo alto en el aire para asestarle el golpe mortal en el cuello a su padre. Ulf jamás podría llegar hasta Hakon tiempo para protegerlo. Lo único que podía hacer era distraer al rey y desaparecer. Entonces, esa batalla acabaría.

—¡Harald, pedazo de cabrón meado! —rugió mientras estiraba la mano para tomar el huso de oro de la mano de la norna.

El rey se volvió hacia el con una máscara de ira en el rostro. Eso fue todo lo que necesitó Ulf para darle a Hakon la oportunidad de sobrevivir. Tras arrojarle una última mirada a su madre, cerró los dedos alrededor de la superficie suave y fría del huso y todo se oscureció.

Ulf parpadeó cuando unas luces intensas le produjeron dolor en los párpados. El suelo a su alrededor se sentía demasiado duro. Entreabrió los ojos y se puso de pie sujetando la espada, listo para defenderse. Sin embargo, no vio ningún arma, ni sangre ni tampoco a ningún vikingo.

La gente se apartaba de él de un salto. Los hombres tenían puestos unos pantalones estrechos de color azul y unas túnicas de diversos colores. Le resultó muy extraño que varias mujeres también llevaran puestos pantalones, y que otras llevaran unas faldas tan cortas que dejaban las piernas al descubierto. Estaba rodeado de unas edificaciones de argamasa y piedras rojas perfectamente rectangulares, así como también otras de piedras grises y suaves. Las edificaciones tenían ventanas, algo que solo había visto en las islas británicas, y solo en las casas más lujosas. En el aire pendía el aroma al mar, pero también había notas de metal quemado, polvo y

algo agrio y amargo. Unas gaviotas graznaban encima de su cabeza, y había muchos ruidos.

Echó un vistazo por encima del hombro y vio el mar y un puerto con muchos barcos blancos con mástiles blancos que se alzaban hacia el cielo, aunque otros no tenían ningún mástil.

Se dio cuenta de que el huso había funcionado. Se encontraba en el futuro. El estómago le dio un vuelco y bajó la espada. ¿Dónde estaba?

Se acercó a un grupo de hombres que lo miraban fijo con una mezcla de asombro y temor. Todos estaban tensos y dieron un paso hacia atrás.

—¿Qué año es? —les preguntó maravillado de poder hablar inglés sin esfuerzo alguno.

Uno de ellos, que tenía el rostro suave y el pelo corto, miró alrededor y le ofreció una sonrisa tímida.

—¿Acaso estás grabando un programa con cámara oculta? Estamos en el 2007, amigo.

En el 2007… ¿Por qué la norna lo había enviado en el tiempo doce años antes de su nacimiento? Su madre había viajado en el tiempo desde Boston, de modo que…

—¿Estamos en Boston? —les preguntó.

—Sí.

Que Odín lo condenara. Boston… era el sitio donde su madre conocería a su padre biológico, Daniel Esposito, en el 2017. Allí se quedaría embarazada de él en el 2019, y luego conocería a una de las nornas que la ayudaría a viajar en el tiempo a la Escandinavia del siglo IX.

Ese era el sitio donde tendría que residir. No. No podía quedarse allí. Tenía que encontrar el modo de regresar con su familia y sus amigos. Tenía que encontrar la manera de protegerlos de Harald y de la locura que la *völva* le había metido en la cabeza.

No había manera de que renunciara a todo lo que le importaba ni a todos sus seres queridos.

CAPÍTULO
UNO

Boston, octubre de 2021

—¡Ella, cuidado! —gritó su compañero.

Ella viró bruscamente hacia la derecha. El vehículo todoterreno de color plateado con ventanas oscuras se había deslizado en el carril delante de ellos como un pájaro, y Ella apenas había logrado evitar un choque. Pero ahora, se había movido demasiado y se dirigía hacia la multitud que se manifestaba caminando sobre la acera. Clavó los pies en el freno, y el coche chirrió hasta detenerse. El cinturón de seguridad se le clavó en el pecho, y Ricardo apretó las dos manos contra el panel de la bolsa de aire al tiempo que mascullaba una maldición.

—¡Oye! —Un hombre golpeó un letrero que decía: «¡Hermanos, dejen de matar a sus hermanos!» y se partió en dos—. Pero ¿qué diablos? ¡Eres una oficial de la policía!

Toda la escena tenía una cualidad surreal digna de los sueños que solía tener. Era como si la realidad a su alrededor se hubiera nublado. Como si el reflejo nítido del cielo contra las ventanas altas de los edificios de ladrillo y las edificaciones de hormigón sangrara como tinta que goteaba hacia el agua. Como si los manifestantes que marchaban y los coches que conducían al otro lado de la calle se hubieran ralentizado a un ritmo antinatural. Las yemas de los dedos le cosquilleaban, y sentía como si pudiera detener el evento o

pausarlo, rebobinarlo y también adelantarlo. Sentía como si pudiera cambiar las cosas.

Sacudiendo la cabeza, se deshizo de esa sensación. Inspiró hondo y bajó la ventanilla.

—¡Lo siento!

El aire de octubre inusitadamente gélido le refrescó las mejillas sonrosadas. Una nube de vapor le salió de la boca. Su compañero, Ricardo, se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien?

El manifestante negó con la cabeza y reanudó la marcha con las decenas de otros activistas. Hombres y mujeres de todas las edades pasaban por delante de las cafeterías y la tienda de arte tapiadas, y un guarda de seguridad que acababa de salir de un edificio de oficinas de fachada amarronada y rosada se unió al grupo. Todos iban con las manos enguantadas y los puños alzados en el aire mientras exclamaban su dolor. Era probable que muchos fueran desempleados y que hasta se encontraran en situación de calle. Muchos tenían los abrigos sucios y emparchados y llevaban mochilas que parecían llenas.

Ella escaneó los palos de madera con los que sostenían varios estandartes. Si el ambiente se agravaba, podrían convertirse en armas. ¿Cuántos manifestantes llevarían armas escondidas? ¿La policía ya estaría esperando en el ayuntamiento o en el sitio al que se dirigían? En circunstancias normales, habría agentes de la policía controlando la manifestación. Pero la realidad era que no contaban con suficientes agentes como para controlar la gran cantidad de manifestaciones. Ella soltó el aliento.

—Pero ¿qué le pasa a la gente hoy?

Ricardo se movió en el asiento y alzó la taza naranja con tapa de Ella para acercársela al vientre con forma de barril.

—No lo sé, pero tengo dos noticias buenas para ti.

Con el corazón aun latiéndole desbocado, Ella se movió en el asiento para mirar por la ventanilla de atrás. Había un coche detrás de ella, pero se detuvo para dejarla dar marcha atrás. Puso reversa y regresó a la calle.

—¿Una de ellas es que el patán del todoterreno no te hizo derramar mi café?

Una nevada suave comenzó a caer del cielo plúmbeo, flotando entre los edificios altos del centro de Boston. ¿Nieve en octubre? Eso sí que ilustraba el cambio climático. Ricardo alzó la taza a modo de brindis.

—Sí, esa es una. —Bebió un sorbo y exhaló con satisfacción—. Tu padre prepara el mejor café.

Ella frenó y le hizo un ademán al conductor del coche que tenía detrás para agradecerle por dejarla salir.

—¿Y cuál es la otra?

—El patán que se te metió delante sigue allí.

Mientras se volvía para mirar la calle que se extendía ante ella, vio el todoterreno plateado. Aún no había demasiados vehículos en la calle, y estaba esperando en un semáforo a unos tres metros delante de ellos. Ella apretó el acelerador.

—Qué patán —masculló por lo bajo—. ¿Por qué pone a los demás en riesgo sin ningún motivo?

Se detuvo abruptamente detrás del todoterreno y le hizo una seña al conductor para que se detuviera en el arcén.

—Ella, por favor… —comenzó Ricardo—. Ya olvídalo. Hacer multas de tráfico no es tu trabajo.

Ella apretó la mandíbula. Ya lo sabía.

—No puedo permitir que alguien ponga en riesgo a los civiles.

—Si Wilson se entera…

Sería más munición que el capitán podría utilizar en su contra. Tamborileó el pulgar contra el volante. Ricardo tenía razón. Debería olvidarse del asunto. En el pasado había desobedecido órdenes y, a pesar de que lo había hecho por los motivos correctos, el capitán no había estado de acuerdo.

Al diablo con Wilson. La persona que estuviera en ese coche podría haberla hecho desviar hacia la multitud de manifestantes. El conductor había puesto en riesgo la vida y el bienestar de muchas personas. Decidida, abrió la puerta.

—No se enterará.

Sin molestarse en ponerse el abrigo, salió del coche al aire gélido. Olía a gasolina y nieve, a invierno, a pesar de que los árboles y los arbustos aún tenían hojas.

—¡No más! ¡No más! ¡No más dióxido de carbono! —exclamaba la multitud que marchaba por la acera a su derecha.

—¡Detengan el cambio climático!

—¡Queremos comida para todos!

A través de los gritos, sus tacones bajos repiqueteaban contra el asfalto mientras avanzaba hacia la ventanilla del conductor. Aunque tenía la puerta cerrada, podía oír una música folk metal que provenía del coche. El hombre sentado en el asiento del conductor tenía la mirada clavada en la calle delante, como si quisiera asesinarla. Tenía la piel oliva, el cabello largo y de color rubio oscuro sujeto en un moño masculino y una incipiente barba oscura. No se podía negar que era atractivo. Vestía un traje costoso y tenía una mano fuerte apoyada en el volante. Una pulsera de cuero y unos tatuajes con unos símbolos nórdicos se veían debajo de los puños de la camisa. Tanto la nariz recta como las pequeñas cicatrices que tenía en la frente y la que le cubría la ceja, sumada a la pequeña marca de nacimiento que tenía al lado del ojo se combinaban para darle el aspecto de un multimillonario rudo.

Ella acercó los nudillos a la ventanilla para llamarle la atención, pero el semáforo se puso en verde, y el coche salió disparado tan rápido que soltó un jadeo.

—¡Maldita sea!

El todoterreno estaba desapareciendo rápidamente por la carretera entre los rascacielos. Ella negó con la cabeza y regresó corriendo al coche. Había estado hablando de poner en riesgo a los civiles, pero ahora era ella la que estaba bloqueando el tráfico. Cuando se acomodó en el asiento, siguió la camioneta plateada que se desvanecía en la distancia con la mirada.

—¿Recuerdas la placa?

Ricardo se llevó el índice a la sien y se dio unos golpecitos.

—Tengo memoria fotográfica, ¿recuerdas?

Ella aceleró.

—Perfecto. La vas a necesitar más tarde.

—Ella, ya sabes que estás rompiendo todas las reglas que estableció Wilson. Olvídate del asunto.

—Si crees que me puedo olvidar del asunto, es evidente que no me conoces.

Olvidarse de los asuntos jamás había sido su punto más fuerte. En especial en cuestiones como la búsqueda de su madre, que la había abandonado a los cuatro años y había desaparecido como si jamás hubiera existido. Veinticinco años después, Ella seguía buscándola. Y utilizaba los recursos de la policía por motivos personales, lo que constituía la segunda razón por el cual se encontraba en terreno peligroso con Wilson. La primera era la insubordinación. Sin embargo, Ella siempre había tenido la sospecha de que el verdadero problema que tenía con ella era que era una mujer.

El teléfono de Ricardo sonó, y su compañero atendió la llamada.

—Sánchez. Sí… Estamos en camino. —Tras colgar, se volvió hacia ella—. Vamos al puerto de Boston.

Como si el conductor del todoterreno hubiera oído la misma conversación, giró a la derecha en la siguiente intersección.

—¿Qué pasó? —Ella disminuyó la marcha y siguió al vehículo plateado.

—Un gran decomiso de drogas en un contenedor de aguacates. Wilson también va de camino y quiere que tomemos el caso.

Ella se quedó sin habla. Si Wilson iba a estar presente, tenía que ser un caso muy importante.

—De acuerdo.

—¿Vas a comportarte como se debe? —le preguntó Ricardo y la hizo reír.

—¿Hace falta que me lo recuerdes?

—Evidentemente, sí —repuso con una sonrisa arrogante.

El todoterreno aceleró y se perdió en el tráfico, y Ella tomó una profunda bocanada de aire para calmarse. Tendría que atrapar al conductor otro día. Había algo en su rostro que le resultaba familiar, como si ya lo conociera de algún sitio. Llegado el momento, lo recordaría.

A los quince minutos, llegaron a la zona portuaria, en el sureste de Boston. Detrás de un cerco metálico gris, varios depósitos flanqueaban una larga fila de contenedores azules, verdes y rojos que se veían más oscuros bajo el cielo encapotado.

Ella y Ricardo se identificaron en la puerta de seguridad, y el guardia le instruyó que se dirigiera a la edificación A03. Pasó por el edificio de oficinas de hormigón y vidrio y condujo entre las filas de contenedores que tenía a la izquierda y los depósitos que se erguían a la derecha. Al fondo de la calle recta, se veían las luces de los patrulleros. Tras aparcar entre otros patrulleros y vehículos que eran propiedad de la policía portuaria, se bajó del coche y se puso el abrigo. Una brisa marina congelante sopló unos pequeños copos de nieve que se sintieron afilados como agujas al rozarle el rostro.

—Dame el café —le dijo a Ricardo, que se cerraba la inflada chaqueta naranja que lo hacía verse como un balón de básquet. Su aspecto físico solía confundir a los sospechosos y a los civiles y les hacía creer que era torpe y, por ende, inofensivo. Sin embargo, eso no podía estar más errado. Ricardo era mucho mejor policía que ella, y la combinación de su memoria fotográfica con su mente afilada lo convertía en un detective excelente. Ella estaba orgullosa de trabajar con él.

Ricardo le entregó la taza.

—Todavía queda un poco. —Ella tomó la mano y puso los ojos en blanco.

—Vaya, qué considerado.

Cuando pasaron por delante del sedán gris de Wilson, Ella comenzó a prepararse mentalmente. Alrededor de un contenedor blanco, había cerca de una docena de hombres y mujeres reunidos. Wilson sobresalía sin esfuerzo entre la pequeña multitud; tenía una silueta alta y pesada, los hombros siempre hundidos y la cabeza calva bajo una gorra. Ella pasó la mirada por la fila de coches aparcados al otro lado de la calle y se detuvo de inmediato. Sin dar crédito a sus ojos, apoyó la mano sobre el brazo de Ricardo.

—¿Ese es el todoterreno del patán?

Ricardo le ofreció una sonrisa torcida y soltó una risita.

—Sí, es la misma matrícula.

Ella soltó un gruñido y marchó hacia el grupo de personas reunidas. De pronto, lo vio. ¿Cómo no iba a verlo si era el más alto? A pesar de que hacían diez grados bajo cero, solo tenía puesto su traje, sin ningún tipo de abrigo encima, como si el frío no le molestara en lo más mínimo.

Estaba hablando con Wilson, que se dio vuelta al oír los tacones resonando sobre el asfalto. El dios vikingo también siguió su mirada, y la expresión de amabilidad que había tenido en el rostro se le desvaneció. Entrecerró los ojos y se concentró en ella mientras la recorría con la mirada de la cabeza hasta los pies. Tenía los ojos de un color verde tan oscuro, que podría ser igual al del musgo ancestral. Pero por todos los cielos, no la estaba mirando, se la estaba… devorando con una mirada que destellaba. Era como si estuviera intentando sacarla de quicio.

Ella decidió que no permitiría que la afectara por más que las rodillas se le hubieran debilitado como si fueran gelatina, por más que una profunda ola de calor le formó unas gotas de sudor entre los omóplatos a pesar del frío y por más que sentía las mejillas calientes como dos calderas. Sin importar quién fuera ese sujeto, no permitiría que saliera impune tras conducir como un desquiciado. Pero ¿por qué diablos le resultaba tan familiar?

Wilson miró a Ella y Ricardo con el entrecejo fruncido.

—Ah, Sánchez, O'Connor, al fin. Este es Channing Hakonson…

Ella lo interrumpió:

—El director ejecutivo del puerto de Boston.

El hombre en cuestión les ofreció la mano.

—Encantado de conocerlos.

En un gesto automático, Ella le ofreció la mano. La de Channing era seca y callosa, grande y dura, como si en lugar de trabajar en una oficina, se ganara la vida cortando leña. Cuando entraron en contacto, Ella sintió una descarga eléctrica… como una explosión de fuego. Además, le pareció estar perdiendo la cordura cuando vio unos hilos dorados que entrelazaban sus manos. Tras parpadear, la imagen desapareció. Sin embargo, no tuvo tiempo de indagar en lo que sin dudas acababa de imaginarse porque una vez más algo estaba ocurriendo alrededor de ella, algo parecido a lo que solía

soñar. El tiempo se ralentizó y se detuvo, y fue como si él y ella se hubieran quedado completamente a solas. Como si estuvieran solos en todo el mundo. A su alrededor, todos se quedaron petrificados, en pausa. Y al sentir el impulso suave y dulce de alegría y calor que le infundió su roce, se quedó sin aliento. Pero cuando el hombre apartó la mano, todo regresó a la normalidad. El director ejecutivo le ofreció la mano a Ricardo.

Channing Hakonson era el hombre que había dejado sin trabajo a su primo. Gracias a él, no podía permitirse bajo ninguna circunstancia que la despidieran, porque de lo contrario perdería la hipoteca de la casa de tres plantas en Dorchester.

Ella era consciente de que tenía la mirada clavada en el atractivo rostro arrogante del hombre en cuestión. Por dentro, anhelaba esposarlo, hacerle una multa y demostrarle que el hecho de que fuera el dueño del puerto más grande de los Estados Unidos no significaba que era el dueño de las calles de Boston ni de las vidas de las personas. Aunque, por el momento, tenía que actuar con profesionalismo. Por eso, se volvió hacia Wilson.

—¿Qué encontraron?

El jefe señaló un toldo que cubría varias filas de bolsas marrones acomodadas con gran precisión.

—Quinientos cincuenta kilos de cocaína.

Ella soltó un silbido.

—Estaba escondida en cajones de aguacate provenientes de Colombia. Y eso es solo un contenedor. Puede que haya más. Había varios cajones de Agrico Solutions, y los están allanando ahora.

Channing Hakonson la miró.

—Ya le dije al señor Wilson que si hay algo que pueda hacer o si necesitan algún recurso, estoy a su disposición. —Vaya, tenía una voz de lo más aterciopelada. Era grave y agradable, pero a la vez profunda, como un trueno en el horizonte que acarreaba gran alivio tras una larga sequía. Tenía un acento… una manera especial de pronunciar las consonantes, como si las estuviera acariciando. Le remitía a algo nórdico… o islándico… que también se aparejaba con los tatuajes de runas y patrones vikingos y el peinado con el moño masculino que llevaba a pesar de ponerse un traje—. Si necesitan

algo para detener el tráfico de drogas, por favor no duden en decírmelo.

Le estaba hablando directamente a ella y estiró la mano para entregarle su tarjeta de negocios que sostenía entre el dedo índice y el del corazón. Ella la aceptó sin mirarla y tuvo que contenerse de no hacerla añicos. No quería tener nada que ver con ese patán arrogante. Abrió la boca para decir algo, pero el móvil de Channing sonó. Al atenderlo, sostuvo un dedo en el aire como diciéndole: «Aguarda un minuto».

—Voy en seguida. —Colgó la llamada—. Disculpen, pero me tengo que ir. Detectives, capitán Wilson… lo dije en serio. Si necesitan algo, por favor comuníquense conmigo. Los dejo en las manos de Peter van Beek, el administrador del puerto.

El hombre en cuestión asintió con la cabeza. Tenía unos ojos oscuros y profundos que remitían a los de un ratón. Parecía un sujeto que había trabajado en un cubículo durante toda su vida: tenía el cabello corto, una camisa de vestir azul, un abrigo de lana y una pequeña barriga que era el resultado inevitable de un estilo de vida sedentario.

—Estoy a su disposición para lo que necesiten —les aseguró Van Beek.

Ella asintió, pero no despegó la mirada de Channing Hakonson, que avanzaba hacia su coche con zancadas largas. Tanto el movimiento de los hombros anchos como el de las musculosas piernas largas que se distinguían aún a través de los pantalones de color carbón del traje se asemejaban al de un predador, al de un lobo en plena caza.

Ella sacudió la cabeza para volver a la realidad.

—Y acerca de las drogas, ¿tenemos alguna idea? ¿El FBI mencionó algo?

Wilson soltó un suspiro y se frotó el mentón.

—De hecho, sí. —La miró durante un instante prolongado—. Estaba pensando si era la decisión acertada entregarte el caso a ti, O’Connor.

Ella se mordió el labio inferior para mantener la boca cerrada y no defender sus actos. Sabía que no tenía que buscar una matrícula

por motivos privados, pero encontrar a su madre era más importante que cualquier cosa que pusiera en riesgo su trabajo. Además, no se arrepentía por haberse negado a arrestar a los pacíficos manifestantes que habían acampado en la plaza del Ayuntamiento. Volvería a desobedecer órdenes de ser necesario. Alguien tenía que hacer algo acerca del cambio climático y la escasez de alimentos que conllevaría.

—Esta es la última oportunidad que tienes, O'Connor —le advirtió Wilson—. Ya tengo suficientes motivos para despedirte. Pero no lo he hecho por respeto a tu padre. Un error más, y te quedas en la calle.

Ella recordó la hipoteca, y pensó en su padre en silla de ruedas, su hermano con necesidades especiales, su tía y su tío y también en su primo Rob, que tenía una esposa y un bebé en camino. Todos dependían de su salario y de que pudiera pagar la hipoteca. ¿Qué iba a hacer si perdía ese trabajo?

—Sí, señor —le dijo.

—Muy bien. —Wilson sonrió, y los labios gruesos se le curvaron. Ella no comprendía por qué siempre olía a barbacoa—. El FBI recibió una pista de un informante de las bandas dominicanas denunciando que una poderosa figura del puerto de Boston encubre grandes operaciones de tráfico de drogas. Por eso, desde que Channing Hakonson se convirtió en el dueño y el director ejecutivo del puerto, casi no se han encontrado drogas. De modo que, ¿adivinen quién es esa figura poderosa?

Un coche aceleró, y los tres observaron al todoterreno desaparecer por la calle a la velocidad de un cohete. Wilson la miró a los ojos, con una mirada gris fría e imperturbable.

—Demuéstrame lo que vales. Si no encuentras pruebas en contra de él, estás despedida.

CAPÍTULO
DOS

Los dioses estaban jugando con él. ¿Cómo podía ser que la policía hubiera encontrado cocaína el mismo día que sus dos científicos habían hecho un descubrimiento?

Mientras conducía, Channing miró por el espejo retrovisor las luces de los patrulleros. La detective Ella O'Connor se encontraba de pie con la mirada clavada en él. ¿Y cómo era posible que ese día también hubiera conocido a esa mujer? Tenía los ojos celestes como el cielo, la postura de una valkiria y el cuerpo de Freya, la diosa del amor. Con el cabello rubio y largo en el que anhelaba enterrar los dedos, los pómulos altos, los labios carnosos que rogaban ser besados y la piel de porcelana, le recordaba a las bellezas nórdicas que había visto desde que era niño. Sin embargo, no recordaba jamás haber conocido a una mujer más hermosa. El traje gris que llevaba puesto no le hacía justicia a su figura atlética, aunque se vería bien hasta con una bolsa de arpillera. Cuando lo miró a los ojos, sintió como si Thor le hubiera impartido un rayo en el pecho. Algo en ella le resultaba familiar, como si ya hubiera visto esos ojos antes, aunque no recordaba ni cuándo ni dónde.

En el espejo, la silueta desapareció en la distancia mientras conducía por el corazón del puerto. Pasó por delante de varias montañas de carbón y minerales, paredes de contenedores y edificios de depósitos. A su derecha, unas grúas alzaban los contenedores de la dársena para apilarlos en varias capas coloridas a bordo de navíos que aguardaban para zarpar.

Más allá de la bahía azulada de Boston, más allá de la amplitud del océano Atlántico, se encontraba su hogar. Noruega. Sin embargo, no se refería a la Noruega del siglo XXI.

Hacía catorce años que esperaba regresar a su época. No se había involucrado en ninguna relación ni se había atado a nadie. En esa época no había dioses verdaderos, ni gloria, ni honor. El dinero era el único dios. Y la gente poderosa de esa época lo adoraba en su altar con extravagantes coches, mansiones y jets privados. Hasta los pobres suplicaban bendiciones que muy poco veían.

El dinero se le había dado fácil. Y seguro los dioses se estaban riendo de lo más entretenidos al observar su vida. Y si no eran los dioses, eran las nornas. Las tres ancianas más viejas que el tiempo y más poderosas que nada ni nadie eran las que decidían el destino tanto de las personas como de los dioses.

Una de ellas lo había enviado allí ese condenado día en el siglo IX en el que el rey Harald de repente había decidido matarlo. Ahora debían de estar riéndose de sus intentos de regresar y de tomar el control de su propio destino. Pero pronto verían el poder que podía llevar el dinero.

Volvió a posar la mirada en el cielo que cubría el vasto océano. Algo se estaba cocinando en las pesadas nubes que cubrían el horizonte y auguraban tormentas de nieve y hielo. Tanto ese repentino clima nórdico, como el hallazgo de una enorme cantidad de cocaína y el hecho de haber conocido a esa mujer hizo que se le erizara el cabello en la nuca. Experimentó una sensación fría y oscura que lo hizo querer sostener su espada.

Con un gesto negativo, se deshizo de ese anhelo y aparcó frente a un depósito sencillo que no se diferenciaba en nada del resto de los depósitos que se alineaban en el medio del puerto. El edificio M05 tenía el tamaño de un estado de fútbol americano. Las tres plantas de paredes de hormigón no tenían ninguna ventana. Solo había dos puertas lo suficientemente grandes como para que pasara la grúa con el cargamento y los camiones con contenedores.

Mientras caminaba a la entrada, el viento le sopló unas ráfagas gélidas contra el rostro, y se le cerró la garganta. En el depósito no estaba mucho más cálido. Había varias cajas con mercaderías, cajas

de cartón con partes metálicas, tornillos, taladros y herramientas apiladas una encima de la otra. Al lado de una grúa oxidada, había un montacargas. Varias cadenas colgaban del cielorraso. Olía a polvo, aceite viejo de máquinas y metal. Nadie había estado allí durante varios años, a excepción de él y las dos personas que lo aguardaban en el sótano.

Avanzó entre un laberinto de estanterías y cajas, giró a la izquierda, luego a la derecha y luego a la izquierda otra vez. Se acercó a una pila de cajas que había contra una pared y que ocultaba un panel eléctrico rectangular. Introdujo el código y la fila de cajas que tenía al lado se movió hacia la derecha. En el suelo se abrió una apertura cuadrada con una escalera metálica sencilla iluminada con luces amarillas que conducía a la planta baja. Se dio la vuelta y estudió el depósito oscuro. El viento seguía soplando bajo la puerta de entrada, pero no oyó más nada. Tras arrojar una última mirada, bajó las escaleras. Apretó un botón en la pared, y la apertura se cerró sobre su cabeza.

El sótano se encontraba dos plantas más abajo. En el centro de la habitación, sobre una construcción sólida de acero, había un huso de oro enorme con unas runas nórdicas y unos rizados patrones vikingos grabados en la superficie. Unas mesas largas llenas de equipamiento se alineaban contra las paredes del laboratorio. Gran parte de lo que había allí no había sido adquirido de forma legal. El sótano en sí no existía en los planos oficiales del puerto. Allí abajo siempre predominaba un olor a químicos que se asemejaba a algo limpio, una mezcla del olor del marcador para pizarras y la lejía.

La pared más alejada tenía la mitad de la superficie cubierta con una pizarra blanca enorme llena de fórmulas, dibujos, gráficas y ecuaciones. Allí vio a dos figuras con guardapolvos celestes. Estaban debatiendo una de las fórmulas en voz baja. Mientras Channing seguía bajando las escaleras, el repiqueteo de los zapatos contra el metal resonó por las paredes, pero los científicos no le prestaron atención.

La mujer, la doctora Georgina Brandon, una mujer delgada, de estatura baja y afrodescendiente de unos treinta años, se frotaba un

dedo contra el mentón y tenía la otra mano apoyada contra la cadera.

—Entonces es como un cilindro de Tipler, pero no tiene que ser infinito ni diez veces más denso que la masa del Sol.

Munchie, el doctor Miles Mochizuki, un hombre alto de descendencia japonesa, masticaba una barra de granola mientras pensaba.

—Eh… Sí, pero aun así necesitamos alcanzar varios mil millones de revoluciones por minuto.

—Pero según esto, podemos hacerlo. —Alzó la mirada hacia él y se llevó el marcador para pizarras al labio inferior—. ¿O se nos está pasando algo por alto?

Channing se encontraba de pie detrás de ellos y miraba la fórmula que habían estado debatiendo. Aunque no entendía la teoría de la relatividad general ni nada espacial, ni tampoco sabía mucho acerca de las cuerdas cósmicas, podía ver la fórmula grande escrita con un marcador azul en lo que había aprendido era la caligrafía precisa y rizada de Munchie en los siete años que había trabajado para él. Pero también vio un */w(i)* añadido al final de la ecuación con marcador rojo y con otra caligrafía.

—¿Ese es el hallazgo? —preguntó.

Los dos lo miraron por encima del hombro y respondieron a la vez:

—Sí.

—Genial. ¿Y qué significa?

Georgina avanzó hacia la pizarra y abrió el marcador.

—Bueno… —Comenzó a escribir un cálculo que espejeaba la fórmula—. Nos dice que tenía toda la razón acerca de la forma del huso que necesitábamos para la máquina del tiempo. —Siguió moviendo la mano para escribir letras entrelazadas—. Significa que, al alcanzar tres mil millones de rotaciones por minuto, el huso crea curvas cerradas de tipo tiempo, o CTCs, por la sigla en inglés, a su alrededor. Y, al alcanzar esa velocidad, cualquier rotación adicional que dé puede llevar a alguien un segundo al pasado o al futuro, dependiendo de la dirección de la rotación. Esa velocidad también

crea un vacío y funciona con pulsos gravitacionales en lugar de oponerse a ellos.

Channing se rascó el mentón.

—De acuerdo. ¿Y eso ya no lo sabían?

Munchie mordió la barra de granola y respondió con la boca llena:

—Sí, pero no sabíamos cómo lograr la velocidad de rotación igual o superior a la velocidad de la luz.

El pecho de Channing se llenó de esperanza.

—¿Y ahora lo saben?

Georgina escribió: «1000 megavatios».

—Sí. —Lo miró—. Mil megavatios.

—No tengo ni idea de qué significa eso.

—Es suficiente energía como para satisfacer las necesidades de una ciudad del tamaño de Boston.

A Channing le dio un vuelco el estómago.

—Por el trasero de Odín… ¿Eso es posible? Dijeron que bien podía ser el caso que no contemos con la tecnología para viajar en el tiempo en nuestra generación. ¿Cómo llegaron a esta conclusión?

Munchie y Georgina intercambiaron una mirada. Georgina se cruzó de brazos.

—Fue Munchie.

—No fui yo.

—Bueno, entonces no estás al tanto de haberlo hecho —añadió Georgina.

Munchie arrugó el envoltorio de la barra de granola y lo arrojó al cesto de residuos, pero no cayó adentro.

—No fui yo.

—Entonces, si no fuiste tú y tampoco fue Georgina… —Channing sintió un cosquilleo en la piel—. ¿Quién fue? ¿Dejaron entrar a alguien? Ya saben que tienen prohibido por contrato decirle nada a nadie.

Georgina soltó un suspiro.

—No hemos dicho nada. Durante siete años, señor Hakonson.

Munchie extrajo otra barra de granola y comenzó a abrir el envoltorio.

—Cuando llegamos esta mañana, estaba allí.

Channing tamborileó un dedo sobre la superficie de la mesa.

—¿Cómo es posible que haya estado allí?

—No tengo ni idea —repuso Munchie y mordió la barra—. Si estamos intentando hacer que funcionen los viajes en el tiempo y sabemos que la tecnología podría no existir en nuestra generación, ¿quién puede negar que alguien del futuro haya venido a darnos una pista porque ya cuentan con la tecnología?

Georgina soltó un bufido, pero Channing no se rio. Jamás les había dicho a los científicos por qué había insistido en que la máquina para viajar en el tiempo tuviera la forma de un huso. Y jamás le había contado a nadie por qué le interesaban tanto los viajes en el tiempo. Al menos, no el verdadero motivo. A los ojos de los dos científicos, era una especie de Elon Musk con un interés por la ciencia y una cantidad de dinero desorbitada. No tenían ni idea de lo acertada que podría ser la idea descabellada de Munchie.

A Channing se le tensó el mentón.

—¿Se puede hacer?

Munchie parpadeó con la mirada fija en el número sin dejar de masticar.

—Depende, jefe. ¿Puede conseguir un reactor nuclear que sea un reactor modular de séptima generación?

Munchie lo miró a través de las gafas sin marcos con los ojos oscuros serios.

—¿Hablas en serio? —Channing se apoyó contra el borde de la mesa—. ¿Un maldito reactor nuclear?

—De séptima generación —añadió Georgina—. Aún no los han inventado oficialmente.

Channing se enterró las manos en el cabello y se detuvo antes de llegar al moño.

—¿Qué están diciendo?

Georgina se encogió de hombros.

—Los de quinta generación han sido aprobados por el Organismo Internacional de Energía Atómica el año pasado. Los de sexta generación están siendo probados en diferentes países oficialmente. Pero los de séptima generación… según información oficial, solo hay

teorías acerca de cómo hacerlos más seguros y poderosos que las versiones anteriores. Y, lo más importante, es que se podrían encender rápido, casi como cualquier artefacto del hogar, mientras que las generaciones anteriores necesitan varios días hasta estar listos para operar. Según algunos rumores, los rusos se las ingeniaron para crear un reactor antimateria de séptima generación con unos niveles de energía que se asemejan a los que produce el Sol.

Channing ladeó la cabeza.

—¿Y eso qué significa para nuestro proyecto?

—Que, para viajar en el tiempo, necesita que el Sol le dé energía al huso, jefe. Así que, si no quiere ir al espacio con el huso, debe traer uno de esos reactores de séptima generación. Ya sabe, si la montaña no va a Mahoma…

Channing cerró la mano en el borde de la mesa.

—Un maldito reactor nuclear… —susurró.

La mente se le aceleró considerando diferentes escenarios.

—A ver si estoy en lo cierto —prosiguió—. No es de lo más legal tener uno.

Georgina se acercó al huso gigante y apoyó la mano sobre la superficie suave.

—La Comisión Reguladora Nuclear de los Estados Unidos controla los materiales radioactivos que utilizan los reactores nucleares. La comisión debe aprobar los reactores, que requieren una gran cantidad de procesos y permisos. Supongo que eso lleva meses y, quizás, hasta años. Y luego tendría que explicar por qué necesita un reactor, lo que obviamente ni se discute. —Hizo un gesto alrededor del laboratorio.

—No tengo un año. Ya hemos estado trabajando en este proyecto durante siete años.

Caminó hacia las escaleras.

—Encuentren otro modo de lograrlo —les dijo por encima del hombro.

Munchie tragó la comida.

—No hay otro modo, jefe.

Channing se masajeó el rostro con una mano.

—Por los pies de Odín, ¿no es extremadamente peligroso usar un reactor nuclear?

Georgina intercambió una mirada con Munchie y vio cómo se le borraba la sonrisa del rostro.

—Sí.

Channing cerró los ojos durante un instante y apretó los dientes.

—¿No es más fácil mover la máquina a algún sitio donde pueda recibir la energía?

Georgina miró el huso de arriba abajo.

—Nombre a algún director de una planta nuclear que vaya a acceder a esto.

Channing soltó un gruñido mientras se daba media vuelta y comenzó a subir las escaleras.

—¿Dónde está la maldita norna cuando la necesito? —masculló.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Munchie.

—Nada —repuso—. Lo conseguiré.

No tenía más alternativa que conseguirlo. Porque era un hombre que lograba cosas. Cosas imposibles. Cosas descabelladas. Era un hombre que había sido concebido en el siglo XXI, había nacido en el siglo IX y había viajado en el tiempo al siglo XXI a los dieciocho años.

Era un hombre que había empezado de abajo y se había vuelto un director ejecutivo. Era un hombre que regresaría a casa a pesar de lo que las nornas tuvieran planeado para él.

Era un hombre que desafiaba al destino.

CAPÍTULO

TRES

—¿Lo puedes entregar o no? —le preguntó Channing a la persona al otro lado de la línea desde el teléfono prepago mientras salía del edificio M05. Tenía varios teléfonos prepagos en el laboratorio para ese tipo de situaciones. No era la primera vez que tenía que obtener algo que era difícil de conseguir para la máquina del tiempo, pero no parecía haber nada que no pudiera conseguir… por el precio indicado. La voz al otro lado de la línea sonó anonadada.

—¿Un reactor nuclear de séptima generación? ¡Ja, ja! No, no puedo.

Maldición. Cerró la puerta a sus espaldas y giró la llave.

—¿Conoces a alguien?

Mientras esperaba en silencio a la respuesta, anduvo hasta el coche. Se dio cuenta de que había dejado de nevar, pero se había puesto más ventoso. Al final, la persona suspiró.

—Quizás. —Tras eso, colgó.

Bueno, de momento, era lo mejor que podía esperar. De camino al coche, las manos le escocieron ansiosas de sostener la espada y de la actividad física que lo ayudaba a aliviar la tensión que se le estaba acumulando en los hombros. No había dejado de entrenar con la espada desde que había llegado allí hacía catorce años. A pesar de que jamás había utilizado la espada para luchar en ese siglo, lo mantenía en excelente estado y listo para la batalla cuando regresara a la época vikinga.

Abrió la puerta del coche y, cuando estaba a punto de subirse, un movimiento cerca de la esquina alejada del edificio M05 le llamó la atención. Vio algo gris y marrón… Se quedó petrificado con un pie en el coche y la mano en la puerta. Era un lobo sentado en el extremo opuesto del edificio y jadeaba como un perro sin quitarle la mirada de encima. ¿Un lobo?

Channing parpadeó. Nunca había visto un lobo en el siglo XXI. De seguro, el lobo más cercano estaría en un zoológico. ¿Podría tratarse de un perro? No. Él conocía muy bien los rasgos de los lobos porque había tenido que protegerse de ellos varias veces en el siglo IX. Ver a uno en el medio del puerto marítimo en la ciudad de Boston era tan anormal como ver a un verdadero vikingo. No tenía dudas de que se trataba de un lobo, pero debía de estar domesticado a juzgar por la calma con la que lo observaba. Casi parecía amistoso.

De repente, sus ojos se enfocaron en otra cosa que no había notado antes: un Ford Taurus blanco. Adentro, Ella O´Connor y Ricardo Sánchez lo miraban desde los asientos delanteros. Channing soltó una maldición por lo bajo. Debieron haberlo seguido y debieron haberlo visto entrar y salir del edificio. Qué día de mierda.

Volvió a sacar el pie del coche, cerró la puerta y emprendió el camino hacia el Taurus. Mientras se acercaba, Ella bajó la ventanilla y le ofreció una sonrisa angelical. Channing colocó la mano sobre el techo del automóvil y se inclinó para quedar a la altura de sus ojos.

—Detectives.

Ella ladeó la cabeza, y los brillantes ojos celestes destellaron con intensidad.

—Señor Hakonson —lo saludó con exagerada dulzura—. ¿Podemos hablar?

Los ojos oscuros de Ricardo Sánchez lo miraban con dureza.

Channing asintió.

—Quizás en mi oficina…

—¿Qué hay en ese edificio? —lo interrumpió Ella con una sonrisa falsa en el rostro.

—Síganme a mi oficina. —Sin aguardar respuesta, se dio media vuelta y regresó a su coche. Tras encender el motor, miró de reojo a la esquina del M05. El lobo había desaparecido.

Cuando aparcó en el estacionamiento del edificio de oficinas, no miró hacia atrás para ver a los detectives que lo seguían. No habían ido para hablar de trivialidades, y él tampoco estaba de humor para chácharas.

Al llegar a la sexta planta, donde se encontraba su oficina, Shelly, su secretaria, se incorporó y lo saludó como de costumbre:

—¡Buenos días, señor Hakonson!

Se detuvo delante de Shelly, que observó a los dos detectives a través de las gafas de bibliotecaria. Channing se inclinó hacia adelante.

—Buenos días. Cancela mis reuniones de esta mañana. Estaré con los detectives.

—Por supuesto, señor. —Shelly miró a Ella y Ricardo—. ¿Les puedo ofrecer té o café?

—No, gracias —repuso Ella.

Mientras Ricardo abría la boca para responder, le sonó el móvil.

—Sánchez… Sí. —Frunció el ceño y miró a su compañera a los ojos—. Encontraron al capitán de la Pijao. Estaba paseando. Lo tienen en la comisaría para interrogarlo.

Ella miró a Channing con una mirada afilada que parecía penetrarlo como dos *seax*.

—Ve. Yo me quedaré a conversar con el señor Hakonson, te veo luego.

—De acuerdo, iré en el coche con Wilson.

Cuando Ricardo se marchó, Channing hizo un gesto hacia la puerta de la oficina, y el estómago se le encendió ante la posibilidad de quedar a solas con la hermosa detective. Mientras caminaba por delante de él, alzó la mirada para recorrerla de pies a cabeza y deseó no haberlo hecho porque sintió que toda la sangre del cuerpo se le concentraba en el miembro. La silueta parecía un reloj de arena y se movía deliciosamente bajo el traje barato que intentaba ocultar sus mejores atributos.

Estiró la mano a sus espaldas y abrió la puerta de vidrio para permitirle entrar. La detective tenía la espalda más derecha que un palo, el trasero redondeado se movía seductor mientras entraba en la oficina delante de él. Miró alrededor y estudió el espacio que

Channing había decorado con un estilo contemporáneo y elegante, lo bastante lujoso como para comunicar que era un hombre exitoso. Esas eran las reglas del juego, a pesar de que a él no le importara el costo.

Frente a la puerta había un enorme escritorio hecho con madera flotante grisácea y blanca. Dos de las paredes eran ventanales que iban del suelo al cielorraso y daban al puerto, al canal Reserved y al aeropuerto Logan que se encontraba al otro lado del canal principal de Boston. Una pieza de arte moderno que representaba unas olas de madera y cromo entrelazadas colgaba por encima de un sofá de cuero blanco. El otro lado de la habitación estaba ocupado por una formidable mesa para reuniones.

—Y bien —dijo mientras se sentaba en el sillón al lado del sofá—. Dime.

La detective lo observó unos instantes, luego se acercó al sillón frente al suyo, pero no se sentó, sino que se cruzó de brazos.

—Dígame usted, señor Hakonson. Mientras hacía lo que fuera que estaba haciendo en ese depósito al que fue de manera muy abrupta, revisamos sus antecedentes.

Channing tamborileó el pulgar contra el cuero del brazo del sillón.

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Se acercó más a las olas—. No hay nadie como usted, ¿o me equivoco? Su madre falleció cuando tenía dieciocho años, y su padre no figura en el certificado de nacimiento.

Al oír hablar de su madre, se puso tenso. Esa era la historia oficial que le había pedido a alguien en la web oscura que le creara. Su verdadera madre era estadounidense. Su novio de ese entonces, un jefe de la mafia que se llamaba Dan Esposito, la había dejado embarazada de Channing. Era un psicópata abusador, y su madre básicamente había huido del año 2019 a la época vikinga. Ella O ´Connor seguía hablando.

—Comenzó a trabajar en el puerto de Boston a los diecinueve años. Compró y revendió propiedades a escondidas. Un par de inversiones afortunadas le permitieron reunir bastante capital en pocos años.

Cuando recién había llegado, había ido a Noruega a visitar la piedra cubierta de runas en Lomdalen, para intentar regresar a su época. Pero, como nada había funcionado, había regresado a Boston, la ciudad de la que su madre era oriunda, y a lo que conocía: los barcos y el comercio. Al mismo tiempo, había seguido buscando la manera de regresar a su época. Se había devorado las sagas islándicas de mitología nórdica y de vikingos. En una se narraba la historia del *jarl* Hakon de Lomdalen, cuyo hijo había desaparecido de golpe. A los dos años de la desaparición, su esposa, su hija y su hijo menor murieron porque un enemigo los encerró en el gran salón y lo redujo a cenizas. Tras descubrir ese hecho, Channing supo que tenía que encontrar la manera de regresar a salvarlos.

Por eso se había vuelto multimillonario. Por eso había llegado a convertirse en el dueño del puerto. Para ganar dinero suficiente como para contratar a los científicos que le construirían una máquina de tiempo y para tener un lugar en el que pudiera hacerlo sin que nadie se percatara. Con la ciencia de su lado, no necesitaba a las nornas. Si usaba una máquina, podría viajar a la época que escogiera.

Channing volvió a golpear el pulgar contra el lateral de la silla.

—No creo en la fortuna.

Ella le clavó una mirada de acero.

—Yo tampoco. Por lo tanto, uno podría preguntarse cómo es que alguien sin educación y sin dinero ni contactos se convirtió en una de las personas más influyentes de Boston.

—Estamos en los Estados Unidos de América. ¿No es lo que todos ustedes sueñan? ¿Lograr el éxito a través del trabajo arduo?

Tras pronunciar las palabras, supo que había cometido un error. Y Ella no lo pasó por alto.

—¿Ustedes? ¿Acaso usted no es estadounidense? Al menos eso dice su certificado de nacimiento.

«Maldita sea».

—Sí.

—¿Y cómo explica el acento?

Estaba cansado de mentir. Eso era lo que había hecho durante catorce años. Había fingido ser alguien que no era. Por eso jamás se acercaba a nadie, ni tenía amigos, ni ninguna mujer. No tenía a nadie.

—Es islandés. He pasado muchos veranos en Islandia.

El nórdico antiguo, la lengua que hablaban los vikingos en el siglo IX, se había extinguido, y el equivalente más cercano era el islandés moderno.

—Hummm. A las columnistas de las revistas de chismes les encantan las historias sobre usted. Un multimillonario misterioso que practica esgrima, enseña nórdico antiguo, colecciona artefactos vikingos y patrocina eventos vikingos en Maine.

«O un hombre solitario desesperado por encontrar una conexión con sus raíces».

—¿Y qué tienen que ver mis intereses personales con las drogas, detective?

Ella se encogió de hombros.

—Quizás nada. Quizás todo. Hay algunas cosas que no tienen sentido. Sigo sin entender cómo logró sacar al puerto de Boston de la bancarrota y convertirlo en el puerto más importante de los Estados Unidos en tan solo siete años.

—Lo compré utilizando inversores providenciales, y supe de inmediato dónde estaban las debilidades porque había trabajado aquí reparando y manteniendo los navíos. Siempre tuve una afinidad por los barcos y el comercio. No entiendo por qué mi arduo trabajo y mi pasión por lo que hago de repente se ha convertido en un motivo de sospecha.

Ella lo miró.

—Es muy simple. Se encontró un contenedor lleno de drogas en su puerto.

Channing se rio, pero una sensación de incertidumbre se le asentó en el vientre. Había algo amenazante en la postura rígida y la penetrante mirada glacial de la detective. Se apoyó contra el respaldo.

—Es normal que contrabandeen drogas a través de los puertos. Hacemos lo mejor que podemos, pero es imposible detectarlas

siempre. No tenemos los medios para escanear todos los contenedores, y los cargamentos con frutas exóticas siempre tienen una fecha de vencimiento. Ese es un punto débil para todos los puertos marítimos y para todas las aduanas.

Mientras Ella pasaba una mano por la superficie del escritorio de madera flotante, no pudo evitar imaginarse esos dedos recorriéndole el torso desnudo seguidos de sus labios carnosos.

—Sí, es cierto —asintió—. Y ha hecho un trabajo espléndido reduciendo la cantidad de cocaína que se encuentra en su puerto desde que tomó las riendas.

La pesadez le tensó el estómago, y alzó una pierna para apoyar un tobillo sobre la rodilla.

—Sí.

Si la detective estaba investigando, no se lo iba a poner nada fácil. Eso era como cualquier otra negociación, como cualquier lucha de poder. Su padre le había enseñado eso: «El que puede mantener el silencio, gana». Por eso, no dijo nada y se limitó a mirar su hermoso perfil. Se preguntó si su belleza la ayudaba o la perjudicaba a la hora de hacer su trabajo. No podía negar que a él lo distraía.

Ella se volvió a mirarlo.

—Y, a pesar de eso, se convirtió en multimillonario en pocos años. Un hombre artífice de su propio éxito que pasó de ser un don nadie a uno de los hombres más importantes de la ciudad.

Channing no le quitó la mirada de encima.

—Si tiene una pregunta, detective, no dude en hacerla antes de que pase otro deshielo.

Ella arqueó una ceja muy poco impresionada por el comentario.

—Uno podría preguntarse si la gran riqueza que adquirió tan rápido guarda alguna conexión con la poca cantidad de cocaína que se ha hallado en su puerto.

Channing colocó los dos pies en el suelo y se inclinó hacia adelante para apoyarse los codos sobre las rodillas.

—¿De verdad sospecha que estoy contrabandeando drogas?

La expresión glacial de la detective se endureció aún más, y los ojos celestes cielo se le oscurecieron hasta lucir como una tormenta hibernal. Parecían los ojos de una loba en plena caza.

—¿Qué hay en el edificio M05? —le preguntó.

Channing se incorporó y se detuvo delante de ella. La sujetó del antebrazo y se la acercó. Su aroma le llenó las fosas nasales. Era una fragancia cítrica y, para su sorpresa, profunda, como si se tratara de la mezcla de un perfume con su propio aroma. La combinación hizo que se le acelerara el corazón en el pecho.

A la detective se le sonrojaron las mejillas, se le dilataron las pupilas, y se le entreabrieron los dulces labios carnosos. Su cuerpo se sentía agradable contra el de él, y una electricidad suave lo embargó en el punto en que el brazo y los senos de la detective le rozaban el torso.

Inhaló una profunda bocanada de aire y se arrepintió de inmediato. Su aroma lo hacía querer enterrar el rostro en su cabello y respirarla como una droga.

—¿Por qué cree que hay algo sospechoso en el edificio M05, detective?

Antes de responderle, jaló la mano para liberarse del agarre, pero no pudo dejarla ir.

—Si no tiene nada que ocultar, responda la pregunta.

A pesar de que la oyó, no registró sus palabras en la mente. La deseaba. No la conocía. Solo había hablado con ella unos pocos minutos. Pero la había deseado desde el momento en que la había visto en el contenedor.

En su época, no había tantas restricciones ni formalidades sociales como en ese tiempo. Si deseaba a una mujer y esta lo correspondía, la tomaba. Y el hecho era que la deseaba. El vikingo en él rugió y se golpeó el hacha contra el escudo, listo para tomar lo que le pertenecía. Y así lo hizo. Le pasó el brazo por la cintura y se inclinó hacia adelante para reclamar su boca…

Al siguiente instante, sintió un dolor intenso en el pie cuando la detective le clavó el talón en el zapato. Tuvo que contener un gemido, relajó la mano por un instante, y ella se alejó unos pasos antes de retorcerle el brazo con un movimiento veloz. Con un buen puñetazo, ella podría romperle el brazo.

—El acoso sexual es una ofensa punible, señor Hakonson —le advirtió apretando los dientes—. Así que tenga mucho cuidado con

las oficiales de la ley. A diferencia de muchas mujeres que se ven intimidadas por patanes como usted, a nosotras no nos intimidan.

Channing se sentía como lava, hervía de ira, de deseo y de admiración. ¿Quién era esa dulce valkiria? Tenía garras y dientes y podía dar casi tanto como él. Se miraron a los ojos en silencio, pero por debajo de toda la dureza, su mirada celeste también ardía. Quizás pretendía que él no la afectaba, pero lo deseaba.

De repente, sonó el teléfono de Channing.

—¿Le molesta? —le preguntó sin poder apartar la mirada de su rostro hermoso—. ¿O piensa sujetarme el brazo todo el día?

Ella lo soltó y dio un paso hacia atrás respirando entre jadeos mientras intentaba calmarse.

—Hakonson —dijo al atender la llamada.

—Señor Hakonson —dijo una voz masculina que le sonó familiar—. Dicen que está buscando algo que le puedo ofrecer.

Channing se olvidó de la hermosa detective, le dio la espalda y caminó hacia la ventana con el estómago echo un nudo.

—¿Quién es?

Podía sentir la mirada fija y ardiente de la detective en la espalda.

—Leo Esposito —repuso la voz—. Puede que haya oído hablar de mí.

Channing sintió como si tuviera una fría serpiente retorciéndose en el vientre. Oh, sí. Claro que había oído hablar de Leo Esposito. La mayoría de las personas que residían en Nueva Inglaterra sabía quién era. Era la cabeza de la mafia Esposito. Y tanto la policía como el FBI lo buscaban.

Pero lo que nadie sabía, ni siquiera el mismo Leo, era que él era su nieto biológico.

CAPÍTULO
CUATRO

—¿Todo bien? —El padre de Ella entró en la habitación de su hija en la silla de ruedas.

Ella alzó la mirada de la carpeta que contenía el archivo de Channing. Estaba sentada en la cama, y la lámpara de la mesa proyectaba luz sobre la fotografía del atractivo hombre al que había interrogado ese mismo día.

—Sí, papá. —Hizo el archivo a un lado.

Ted, su hermanastro, estaba durmiendo hacía rato, y Gloria, su madrastra, debía estar acostada leyendo un libro. Su padre detuvo la silla de ruedas a su lado. Aún tenía la mirada de un policía que asumía que ella le ocultaba algo.

—Vi la luz encendida debajo de la puerta. Creí que a lo mejor estabas pensando en algo.

Ella se rio.

—Papá, ya no soy una adolescente.

Él le sonrió.

—Por desgracia, no. —Bajó la mirada al archivo—. ¿Ese es el nuevo caso?

Ella apretó los labios.

—Sí, estoy buscando pistas… La vida del sospechoso principal es casi inexistente hasta los dieciocho años.

Bryan se rio y se bajó la mirada a las manos.

—Una vez conocí a una persona así.

Ella frunció el ceño.

—¿A quién?

Su padre se aclaró la garganta y la miró con gran tristeza en los ojos.

—A tu madre.

«A tu madre…». Las tres palabras que tenían el poder único de dejarla sin aliento. Incluso luego de veinticinco años.

—Sí… cuéntame de ella. Sé que era noruega o algo así, ¿no? He leído todo lo que he podido encontrar acerca de ella en los registros policiales.

—¿Por eso te atraparon?

Ella asintió con la cabeza.

—Sé que no debería usar la base de datos de la policía por motivos personales, pero para mí valía la pena.

—¿Sabes qué diría de eso?

Ella se rio.

—Algo acerca del destino…

—Sí. La conocí cuando los dos éramos demasiado jóvenes, pero a veces sonaba como una anciana. En especial con su acento.

—¿Tenía un acento? —Era extraño que no lo recordara. Era curioso cómo funcionaba la memoria. No recordaba el acento, pero no se podía olvidar de los penetrantes ojos celestes iguales a los suyos.

—Un acento muy sutil. Había venido de vacaciones de Noruega, en una escapada de su familia. Nos enamoramos muy rápido, y nunca quiso regresar.

No se habían casado, de lo contrario, Ella hubiera tenido algún documento legal acerca de su madre que le sería de gran ayuda. Pero no había ningún papel, ni tampoco ningún pasaje de avión, ni ningún pasaporte. No había nada. Lo único que había quedado de su madre era un bordado y una foto de las dos juntas.

—¿Tuviste algún indicio? —Ella se puso de pie y anduvo hasta el vestidor. Abrió un cajón, extrajo una caja de zapatos y buscó la foto y el bordado—. ¿Sospechaste que se iba a marchar?

En la foto, una mujer joven y hermosa de cabello rubio y ojos celestes con un vestido verde puesto le daba un beso en la mejilla a

Ella, que tenía dos años. Ella sintió dolor en el pecho al acariciar el marco de vidrio. Su padre soltó un suspiro.

—No estoy seguro. Empecé a hablarle de casamiento, y quizás ahí fue cuando comencé a ver cierto temor en sus ojos. Mascullaba algo acerca del destino… y comenzó a sufrir de insomnio. Podía pasar hasta una semana sin salir de la casa. Supongo que eran señales de algo, pero nunca consideré que eran señales de que se marcharía. —La miró a los ojos—. Te quería mucho, hija.

A Ella se le nubló la vista al tiempo que se secaba las lágrimas con la manga.

—Le supliqué que se quedara. ¿Cómo una madre podía abandonar para siempre a una niña que le suplicaba que se quedara con ella?

Ella extrajo el tercer objeto que tenía de su madre en la caja. Una nota de despedida. Abrió el papel plegado y leyó la caligrafía con letras mayúsculas similar a la de un niño. Era como si su madre no hubiera tenido mucha práctica con la escritura. «LO SIENTO. TIENE QUE SER ASÍ». Se rio y volvió a dejar la nota en la caja de zapatos. Era probable que su madre hubiera querido hacerla sentir mejor con la nota, pero solo había acabado apuñalándola en el vientre. Seis palabras. ¿Eso era todo lo que se merecía? ¿Cuatro años y seis palabras?

—Podría estar muerta —dijo Bryan.

Ella se sentó en la cama y se apoyó el bordado doblado en el regazo.

—No, la vi. Hace dos años, la vi en la ciudad. Se estaba subiendo a un coche, ¿recuerdas? Por eso busqué el número de matrícula.

Bryan asintió con la cabeza.

—Solo tenías cuatro años cuando se marchó, y esa es la única fotografía que tenemos de ella. Puede que no la reconozcas tras veinticinco años. Es probable que la hayas confundido con otra persona.

Ella sabía que eso podía ser cierto, pero algo en su interior le decía que había sido su madre. Además, había tenido el sueño… uno de «esos» sueños en los que revivía un evento y podía cambiarlo. Los sueños que siempre tenían una suerte de difuminación, donde

las voces se oían con eco y las cosas se movían con tanta lentitud y rapidez como ella quería.

En el sueño, hacía un soleado día de verano, y Ella se encontraba en la entrada del parque Christopher Columbus Waterfront Park conversando con Ricardo. Estaban comprando un café luego de haber interrogado a un sospechoso en el caso que trabajaban. Por el rabillo del ojo, vio un destello verde y cuando se volvió, vio a una mujer de unos sesenta años con un vestido largo similar al que llevaba en la fotografía, que caminaba hacia el coche aparcado en un sitio donde no debía estar. Llevaba el cabello rubio en una trenza que parecía una corona alrededor de la cabeza. Tenía algo que brillaba como el oro en la mano, quizás una bolsa. Se subió al coche negro, y Ella vio dos cabezas rubias más en el interior. Luego el coche se puso en marcha.

Eso era exactamente lo que había pasado. Aunque en su sueño, Ella había detenido el momento antes de que la mujer se subiera al coche para gritarle: «¡Mamá!». La mujer se quedaba petrificada, alzaba la vista y veía a Ella con unos ojos celestes de color cielo. Una expresión de reconocimiento le atravesaba el rostro por una décima de segundo, pero de inmediato se subía al coche y se alejaba.

En el sueño, Ella había afilado el foco para regresar a la velocidad normal y había quitado los sonidos que hacían eco. Había tejido el evento del sueño con el material de la realidad. O por lo menos se había convencido de que se había vuelto real, y que de algún modo había alterado el evento original para que coincidiera con el del sueño.

Luego de esos sueños, siempre se despertaba confundida, sin tener la certeza de qué era real y qué era fantasía de su mente. La mujer racional que llevaba dentro le decía que tenía una imaginación vívida y que aún lidiaba con el trauma emocional de haber sido abandonada de niña. La combinación de esos factores, le habían hecho creer que eso era real.

Pero el número de matrícula del sueño la había llevado a un coche robado en Denver. Y la segunda vez que había buscado la matrícula hacía unos meses, que fue cuando Wilson la descubrió, descubrió que en el 2019 habían encontrado el coche abandonado

en el centro de Boston, a la semana de haber tenido el sueño. Ella sabía que no había confundido a la mujer con otra persona, pero no quería contarle a su padre acerca de sus sueños raros.

—¿Quién sabe? —repuso.

Abrió el bordado. Era una escena de la mitología nórdica. Unos lobos comían un cadáver humano. Un hombre con una túnica y unos pantalones medievales y una mujer con un vestido nórdico tenían unas dagas clavadas en el pecho. Tres gallos, uno de color rojo, otro dorado y otro de color rojo oscuro, estaban sentados sobre un enorme árbol con los picos abiertos como si estuvieran cantando. La nieve lo cubría todo como un manto, y en el cielo se veía un sol negro. Los volcanes erupcionaban en la distancia, y una muralla de fuego se acercaba a la imagen desde un costado. El dios Thor tenía su martillo, el Mjölnir, en alto por encima de la cabeza y estaba a punto de enfrentarse a una serpiente gigante que, como Ella había aprendido, era la serpiente del mundo, Jörmungandr.

—¿Sabes qué es eso? —le preguntó su padre.

Ella recorrió el borde de la tela gruesa y resistente.

—El Ragnarök, el fin del mundo según la mitología nórdica.

—Le gustaban esas cosas —le dijo su padre—. Le gustaba bordar escenas vikingas, como las de un hombre y una mujer uniéndose en matrimonio. Pero eran cosas felices. El final del mundo… era una temática inusual para ella.

—Me pregunto por qué dejó esta —comentó Ella.

Mientras estudiaba los lobos, la nieve y los gallos, se preguntó si sería un bordado simbólico porque hacía veinticinco años, la desaparición de su madre acabó con su infancia feliz y le sumió el corazón en un invierno eterno.

CAPÍTULO

CINCO

Mientras corría, Channing sintió un cosquilleo en la nuca. Lo embargó una sensación de peligro. Se sentía expuesto, observado, como una presa bajo los ojos de un cazador invisible.

Aceleró el ritmo, y vio el asfalto del muelle bajo las zapatillas mientras trotaba por el parque Christopher Columbus Waterfront Park. El amanecer comenzaba a iluminar el cielo, el aire estaba fresco y penetrante como la hoja de un nuevo *seax*.

El corazón le latía desbocado y los músculos le cantaban de placer por el movimiento. A diferencia de los que habían nacido en esa época, Channing no escuchaba música cuando salía a correr por la mañana, porque eso le permitía estar alerta de cualquier peligro. Pero no había nada fuera de lugar en el agua que salpicaba el muelle y los barcos, ni en el rebotar de sus zapatillas contra el asfalto o en el zumbido distante de los coches o el viento que le soplaba contra las orejas.

No había nadie en los bancos, ni tampoco en el césped oscuro. Una mujer corría hacia él con una gorra de béisbol. Por una décima de segundo, se puso de mejor humor creyendo que podría ser la detective O'Connor, pero la mujer le pasó por delante y lo miró con interés. No era Ella.

«Ella…».

Mientras escaneaba el parque a su derecha en busca de algún movimiento entre las sombras, pensó en su mirada inteligente, su boca dulce y carnosa y la seductora curva de su trasero.

El día anterior, cuando su abuelo lo había llamado, había visto en sus ojos que sabía que tramaba algo. La detective sabía que no quería que oyera la llamada. Al poco tiempo, Shelly había entrado en la oficina para informarle que llegaría tarde a la reunión con el Departamento Financiero y lo había salvado de tener que pedirle a Ella que se marchara. Eso hubiera levantado aún más sospechas en la detective. Habían acordado encontrarse ese día más tarde y, sin decir más nada, Ella se había marchado de la oficina.

El modo en que la deseaba era de lo más inconveniente. Acostarse con una detective de la policía que estaba investigando un caso de contrabando de drogas en su puerto era una idea terrible. Pero jamás había deseado a nadie como la deseaba a ella. No tenía que ser nada emocional; no tenía que ser nada serio. Podía ser puramente físico. Podía quitárselo del sistema y seguir trabajando en la condenada máquina del tiempo.

La pregunta que le había hecho a su contacto en el mercado negro había recibido una respuesta mucho más rápido de lo que había anticipado. Y la respuesta yacía en las manos de su abuelo. De solo pensar en Leonardo Esposito se le retorcía el estómago. Había jurado que jamás tendría nada que ver con ese sujeto, por más que fuera el único familiar de sangre que tuviera en ese siglo. Pero suponía que el destino tenía otros planes para él.

Channing se estaba acercando al final del parque y estaba por girar a la izquierda para trotar a lo largo del Waterline Hotel con su fachada de ladrillos rojos cuando oyó el chirrido de las cubiertas de un coche que le aceleró el pulso. En el medio de la zona para peatones, un todoterreno negro aceleró hacia él. El cosquilleo que sentía en la nuca se convirtió en un ardor. Para sorprender al conductor, giró en otra dirección y echó a correr lo más rápido que pudo. Movió los brazos y las piernas a toda velocidad. Se le aceleró la respiración y le comenzaron a doler los pulmones. El coche rugió a sus espaldas.

«¡Más rápido! ¡Más rápido!».

Algo brillante y negro destelló a su izquierda y se detuvo delante de él bloqueando el camino. Dos hombres en trajes negros se bajaron del vehículo. Pero ¿dónde estaba la espada, o al menos un

cuchillo de cocina, cuando la necesitaba? Se volvió a girar, pero unos brazos le envolvieron los hombros por detrás.

El vikingo en su interior gruñó como un lobo jubiloso. Era una verdadera pelea, una pelea por su vida. No había luchado en catorce años. Eso era lo que sabía hacer, el motivo por el que su padre lo había entrenado: para proteger su vida y la de su familia.

Le clavó el codo en el plexo solar y oyó que el hombre soltaba un gruñido, pero no lo soltó. Estaba a punto de volver a incrustarle el codo en el estómago cuando otro sujeto apareció delante de él y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Channing sintió una explosión de dolor y la cabeza le salió disparada hacia atrás. Otro puñetazo en la mejilla hizo que le resonaran los oídos. Luchando contra la desorientación y aferrándose a la ira de la batalla, sujetó los brazos del bastardo que lo retenía. Había luchado incontables batallas en el siglo IX y era algo que echaba mucho de menos.

Alguien le acercó un trapo a la nariz y la boca. Un profundo aroma químico le invadió las fosas nasales. Se aferró a la mano gimiendo e intentado quitársela del rostro. No le estaban dando la oportunidad de luchar como un hombre. En breve, se sumió en la oscuridad.

Se despertó al sentir movimientos y el sonido de un motor. Por las ventanillas del coche se colaba la luz del día, pero tenía la vista demasiado nublada como para distinguir a dónde se dirigían. De repente, le volvieron a apretar el trapo con aroma a químico contra el rostro y se volvió a hundir en el olvido.

La luz le escoció los ojos y se retorció en la silla cuando lentamente comenzó a recobrar los sentidos. Se encontraba en un sillón en una habitación con grandes ventanas con parteluz y un gran balcón que daba al océano. Un empapelado marmóreo de color *beige* cubría las paredes. Los muebles de madera oscura eran elegantes y de estilo europeo. Cuatro columnas de mármol le daban soporte al cielorraso. De las paredes colgaban unos cuadros de los rostros de unas esculturas italianas. Al otro lado de la habitación, había un bar redondo, y un sujeto con un traje oscuro sacudía un cóctel mientras fulminaba a Channing con una mirada de advertencia silenciosa. Al lado de la ventana, un hombre grande con

una larga cola de caballo pintaba un paisaje de una orilla del mar. Desde la distancia, notó que la pintura no era mala. Sacudió la cabeza. No le podía importar menos si Leonardo Esposito era el pintor más talentoso del mundo. Era el hombre que había criado al violador que lo había engendrado.

Channing se había preguntado todos los días por qué la norna había escogido enviarlo al año 2007, doce años antes de su concepción. Se había preguntado por qué había tenido que vivir en la misma ciudad que su padre, un jefe mafioso, y su madre, una estudiante de medicina, que no tenían ni idea de que su hijo ya adulto caminaba por las mismas calles y respiraba el mismo aire y hasta los observaba desde la distancia. Lo más difícil de todo había sido vivir en la misma ciudad que Dan Esposito y no matarlo o reportarlo a la policía, y solo limitarse a esperar a que conociera a su madre, la sedujera, la violara y abusara de ella sin cesar. Y había tenido que mantenerse al margen sin hacer nada para no evitar su propio nacimiento y, más importante aún, los nacimientos de su hermana y de su hermano. Probablemente, la norna había querido torturarlo. Al menos ahora, el bastardo estaba muerto.

Channing se puso de pie con la cabeza dándole vueltas.

—Pero ¿qué está pasando, Leonardo? —le preguntó.

El sujeto que se encontraba en el bar bajó la coctelera y se llevó las manos a la cintura de manera casual, pero Channing supuso que tendría un arma allí. Leonardo lo miró por encima del hombro con una mirada afilada.

—Oh, estás despierto.

Leonardo regresó la atención al lienzo y esbozó varias pinceladas de pintura blanca que comenzaron a adquirir el aspecto de velas en el medio del océano. Humedeció el pincel en la pintura de la paleta.

—Hay agua en la mesa baja. Te sentirás mejor si bebes un poco. Disculpa el trato que te he dado, pero no podía ser de otra manera. No puedes saber dónde estás.

¿Cuánto tiempo había pasado desde el secuestro? El reloj antiguo marcaba las nueve y quince. Se estaba perdiendo la cita con Ella. Se puso de pie y avanzó por el espacio grande entre el sofá y la mesa baja.

—¿Dónde está mi teléfono?

El rufián salió de la barra con la mano apoyada sobre el arma que tenía en la cintura. Por su parte, Leonardo se apoyó más cerca del cuadro y dio dos pinceladas más. Era una gaviota.

—Déjalo, Joe. Channing, te devolveremos el teléfono cuando regreses a Boston. ¿Quieres beber algo?

Negó con la cabeza echando humo. ¿Lo había secuestrado para poder hablar tranquilos, quitarle el teléfono y ofrecerle un trago? El bastardo quería mostrarle que tenía todo el poder y el control. De momento, lo único que podía hacer era seguirle la corriente.

—¿Por qué no?

Tras arrojarle una mirada pesada, Joe regresó detrás de la barra. Cuando Channing se sentó en la silla del bar, el hombre sirvió un trago en dos copas de martini, colocó una delante de él y le llevó la otra a Leonardo, que bajó el pincel y se limpió las manos con un trapo para tomarla.

—*Grazie* —le dijo.

Leonardo se detuvo al lado de él. Debía de tener unos sesenta años, pero era un hombre alto e imponente. ¿Sería que Channing habría heredado la altura del lado paterno de su familia? El hombre apoyó los ojos oscuros, brillantes y afilados como los de una comadreja, en él y lo penetró con la mirada.

—¿Sabes algo, Hakonson? Desde la primera vez que vi tu fotografía en un artículo que reportaba que habías comprado el puerto, me has recordado mucho a mi hijo, Daniel.

Channing no quería recordarle a nadie a un violador o un criminal.

—No tienes sangre italiana, ¿no? —le preguntó Leonardo.

A Channing se le tensó el mentón.

—Tengo ascendencia nórdica —le respondió, aunque eso no era cierto.

Pero lo había criado un vikingo. Y siempre sería un vikingo. Sin importar la semilla de quién hubiera contribuido a su existencia.

—Sí, bueno… —Leonardo alzó la copa—. *Salute*.

Channing alzó la copa sin mayor deseo de hacerlo y vació el contenido en la garganta. Tras soltar una carcajada, le echó un

vistazo a Joe.

—Guardaespaldas y barman. No eres solo una cara bonita, ¿no?

Joe lo fulminó con la mirada mientras Leonardo se relamía los labios.

—¿Te gustó el martini de Joe? Espera a probar este.

Leonardo avanzó hasta detrás de la barra para verter ginebra y vermú sin medirlo. Luego añadió unos cubos de hielo y apretó medio limón encima de la coctelera. Mientras la sacudía con gran vigor, le clavó la mirada.

—Así que necesitas un reactor nuclear.

A Channing se le tensó la mandíbula.

—No esperaba conseguirlo de ti —respondió.

Leonardo abrió la coctelera y sirvió los tragos en dos copas.

—¿Para qué lo necesitas?

—No es asunto tuyo.

Leonardo abrió un frasco de aceitunas y puso tres en un palillo.

—Dime algo. ¿Debería mover mis operaciones lejos de Boston?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—Que depende. ¿Está a punto de convertirse en un páramo nuclear?

Hundió el palillo con las aceitunas en el martini y le deslizó la copa por encima de la mesada. Channing tocó la copa.

—No te preocupes.

Leonardo preparó otro palillo con aceitunas, lo metió en su copa, se llevó una a la boca y la masticó. Con una sensación ácida en el vientre, Channing se dio cuenta de que tenía los ojos de su abuelo: verdes, con pestañas oscuras. Eran los mismos ojos que había tenido el violador de su madre. Como si le estuviera leyendo la mente, Leonardo le comentó:

—En momentos como este, echo de menos a mi hijo. Solíamos analizar todas las decisiones de negocios juntos.

A Channing se le tensó el mentón aún más.

—¿Ah, sí?

—Murió joven. Demasiado joven. Y nunca descubrí quién lo mató.

De repente, Leonardo no parecía el poderoso jefe de la mafia, sino un anciano embargado por la pena. Los hombros se le hundieron, y las arrugas del rostro se le profundizaron tanto que le dieron el aspecto de cuero viejo. Los dedos que recorrían el borde de la copa de martini le temblaban. El hombre era una incógnita.

¿Sería que Hakon también había sufrido la pérdida de Channing? La idea le hizo sentir un aguijonazo de dolor en el corazón. Casi sintió pena por su abuelo biológico. Casi.

Lo irónico era que Channing había estado presente el día en que Hakon y Mia asesinaron a Dan. Los dedos se le tensaron contra el tallo de la copa y temió romperla. Recordó el día que probablemente había sido el más difícil de su vida en Boston. Había ocurrido hacía dos años, en la marina, donde observó el yate de Dan Esposito, sabiendo que ese sería el día en que lo asesinaría…

Su madre había pasado casi un mes en la época vikinga, pero se las había ingeniado para regresar al siglo XXI, determinada a escapar de la red de Daniel. Sin embargo, la había encontrado. Y, como siempre había deseado un hijo, se había negado a dejarla ir. Hakon había negociado con una norna en persona, que debía tener debilidad por Mia, porque le había permitido viajar al año 2019 para salvarla y rogarle que regresara con él porque la amaba. Channing había visto a Hakon materializarse de la nada. Un vikingo con un hacha y una espada que había asustado a varias personas a su alrededor. Luego había avanzado hasta el barco de Daniel, donde junto con Mia harían lo que él se había prohibido hacer: acabar con Dan Esposito.

Leonardo lo miró a los ojos. Su mirada estaba llena de lágrimas.

—Hay algo en ti que me recuerda a él… —volvió a decir—. Es muy extraño.

Se le congeló la sangre. Ese recordatorio fue todo lo que necesitó para que una ola de repulsión le quitara cualquier empatía que había sentido. A él le habían enseñado que el honor era el valor más importante. Un hombre de honor no violaba ni abusaba de una mujer. Un hombre de honor no era un criminal que empeoraba las vidas de miles de personas con drogas y adicciones. No quería tener nada que ver con los Esposito.

Channing se volvió a aclarar la garganta.

—Te repito que no hace falta que te preocupes por el holocausto nuclear.

—Es bueno saberlo. —Leonardo arqueó las cejas y enderezó la espalda, y cualquier indicio de vulnerabilidad desapareció. Volvía a ser un hombre de negocios poderoso—. Bueno, en ese caso, te puedo ayudar a conseguir el reactor.

Leonardo alzó la copa y ladeó la cabeza en señal de reconocimiento. Luego bebió un sorbo y bajó la copa para apoyar las manos sobre la mesada.

—Sin embargo, tengo una propuesta que involucra a tu puerto. Quiero que trabajemos juntos. Hay ciertos cargamentos que mi organización necesita y deben pasar por la aduana sin ser detectados. De más está decir que te estoy ofreciendo un porcentaje de las ganancias. El cinco por ciento por cerrar los ojos y dejar que pasen algunos contenedores sin examinarlos.

«Ni lo sueñes».

—Soy un hombre adinerado —le dijo—. Nunca tuve la ambición de meterme en el negocio de las drogas.

Leonardo bebió un sorbo de martini.

—Pero tienes a la policía investigándote, ¿no?

—¿Y?

—Tengo pruebas que sugieren que no eres tan ajeno a la cocaína que pasa por tu puerto como les haces creer. Es suficiente como para que te arresten.

Channing sabía que Leonardo podía falsificar las pruebas que quisiera. Lo peor de todo era que tenía cosas que ocultar. De no ser por la máquina del tiempo que tenía en el sótano secreto, lo hubiera desafiado a intentarlo.

—¿Y si me niego?

—Las pruebas acabarán en las manos de la policía. Pero puede que ese sea el menor de tus problemas.

Channing terminó de beber el tercer martini. De más joven, todos sus amigos vikingos se habían molestado de que el alcohol no lo afectara demasiado. Pero Esposito no tenía que saberlo.

—¿Y bien? —lo presionó Leonardo—. ¿Qué dices?

Channing solo tenía que demorarlo hasta hacer funcionar la máquina del tiempo. Luego no importaría más nada.

—Déjame pensarlo —le pidió—. Es algo importante para analizar.

—De acuerdo. Tienes dos semanas.

—Está bien.

—Pero si no accedes o si de pronto decides trabajar con la policía en mi contra, tú serás el que acabe sentado en una celda. Y en la cárcel siempre hay hombres dispuestos a ganar dinero clavando objetos afilados en la garganta de otros. La garganta es algo tierno, Channing Hakonson. Con o sin ancestros nórdicos.

CAPÍTULO

SEIS

Ella observó cómo el todoterreno negro aparcaba delante de la puerta del puerto, alguien empujaba a Channing y luego se alejaba.

Si eso no era sospechoso, no sabía cómo describirlo. Channing no había aparecido en su cita ese día. Su secretaria le había dicho que no lo podía localizar, algo que no era usual, y Ella le había visto mucha preocupación detrás de la máscara de profesionalismo. Tras haber dejado de esperar a que Hakonson apareciera, se marchó de la oficina y condujo hacia la puerta. Ahora, detuvo el Taurus a cierta distancia.

Algo distraída, se preguntó si la secretaria estaría enamorada de él, aunque no creía que estuvieran teniendo una aventura. De pensar en él con la secretaria o cualquier otra mujer, se le tensaba el pecho.

Channing se tambaleó como si estuviera ebrio, pero se mantuvo de pie. Se sostuvo la cabeza y luego la sacudió. ¿Estaría herido? Resistió el impulso de abrir la puerta del coche e ir a ayudarlo. No, era mejor observar y ver qué pasaría a continuación.

Tras hacerle un ademán al guardia en la portería, se tambaleó a lo largo de un cruce peatonal entre la casita de seguridad y la barrera con rayas blancas y rojas. Un cerco alto y gris bordeaba el perímetro del puerto, detrás del que se encontraba la calle Summer, donde se veía un estacionamiento enorme y edificios blancos de oficinas.

Channing llevaba puestas prendas deportivas y, a juzgar por el moño enmarañado y el aspecto que tenía, ese día no se había duchado. El guardia salió de la portería y se acercó a él.

—Señor Hakonson, ¿se encuentra bien?

Channing volvió a hacer un ademán.

—Estoy bien. ¿Me puedes llamar un taxi?

—Por supuesto.

Mientras el guardia regresaba a la portería, Ella decidió que nunca tendría una mejor oportunidad de agarrar a Hakonson con la guardia baja. Por eso, abrió la puerta del coche y caminó hasta él.

—Oh. —Channing se rio con los ojos destellando—. Detective. No me sorprende verla aquí. ¿Qué hora es?

—Son las tres y media —le respondió y se arrepintió de las siguientes palabras que se le escaparon de la boca—: Yo lo puedo llevar. Tengo el coche allí.

Hakonson siguió su mano con la mirada. Una relajada sonrisa de satisfacción le asomó a los labios.

—Claro. Eso tampoco me sorprende.

En contra de su buen juicio, se le aceleró el corazón. El acento nórdico apenas perceptible les añadía cierta melodía a sus oraciones. Ella se preguntó si la voz de su madre habría sonado del mismo modo y deseó poder recordarla.

—Ya me marchaba —le dijo apretando los dientes.

—No puede ser más oportuna —le dijo. Acto seguido, abrió la puerta de la portería—. Ya no necesito un taxi.

Con la combinación de su altura, su contextura musculosa y su dureza atractiva… de seguro hacía que las mujeres se volvieran locas. Pero a ella no.

Sin aguardarla, emprendió el camino al coche y se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Y bien? ¿Dónde estaba? —le preguntó Ella tras acomodarse detrás del volante y encender el coche. El espacio pequeño se redujo aún más, y tomó más consciencia que nunca de lo enorme que era. Tenía las rodillas apretadas contra la guantera, y un hombro apoyado contra la puerta. Con una mirada distante en el rostro, se

frotó el mentón. Ella inhaló su aroma térreo y almizcleño, como una mezcla de bosque y mar.

—Necesitaba un día libre.

El guardia alzó la barrera, y Ella la atravesó.

—¿Por qué no llamó a su secretaria? No podía localizarlo.

—El teléfono está muerto.

—Si contrabandea tan mal como miente, no tengo nada de qué preocuparme.

Channing se rio.

—No tiene ni idea, detective.

—¿Dónde vive?

—En la Infinity Tower.

Ella se mofó.

—Qué sorpresa. Déjeme adivinar, ¿En el *penthouse*?

Hakonson chasqueó la lengua.

—Ay, detective, detective. Ser tan prejuiciosa no la ayudará a hacer muchos amigos.

—No he venido a ser su amiga —le dijo—. Dígame que no le pide harina a su vecino, Scott Aler. —Ese era el jugador más adinerado de la historia de los Red Sox.

Channing se rio, y Ella no supo si bromaba o hablaba en serio.

—En realidad, sí. Aler es un buen chico. Y siempre tiene harina para prestarme. ¿Cuál es el problema?

—¿Quiere saber cuál es el problema? Las personas más adineradas de los Estados Unidos viven por encima del resto de los mortales en rascacielos y los traficantes les venden drogas a los más desamparados en la esquina de su edificio. ¿No le parece perverso?

El rostro se le ensombreció.

—Sí.

—¿Y qué está haciendo al respecto?

Condujeron por delante de las edificaciones de vidrio y hormigón del distrito de Seaport. Los músculos del mentón se le tensaron bajo la barba. La atmósfera en el coche ya no estaba para chistes y se había puesto tensa.

—No voy a justificar mis elecciones ni con usted ni con nadie. No tiene ni idea de dónde vengo ni por qué trabajo tanto.

Ella detestaba a los hombres como él. Los arrogantes que iban por el mundo como si les perteneciera, como si todos tuvieran que romperse el lomo y salir corriendo a obedecer sus órdenes. Los narcisistas engreídos que se creían superiores. El dinero lo era todo para él. Ella ya conocía a sujetos como Hakonson. Eran patanes de primera liga, miembros de la elite de Boston, niños privilegiados que habían crecido con mucho dinero y tenían islas privadas y fideicomisos. La única diferencia era que Hakonson no había heredado nada. Era un hombre que se había hecho de abajo y se había convertido en una persona muy adinerada. Pero eso lo volvía peor. Si sabía lo que era ser pobre y no tener a nadie que ayudara, ¿no debería querer ayudar a los otros?

Ella escogió no responder más e intentó suprimir la irritación que sentía hacia él. Pasaron por el puente hacia el canal Fort Point, que había comenzado a congelarse a ambos lados. El museo Boston Tea Party se veía marrón contra el cielo grisáceo a su derecha.

—No recuerdo jamás que el canal se congelara —señaló Ella—. Mire eso.

Channing miró afuera de la ventana algo escarchada y se le ensombreció el rostro.

—Yo tampoco.

—¿De verdad pasó muchos veranos en Islandia? —le preguntó.

Un brillo entretenido le iluminó los ojos.

—Lo recuerda.

Acababan de pasar por la estación de tren South Station y se dirigían hacia el distrito financiero, donde predominaban los edificios más altos, con fachadas blancas o de vidrio. Ella se rio.

—¿Puede responder una pregunta directa?

Hakonson clavó la mirada en la calle delante como si quisiera reducirla a cenizas.

—No me gusta hablar de mi pasado.

Su voz era una mezcla de ira y dolor. Tenía el rostro tan tenso, que los pómulos altos se le veían afilados bajo la piel algo magullada. ¿Acaso los hombres que lo habían llevado en el todoterreno lo habrían lastimado? Algo en su interior se suavizó.

—La gente que no quiere hablar de su pasado suele tener cosas que ocultar.

Hakonson le dirigió una mirada llena de algo que jamás había esperado ver en él: tristeza. Una tristeza muy profunda, como si fuera el único hombre en el mundo. A Ella le dio un vuelco el corazón, y sintió el impulso de estirar el brazo y apretarle la mano, pero se contuvo y mantuvo la mirada al frente.

Un movimiento extraño le llamó la atención y, cuando volvió la mirada, vio a tres perros de pie entre dos edificios. Jadeaban y la miraban fijo. Pero había algo extraño en los animales. Parecían salvajes, tenían pelaje grisáceo y amarronado y no se parecían a ningún perro que hubiera visto antes…

—¿Esos son coyotes?

Channing le siguió la mirada mientras conducían.

—Lobos.

—¿Está seguro? ¿Ha visto muchos lobos en Islandia?

—Sí, algo así.

—Pero ¿qué está pasando en el mundo? —masculló mientras notaba que comenzaba a nevar nuevamente. Un viento fuerte arrojó algunos copos de nieve contra el parabrisas—. Lobos en el medio de la ciudad… Nieve en pleno octubre… ¡Pero si los árboles aún están verdes!

Quizás debería llamar a la comisaría para reportar la presencia de los lobos; podrían representar un peligro, sobre todo con la gran cantidad de personas en situación de calle. Sin embargo, sonaría como una desquiciada, y no necesitaba darle más material a Wilson. Lo mejor sería escoger sus batallas y concentrarse en ese caso. Además, le podía avisar a Ricardo. Quizás él podría reportarlo o enviar a alguien para que revisara la zona. En ese momento estaba reunido con el FBI para ver qué información les podían brindar acerca de las drogas y si tenían algún dato acerca del capitán del barco carguero que seguía retenido en custodia.

Channing no dijo nada. El siguiente semáforo se puso en rojo, y Ella frenó. Quizás le convenía cambiar la táctica con Hakonson. Quizás el enfoque intenso no la estaba favoreciendo en lo más mínimo.

—En dos manzanas, gire a la derecha —le instruyó con una voz de lo más fría. De seguro que a Siri le hablaba con más afecto.

Cuando el semáforo se puso en verde, Ella pisó el acelerador, y las ruedas chirriaron.

—Sí, señor —murmuró.

Cuando se detuvo delante del edificio Infinity Tower, Channing se quedó sentado unos instantes sin moverse.

—Hemos llegado —le dijo y soltó una risita al tiempo que él le ofrecía una sonrisa débil. Intentó no reparar en sus labios carnosos. Unas líneas delgadas le arrugaban la pequeña marca de nacimiento que tenía en la esquina del ojo. Ella se preguntó si se trataría de una mancha de oscuridad en plena luz o una mancha de luz en plena oscuridad.

—Mira, voy a estar muy ocupado en las próximas semanas, así que no estoy seguro de que pueda estar disponible en el momento en que tengas preguntas —le dijo olvidándose de las formalidades—. Solo necesito cambiarme de ropa. Si quieres subir y aguardar, puedo responder tus preguntas en un rato. ¿Qué te parece?

Durante unos segundos, Ella se quedó sin habla. No había nada sexual en su tono, pero sus palabras sonaban cargadas… como una invitación. Parecía la excusa de un hombre para meter a una mujer en su apartamento. Los ojos de Channing se oscurecieron y se posaron en sus labios. De repente, tuvo muchas ganas de lamerlos. ¡Pero no podía hacer eso! Eso sería reconocer lo que sabía que ocurría entre ellos… una suerte de atracción invisible hacia él. «¡Es un sospechoso!». Aun así, ver su apartamento podría darle más conocimiento e información. De modo que enderezó los hombros antes de responder:

—De acuerdo.

Channing señaló la metálica puerta grisácea de la cochera.

—Por allí.

Aparcaron en el subsuelo y se detuvieron frente al ascensor. Channing tenía la mirada clavada en un punto en el espacio, y tenía el mismo aire de tristeza y pérdida que había divisado dentro del coche. A pesar de que tenía la mano alejada de ella, sentía como si tuviera un cálido campo eléctrico dorado a su alrededor, y Ella se

cruzó de brazos para contenerse de estirar la mano y comprobar si los hilos dorados acabarían por unirles las manos. Pero de seguro se trataba de su imaginación hiperactiva. Channing apoyó un hombro contra la pared.

—¿Cómo hace alguien para convertirse en detective de policía?

Ella arqueó una ceja.

—Va a la academia de policía.

Las puertas del ascensor se abrieron. El interior era elegante y moderno, con unos patrones geométricos dorados y grises que cubrían las paredes. Channing apretó el botón del *penthouse* con una llave electrónica negra, y las puertas se cerraron. La cabina olía a sándalo y jazmín, y a pesar de que podrían entrar unas quince personas, el espacio se sentía muy pequeño con la silueta grande de Channing.

—Quise decir que eres demasiado hermosa como para ser una detective de la policía. Me daba curiosidad saber si eso te ayuda o no a la hora de hacer tu trabajo.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Channing salió al vestíbulo oscuro con suaves tonos de carbón y pinturas abstractas iluminadas por luces para cuadros. Como Ella no se movió, él se volvió hacia ella.

—¿Has cambiado de parecer?

A pesar de que el cumplido le había producido algo cálido y burbujeante en el estómago, no era el primer hombre que coqueteaba con ella. Su táctica siempre había sido comunicarles de inmediato que no estaba interesada. No permitiría que un hombre atractivo la pusiera nerviosa. Enderezó la espalda y lo siguió.

—Mi aspecto físico no debería importar en absoluto con el trabajo que hago.

Channing recorrió el pasillo hacia una puerta negra y la abrió con una llave. Sostuvo la puerta y aguardó a que pasara. Ella no sabía qué había esperado ver… Quizás más del mismo amoblamiento interior que predominaba en su oficina: diseño minimalista y contemporáneo en tonos masculinos. Sin embargo, el interior que vio era cálido, acogedor y seductor. El espacio era enorme y silencioso, con una pared de ventanales de dos plantas. En el

exterior se veía la intensidad que había adquirido la tormenta de nieve, que había hundido el mundo exterior en un mar de olas blancas que daban vueltas. El suelo de madera reflejaba las luces doradas que proyectaban las lámparas industriales que colgaban de cables negros y estaban distribuidas geométricamente.

Entre dos sillones con forma de L, uno de los cuales tenía una manta enorme que parecía de piel de oso, había un gran hogar de piedra pulida encendido. En un extremo de la sala, había un bar de madera reciclada y, en el otro, una biblioteca que llegaba hasta el cielorraso llena de libros. Los cuadros y las obras de arte que decoraban las paredes parecían vikingas o, quizás, celtas: eran las representaciones de rostros, animales, árboles y flores entretejidas en patrones decorados. Mientras se adentraba en la habitación, Ella se dio cuenta de que algo en el estilo artístico se asemejaba al bordado que había hecho su madre y sintió una punzada de dolor.

El lugar olía a fuego, cuero, metal y algo boscoso y térreo. Era una extraña combinación de fragancias para un departamento que se encontraba en un rascacielos. Ese sitio no se parecía en nada al edificio de tres plantas con habitaciones diminutas, sin espacio en los clósets y un comedor estrecho en el que vivía Ella. Ellos vivían en la planta baja, y la casa de madera de cien años parecía tener vida propia con los crujidos que se oían cuando alguno de los habitantes de las dos plantas superiores se movía. Siempre se oía el murmullo de los televisores y las conversaciones de su tía y su tío o de la familia de Rob. Olía a madera vieja y comida porque en alguna parte del edificio siempre había alguien cocinando.

Había algo extraño en esa habitación, y Ella se percató de que no había un televisor. Se preguntó quién no tendría un televisor en la sala de estar. Channing se detuvo en el medio de la sala, y algo en esa imagen se sintió completo. Como si el corazón, el núcleo, de la casa hubiera llegado. Él se veía diferente allí. Parecía un hombre cansado que por fin podía hacer las preocupaciones del día a un lado y ser él mismo. Los hombros se le relajaron.

—Señor Hakonson —comenzó—, ¿cómo decide el equipo de seguridad qué contenedores escanear? ¿Es aleatorio o…?

—¿Quieres beber algo? —la interrumpió.

Ella estuvo a punto de aceptar. La atmósfera era tan acogedora y hogareña que sentía como si el día hubiera llegado a su fin y fuera de hecho la hora de beber algo.

—¿Qué? No. Estoy trabajando. ¿Me puede hablar de los contenedores…?

Channing se encogió de hombros.

—Como quieras.

Sin decir más nada, avanzó hasta las escaleras de metal negro que había contra una pared y conducían a la segunda plata. Mientras subía los escalones, se oyeron las pisadas fuertes.

—¿Señor Hakonson? —lo llamó.

Sin mirarla, le respondió:

—Como sabemos que los contenedores con frutas exóticas son un gran objetivo para los contrabandistas de drogas, solemos escanearlos primero.

Cuando llegó al rellano de la segunda planta, Ella se dio cuenta de que debía de encontrarse en su espacio privado. Allí arriba debía de estar su recámara. Y de pensar en subir, ver el sitio en el que dormía, se duchaba… y hacía el amor… Se le vino a la mente una imagen de Channing desnudo, con los músculos tonificados, el vientre duro y el miembro erecto. Una ola de calor le abrasó el rostro. Todo estaba en su cabeza. Cuanto antes consiguiera algunas respuestas, antes podría marcharse. Enfadada, lo siguió a la segunda planta, y los zapatos repiquetearon contra el metal.

—¿Y por qué no descubren más contenedores?

—Por las fechas de vencimiento. Escanear los contenedores lleva tiempo.

No dejó de seguirlo, y, cuando los zapatos se le hundieron en una alfombra suave, pensó que podría quitárselos porque debían de tener tierra. Embelesada, clavó la mirada en la espalda ancha con hombros gigantes que se movían de un lado a otro mientras avanzaba con un andar masculino. Channing se quitó la sudadera, y quedó con una sencilla camiseta blanca. La parte trasera de los brazos era puro músculo.

—¿Qué hace? —le preguntó Ella al tiempo que se detenía.

—Me voy a dar una ducha. —Se quitó la camiseta y dejó al descubierto más músculos fuertes que jugaban debajo de su piel en el triángulo de la espalda—. ¿Quieres ayudarme?

CAPÍTULO

SIETE

Ella se quedó sin habla y no pudo despegar la mirada del cuerpo tonificado de Channing. Seguía teniendo el cabello recogido en un moño enmarañado, pero se le habían escapado varios mechones. Cuando se volvió a mirarla con los ojos oscuros y voraces, se le secó la boca.

¿Qué diablos? No pensaba dejar que la intimidara con sus músculos.

La fue recorriendo despacio con la mirada hasta detenerse en sus senos, y una sonrisa taimada le asomó a los labios.

—¿Te gusta mi recámara? ¿O te gusto yo?

Ella se cruzó de brazos y lo miró fijo y con frialdad.

—Ni la recámara ni usted. Por favor, deje de acosar sexualmente a una oficial de la ley. No se está haciendo ningún favor.

Tras soltar una carcajada, se adentró más en la habitación y se dirigió a una puerta de vidrio. Con las orejas en llamas, lo fulminó con la mirada mientras él se bajaba los pantalones de entrenar por los muslos tonificados y se los quitaba.

A Ella casi se le cayó el mentón al suelo. De repente, tenía la mirada clavada en un trasero masculino perfectamente redondo, precioso y blanco como la nieve. Channing se metió detrás de la puerta de vidrio de la ducha.

—Tomamos todas las precauciones posibles. Tenemos perros, cámaras… —Salió de la vista—. Incluso he instalado un sistema de

acceso con huella digital en lugar de las tarjetas electrónicas. Fue muy costoso.

Ahora que había desaparecido de la vista, podía admitir por dentro que jamás había visto a un hombre más hermoso en toda su vida, excepto quizás en las películas. Sus exnovios eran atractivos, pero… normales. Eran chicos comunes y corrientes. Pero ese hombre… era como si hubiera salido de una revista de dioses nórdicos.

Channing abrió el grifo y dijo algo al mismo tiempo por lo que Ella no llegó a escuchar.

—¿Cómo ha dicho? —le preguntó alzando la voz.

Volvió a decir algo, pero Ella no logró distinguir nada a través del ruido. Avanzó por la recámara para acercarse, sin dejar de arrepentirse de no haberse quitado los zapatos, pero sabiendo que, si lo hacía, reduciría aún más el límite profesional que Channing intentaba desafiar a cada momento. No se podía quitar nada porque él ya estaba desnudo.

La habitación era grande y oscura. Predominaban los tonos madera, y había una enorme cama de madera oscura contra la pared. Allí había llevado la temática nórdica al siguiente extremo. Había espadas, hachas y escudos circulares contra las paredes y brillaban bajo las luces tenues. Otra piel de oso yacía en el suelo a los pies de la cama, y sobre la cama había una manta de piel blanca. ¿Qué obsesión tenía con las cosas vikingas? ¿Se trataba de algún truco para llevarse a la cama a cierto tipo de mujer? ¿O sería un fetiche en el que se imaginaba como el jefe supremo?

Toda la situación era de lo más inapropiada. Era evidente que estaba intentando distraerla, y no podía permitirle que estableciera las reglas. Ella era la policía y, como tal, era quien tenía el poder. Además, tenía mucho que perder. El resultado de esa investigación iba a determinar el futuro de su familia, y si acabarían o no en la calle. No solo de su familia más cercana, sino también de las otras seis personas que vivían con ellos en el edificio de tres plantas.

Se acercó a la puerta, pero se apretó contra la pared para no mirar dentro.

—Señor Hakonson —lo llamó con la voz alta desde el umbral—, ¿me oye?

—Sí —le respondió a través del agua.

—Esto no está funcionando —le dijo—. Se está comportando de forma muy inapropiada y no lo aprecio para nada.

Aguardó unos instantes, pero no le respondió nada.

—Interpreto todas las distracciones que está creando como un acto insubordinación durante una investigación. Cuando la policía necesita su ayuda para encontrar criminales, debe encontrar el tiempo de cooperar. Eso no se discute. ¿Entiende?

Oyó unas salpicaduras de agua.

—Sí.

—Y si no coopera, nos da motivos para creer que tiene algo que ocultar.

El agua siguió corriendo.

—No tengo nada que ocultar.

—De acuerdo. En ese caso, sugiero que nos encontremos mañana sin más excusas y que responda todas mis preguntas.

—Siempre encontraré tiempo para ti, detective.

—Muy bien. Lo dejo para que se duche…

Channing cerró el grifo.

—Hay una tormenta de nieve afuera. No puede salir con este clima.

¿Acaso oía preocupación en su voz?

—Puedo salir y lo haré. Nos vemos mañana. —Avanzó hasta la puerta—. Estoy muy cerca de encontrar un motivo para pedir una orden de allanamiento, señor Hakonson. Así que, si no coopera, removeremos cielo y tierra hasta llegar al fondo de esto.

Era lo que debía hacer, porque de lo contrario, lo perdería todo.

CAPÍTULO

OCHO

—Chica, ¿qué diablos estabas haciendo en su apartamento? —le gritó Ricardo a través del teléfono esa noche más tarde.

Ella se retorció y se apartó el móvil de la oreja. Estaba estudiando la vista satelital del puerto con Google Maps y, más específicamente, del edificio que creía que era el M05. Había varias pilas de tierra y dos excavadoras al lado del edificio. La fecha de la imagen era junio de 2014. La imagen tenía siete años. Hacía siete años, Channing se había convertido en el director ejecutivo del puerto. Y ¿de dónde estaban excavando esa tierra? No se veían agujeros visibles alrededor del edificio.

—Cálmate —le dijo a su compañero—. Solo lo llevé hasta el apartamento.

Si no había ningún agujero visible en el exterior, eso quería decir que estaban excavando uno por debajo del edificio.

—¿Lo llevaste? ¿Y por qué necesitaba que lo llevaran?

Tenía que ver qué había allí. Si tenían acceso dactilar a todas las zonas del puerto, las tarjetas electrónicas habían quedado obsoletas. Ese era el método más importante al que recurrían los traficantes para contrabandear drogas a través de los puertos. A menudo, sobornaban a los trabajadores del puerto y robaban las tarjetas. Pero a veces, también tenían a uno o dos hombres infiltrados.

—Un coche de aspecto muy sospechoso lo dejó en frente al puerto hoy. Estaba con ropa deportiva. No tenía el teléfono ni

tampoco el coche. Si eso no habla a gritos de algo criminal, no sé qué lo haría. Como tenía que tomarse un taxi, lo llevé.

No mencionó que se había desnudado delante de ella en su apartamento.

—Quiero una orden de allanamiento, Ricardo.

—¿La necesitamos?

—Ni siquiera la policía del puerto sabe qué hay en el edificio M05.

—¿Le pediste a Hakonson que te deje entrar a echar una mirada?

Ella se enderezó con el ceño fruncido.

—No.

—Quizás valga la pena intentarlo. Si funciona, no necesitamos la orden.

—Hummm. —Se rio—. A veces, eres muy sabio, Ricardo.

Su compañero se rio.

—¿A veces?

Al otro lado de la puerta, se oían golpes y personas gritando.

—¡Ella! —la llamó Gloria, su madrastra.

—Tengo que colgar —le dijo antes de finalizar la llamada.

Se puso de pie del diminuto escritorio en la habitación pequeña, dio tres pasos hacia la puerta y la abrió.

El pasillo del apartamento estaba lleno de gente. Había tantas personas hablando y gritando al mismo tiempo que podría haber estado en el mercado. Su tía y su tío, que vivían en el apartamento en la segunda planta, y su primo con su familia, que habitaban el apartamento de la tercera planta, se encontraban allí. Su padre en la silla de ruedas y Gloria también. Todos se gritaban desaforados.

El tío Maurice y la tía Cara agitaban los brazos en el aire. El primo Robert, su hijo, hacía gestos de corte con la palma de la mano.

—¡… han pasado seis meses! —gritaba su padre.

—¡… sin trabajo! —decía Robert—. ¿De dónde voy a sacar el dinero? ¿Acaso debo prostituir a mi esposa?

La esposa de Rob, Stella, soltó un jadeo y le dio una palmada en el hombro.

—¡Cuidado con las palabrotas! —exclamaba mientras mecía a la bebé, Pamela, contra la cadera.

—¿… cuándo conseguiremos un plomero? —preguntaba la tía Cara.

—¿… es necesario que siempre lleves tacones…? —tronó su padre.

—¡… ajo, como si los vampiros amenazaran con mudarse aquí! —despotricaba Gloria.

—¡Aaahhh! —se oyó un grito detrás de Ella, y en el pasillo reinó el silencio. Ted, su hermanastro de doce años, se encontraba de pie con las manos apretadas contra las orejas, los ojos cerrados, y la boca abierta de par en par mientras gritaba.

Ella se apresuró a su lado y lo abrazó escudándolo de todos. Lo envolvió en sus brazos con firmeza, pero sin apretarlo, como había aprendido a lidiar con personas que tenían un sistema nervioso inestable. El método se llamaba terapia de presión profunda, y hacía que el cuerpo cambiara de operar con el sistema nervioso simpático para hacerlo con el parasimpático, lo que ayudaba desactivar las funciones de «lucha o huida» para activar las de «conservación y reparación».

Cuando Ted abrió los ojos, vio a Ella y dejó de gritar. Al cabo de unos segundos se quitó las manos de las orejas. El silencio sonó casi tan alto como el griterío hacía unos instantes.

—Todo está bien —le dijo a Ted—. Estoy aquí.

—Ruido —dijo Ted.

—Sí, estaban haciendo mucho ruido.

—Disculpa, amigo —le dijo Rob.

—¡La, la, la! —canturreó la pequeña Pamela.

—¿Por qué no pasan todos y hacemos té y café? —propuso Gloria—. Podemos hablar con calma, ¿no? —Miró a Ted con cautela y, mientras la familia se dirigía a la sala de estar y la cocina, se acercó a su hijo. Ella todavía lo estaba abrazando y observaba el pasillo de reojo.

—¿Qué pasó? —le preguntó Ella—. Son casi las diez de la noche. ¿Por qué de repente…?

—¡Ay! —Gloria hizo un ademán para que se olvidara del asunto—. Tu prima Fiona no se podía duchar porque no había agua caliente y perdió los estribos. Tiene práctica o algo en la escuela

mañana. Y Cara vino a gritarle a tu padre que todavía no llamó a un plomero para que arregle la fontanería porque esto está pasando dos veces a la semana ahora. Luego Rob estaba subiendo, y tu padre le gritó que, si pagaran la renta, la fontanería ya se habría arreglado y que los únicos que trabajan aquí somos tú, yo y el tío Maurice. Luego de eso, una cosa llevó a la otra…

Ted se apartó del abrazo de Ella.

—¡Mamá! Deja de hablar mal del primo Robert.

Gloria alzó las manos en un gesto de paz.

—Tienes razón, tienes razón. ¿Quieres que te arrope?

—Sí.

Ella miró el dulce rostro de su hermanastro.

—¿Me das un beso de buenas noches antes?

El chico le ofreció una sonrisa intensa y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Ted —le dijo—. Te quiero.

—Buenas noches, Ella —Gloria y Ted fueron a la habitación y cerraron la puerta.

Ella caminó por el pasillo y atravesó la sala de estar. Al reparar en el orden, supo que su padre había tenido la fuerza necesaria para limpiar. Entró en la sala donde cuatro adultos y una bebé ocupaban casi toda la mesa que había en el centro. La ventana mirador daba la sensación de más espacio, pero no dejaba de sentirse como una alacena en comparación con el *penthouse* enorme de Channing.

Unos copos de nieve destellaron en la oscuridad al otro lado de las ventanas. A pesar de que la tormenta se había calmado desde esa tarde, unos pequeños bancos de nieve se iban formando en el suelo. Iba a tener que levantarse más temprano al día siguiente para quitar la nieve del coche y la escarcha de las ventanillas.

Su padre hacía ruidos metálicos con tazas y platos en la cocina.

—Ella —la llamó Rob cuando la vio—. ¿Tienen algún puesto de trabajo en la comisaría? Haré lo que sea. Limpiaré el suelo si hace falta.

Rob era un hombre grande con un cuerpo que combinaba músculos y grasa. Parecía un boxeador, aunque había trabajado de mecánico la mayor parte de su vida. El taller en el que trabajaba, a

dos manzanas de su casa, había entrado en bancarrota el año anterior. Desde entonces, había cambiado de trabajo a menudo. Como no podían costearse la guardería para la bebé y su esposa estaba embarazada de nuevo, Stella se quedaba en casa. A Ella se le ciñó el corazón al ver a la bebé de cabello oscuro que jugaba tranquila con el colgante de su madre.

—Voy a preguntar, Rob —le respondió—. Espero que sí. Pero no dejes de buscar. Eres un buen mecánico.

—Sí. —Se frotó la frente con el gesto preocupado y desesperado de la persona que provee para una gran familia sin ayuda de nadie. Y pronto, quizás Ella también estaría buscando empleo. En especial si no resolvía el caso—. Gracias.

—¿Quién quiere té? —preguntó—. ¿O café?

—Algo más fuerte me vendría bien —respondió el tío Maurice. Era un hombre robusto y con una gran barriga que siempre estaba listo para beber algo fuerte. Era el hermano mayor de su padre, y a pesar de que había tenido un bar durante más de diez años, ahora se dedicaba a recolectar residuos reciclables. El bar había comenzado a perder dinero el año anterior. Los precios del alquiler habían subido, al igual que los de la comida y el alcohol. Los turistas ya no podían viajar, y la gente desempleada no tendía a gastar dinero en cenas o bebidas en un bar. Cada vez había más ebrios en las calles pegados a una botella de aguardiente casero o a un cóctel mortal de etanol puro y agua.

—Papá… —lo regañó Rob.

—¿Qué? —preguntó Maurice encogiéndose de hombros—. ¿Cómo voy a dormir después de todo este alboroto?

—Pero dijiste que habías dejado de beber —le recordó Rob.

—Una copa no me hará mal. —Maurice hizo un ademán.

—Siempre dices lo mismo —se quejó la tía Cara—. Ella, dulzura, tu tío solo beberá agua, y yo, un té de manzanilla, si tienes.

—Por supuesto.

¿Cómo iba a hacer para mirarlos a los ojos si la despedían y tenía que decirles que perderían la casa? El tío Maurice alimentaba a su familia y a la de Rob con el salario de veintisiete mil dólares al año. Ninguno de ellos pagaba alquiler, aunque era tan bajo que parecía

un chiste en comparación con los precios de los alquileres mínimos en Boston. Y, a pesar de que la hipoteca de su padre tenía veinte años y la había sacado con un buen salario de policía, tenía un interés demasiado alto, incluso para la actualidad.

El ingreso de Ella y el dinero que ganaba Gloria como empleada doméstica mientras Ted estaba en la escuela cubría la hipoteca casi todos los meses, pero no les sobraba para mucho más. El dinero de incapacidad laboral que cobraba su padre apenas alcanzaba para pagar la cuenta del agua. Y si perdía eso… El estómago se le retorció de preocupación. Las tres familias acabarían en la calle.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ella a su padre al entrar en la cocina. Su padre estaba sirviendo agua en el hervidor.

—Sí, cariño —le respondió con una sonrisa forzada—. ¿Por qué no lo estaría?

Ella extrajo las tazas, soltó un suspiro y las colocó sobre una bandeja de metal.

—Eso es lo que creí.

Su padre colocó el hervidor sobre el fuego.

—¿Cómo estuvo tu día? ¿Cómo estuvo Wilson?

Ella volvió a sentir la tensión en la espalda. Abrió un cajón y extrajo una caja con una selección de té. Luego extrajo una caja de galletas cerrada y sirvió varias en un platito. ¿Cómo iba a decirle a su padre que podrían despedirla en unas pocas semanas? ¿Cómo iba a decirle algo si no podía hacer nada al respecto? Sabía que él se sentía culpable por todos los años que no había podido trabajar, aunque no había sido su culpa que le hubieran disparado en la columna vertebral tras recibir un llamado en el que reportaban perturbaciones en un vecindario peligroso. Durante la inspección de la zona, las cosas no terminaron bien. Eso había ocurrido hacía diez años.

—Wilson está bien —le respondió.

Su padre giró la silla de ruedas.

—Siempre me tienes aquí si necesitas mi ayuda.

—Ya lo sé —le aseguró y lo abrazó por los hombros—. Gracias, papá.

El agua comenzó a hervir, y su padre apagó el fuego.

—Déjame ayudarte con eso. —Asintió hacia la bandeja con tazas—. Ve por el hervidor.

—Está bien. —Ella colocó la bandeja sobre el regazo de su padre y luego tomó el hervidor. Su padre se dirigió a la sala de estar, y todos lo recibieron con exclamaciones de alegría y algunos comentarios como: «Ya era hora» o «¡Por fin!».

Ella apoyó el hervidor sobre la mesa y ayudó a su padre a acomodar las tazas delante de los invitados, que escogían su sabor favorito de té.

—Un poco de *bourbon* no estaría mal —soltó el tío Maurice.

—No hay *bourbon* para ti —repuso su padre.

Sus padres habían sido inmigrantes irlandeses, y a pesar de que su padre y Maurice hablaban gaélico, o irlandés, como lo llamaban ellos, Ella y sus primos jamás lo habían aprendido. Era algo de lo que Ella se arrepentía. Todavía tenían parientes lejanos en Irlanda, a pesar de que habían perdido el contacto con ellos casi por completo.

El tío Maurice le guiñó un ojo a Ella.

—¿Cómo te va en el trabajo, Ella? ¿Le has dado un buen gancho a alguien últimamente? —Cerró los puños y adoptó una posición de boxeo para golpear un objetivo invisible delante de él.

Ella le sonrió y le sirvió agua en la taza.

—Sí, casi. Ya sabes que sé defenderme gracias a mi tío.

Él le había enseñado a boxear desde muy pequeña. Ella recordaba entrenar con el tío Maurice en el patio de la casa. A diferencia de muchas niñas de su edad, que habían sufrido maltratos de los niños que no sabían de qué otro modo llamarles la atención, a ella jamás la habían tocado. De hecho, todos los niños siempre le habían temido. Todos en la calle sabían que podía quebrarle la nariz a cualquiera de ellos porque su tío boxeador le había enseñado y su padre era policía.

—Diles a esos chicos malos que el tío Maurice los va a encontrar.

Ella se rio.

—Ya lo saben.

—Sí, y están muertos de miedo, papá —le dijo Rob.

—Bueno —prosiguió Maurice mientras tomaba un sorbo de té—, la gente está cada vez más inquieta. ¿Qué está pasando? Hay peleas

todas las noches en el *pub* O'Donnel's, manifestaciones por todos lados… ¿Se dieron cuenta de que hay más drogadictos en las calles que agua en el mar? ¡Por el amor de Dios!

—¿Y qué dicen del cambio climático? —siguió la tía Cara mientras masticaba una galleta—. No es de sorprender que estén todos con los nervios de punta.

Cuando Ella terminó de servirles el té a todos, se sentó en la mesa. Pamela sonrió y estiró los brazos hacia ella.

—Oh, ven con tu tía —le dijo Ella encantada. Tomó a la bebé en los brazos y se la acomodó en el regazo. Pamela intentó tomar la taza de té caliente, pero Ella la alejó de su alcance. Sin nada más interesante que explorar, Pamela le sujetó el botón de la blusa y se lo llevó a la boca.

—Ten tu conejito —le dijo la madre mientras le entregaba un juguete que tenía guardado en el bolsillo.

Con la niña ocupada, Ella sintió su peso cálido en el regazo y observó el cabello suave en la cabeza de su sobrina con un dolor agudo en el pecho. Se preguntó si alguna vez tendría niños. Se preguntó si sería como su padre, lo suficientemente fuerte como para sobrellevar las adversidades de la maternidad sin abandonar a su bebé. ¿Sería digna del amor de un hombre? ¿Alguien se quedaría a su lado a pesar de los posibles obstáculos? ¿O había algo malo en su esencia que no la volvía digna de semejante compromiso? Porque hasta su propia madre, la persona que debía de haberla querido a pesar de todo, no había podido hacerlo. Ella parpadeó para deshacerse de las lágrimas que le habían asomado a los ojos y se volvió hacia Rob.

—¿No conseguiste trabajo después del puerto, Rob?

—No, está cada vez más difícil encontrar algo. Ojalá hubiera resultado el trabajo del puerto. Pagaban bien. Creí que ese sería el cambio que habíamos estado esperando en nuestras vidas.

Ella bebió un sorbo y dejó la taza sobre la mesa.

—Recuerdo que te despidieron de forma injusta, pero no sé los detalles. ¿Qué ocurrió en concreto?

Rob hizo un ademán.

—Comencé a cargar unas cajas donde no debía.

—¿Dónde?

—Era un contenedor de bananas. Enganché el cargamento para cargarlo en el camión y, cuando estaba en el aire, casi sobre el camión, un gerente se me acercó corriendo a los gritos. Al parecer, tenía que cargar las cajas en una furgoneta. —Se golpeó la cabeza—. A veces, no pienso.

Ella frunció el ceño.

—¿Y la furgoneta estaba en la lista?

—No.

—¿Y no te pareció sospechoso?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo trabajé allí dos semanas.

—¿Y el contenedor de bananas fue escaneado en la aduana?

—Ni idea.

—¿Había más furgonetas en línea?

Rob frunció el ceño.

—Sí, ahora que lo pienso, sí.

—¿Recuerdas algo en particular de los vehículos?

Stella se rio nerviosa.

—Ella, ¿cuál es el problema? Eran contenedores de bananas, no hizo nada malo.

—No, no, ya lo sé, Rob. Pero estoy investigando un caso de contrabando de drogas a través del puerto. Las bananas y otras frutas exóticas son un objetivo típico.

—¡Ah! —exclamó Rob—. No. Eran furgonetas blancas.

—¿Recuerdas el modelo?

—Creo que Chevrolet Express.

—¿Y quién era el gerente que te gritó?

Rob se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Nunca antes lo había visto. Pero no conocía a mucha gente todavía, así que eso no es de sorprender. Había otro sujeto que me culpó por haber perdido las cajas. ¿Crees que cargaron drogas en las furgonetas?

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser. Utilizar a alguien nuevo que no conoce los procedimientos para luego despedirlo es algo que podrían hacer los

contrabandistas para evitar que los descubran.

Además, eso era otra señal de que podría haber alguien infiltrado. Al día siguiente tendría una conversación seria con Hakonson. Y, en esta oportunidad, no permitiría que la distrajera.

CAPÍTULO

NUEVE

Tres días después…

La nieve sucia crujía bajo sus zapatos mientras Channing se adentraba en el callejón oscuro y silencioso detrás del bar Buzzed Rabbit. A pesar del frío, inhaló el hedor a comida podrida y algo acre, que parecía vómito. Varios contenedores de basura estaban alineados contra la pared del bar. Desde las calles que flanqueaban el callejón y el otro lado del bar, llegaban las voces de unos ebrios y el ruido del tráfico.

Una nube de condensación se le escapó de la boca al respirar. El frío le caló el traje y la camisa mientras caminaba hacia el callejón sin salida. Ese día más temprano, había recibido un mensaje en el teléfono de un número desconocido. Decía: «10:00 p.m. Detrás del Buzzed Rabbit».

Estaba solo, y era una decisión de la que una parte de él se arrepentía en ese momento. Podía pensar en muchos sitios donde preferiría estar en ese momento, como en la cama con la feroz detective que parecía residir en su mente y en sus fantasías.

En algún punto entre el ruido de los ebrios, cantó un gallo. Pasaron unos segundos y volvió a cantar. Y, acto seguido, se le unió uno más. ¿Gallos? ¿En el centro de la ciudad? ¿Luego de la medianoche? Era muy extraño. Primero los lobos y ahora los gallos. Y encima ese clima…

Antes de que Channing pudiera seguir pensando en lo extraño que era todo, una sombra se movió en el haz de luz que generaba la bombilla que colgaba por encima de la entrada trasera del bar. Un hombre salió de las sombras, pero solo se vio una silueta oscura. Era alto y delgado, a pesar de que llevaba una chaqueta acolchada. El hombre comenzó a hacer sonidos de clic, como si tuviera un bolígrafo y lo estuviera abriendo y cerrando sin cesar. Tenía algo en la mano, y Channing se detuvo unos instantes. Algo iba mal. Volvió a sentir un estremecimiento en la nuca, como si alguien le hubiera soplado aire frío.

—Hola —lo saludó.

—Hola —le dijo el hombre y el ruido cesó. Tenía una voz ronca y rasposa, como la de un niño que empieza a convertirse en adulto.

—¿Quién eres? —le preguntó Channing.

—Clicker. —Reanudó el sonido—. ¿Y tú?

—Channing Hakonson.

—¡Ah! —El sonido se detuvo otra vez, y el hombre avanzó hasta él. Tenía un andar ancho, y movía los brazos como si fuera el rey de la calle—. Hola, amigo. —Tenía el acento típico de un residente de Southie, el barrio emergente de South Boston.

Sin embargo, la atención de Channing estaba concentrada en lo que sostenía en la mano. En la oscuridad grisácea, podía ver un objeto redondo, de color verde oscuro, rodeado de huecos perfectamente cuadrados. Parecía una granada. Se quedó inmóvil, y un sudor gélido le recorrió la columna vertebral.

—Pero ¿qué mierda? —le preguntó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Clicker con un tono inocente y bajó la mirada a la mano—. Oh, ¿hablas de esta cosita? —Se la acercó al rostro a Channing, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echarse atrás y salir corriendo. Clicker insertó el dedo debajo de la palanca, la levantó y, cuando la soltó hizo un «clic»—. ¿Te estás cagando del susto?

Channing tragó con dificultad.

—Un poco, sí.

Clicker se rio.

—Sí, como todos. Es un juguete nomás. Me calma los nervios.

Lo sostuvo en la palma abierta delante de él.

—¿Y para qué necesitas calmar los nervios? —le preguntó Channing mientras buscaba en vano algún indicio de que la granada pudiera ser un juguete.

—Ser el intermediario de armas, venenos y materiales radioactivos no es precisamente el trabajo más relajante. Mi terapeuta dice que la actividad física me hace bien.

Channing soltó un suspiro. ¡Qué mundo! En ese mundo irreligioso, mover un pulgar se consideraba actividad física… Sería mejor que no intentaran remar un *drakkar* de veinte metros de largo por un fiordo durante doce horas corridas…

—En fin… —dijo Clicker recorriéndolo de arriba abajo con la mirada—. Necesitas un reactor nuclear.

Dos gallos volvieron a cantar al mismo tiempo, y tanto Channing como Clicker miraron alrededor. En algún punto lejano de la mente, recordó a su padre contándole la historia de Ragnarök. Sin embargo, se deshizo de la sensación extraña que lo había embargado y se aclaró la garganta.

—Sí, necesito un reactor nuclear.

—Hummm. Un joven tan hermoso… ¿Para qué necesitas un reactor nuclear?

Channing ignoró la pregunta.

—¿Lo puedes conseguir o no?

Clicker entrecerró los ojos y luego los volvió a abrir para recorrerlo con la mirada.

—¿Tienes algún arma?

—No —mintió.

El sonido se detuvo, y el hombre le palpó el traje. La mano aterrizó en el *seax* casi de inmediato, y Channing soltó una maldición por lo bajo. Clicker le introdujo la mano en el traje, pero Channing se la sujetó. Sin embargo, Clicker sostenía un objeto pequeño y afilado en la otra mano que destelló rápido y se lo apretó contra la garganta.

—Nada de armas —le dijo soltándole el aliento a cerveza y perritos calientes contra el rostro.

Channing no tuvo más remedio que aguardar a que el hombre le quitara el *seax*. Con el ceño fruncido, Clicker estudió la hoja, que brilló con la perfección de un arma que jamás había sido utilizada. Channing se la había encargado a un herrero en Minnesota. Era una réplica de la que le había dado su padre como su primera arma y tenía unas runas nórdicas entalladas en la empuñadura de asta de ciervo.

—¿Qué idioma es este? ¿La lengua élfica?

—La lengua vikinga.

La piel descubierta donde deberían haber estado las cejas de Clicker se arqueó hasta el borde del gorro de lana.

—¿La lengua vikinga? —Dio vuelta la hoja en la mano—. Vaya.

Se guardó su arma en el bolsillo en el que probablemente también se había guardado la granada. Dio un paso hacia atrás sin despegar los ojos del *seax*. Channing sintió el peso de la impotencia en los brazos. Detestaba encontrarse en una situación tan vulnerable sin su arma y apretó los puños.

—¿Podemos hablar de la entrega y seguir con nuestras noches?

—Por supuesto —accedió Clicker mientras inclinaba la hoja para que reflejara la luz y la observaba con detenimiento—. En una semana puede estar aquí.

Algo cálido y liviano se le liberó en el pecho. En una semana, podría largarse de allí y regresar con su familia. Podría estar de regreso con los vikingos. Podría abrazar a su madre y estrechar la mano de su padre. Podría respirar el aire del mar del Norte y por fin, luego de una eternidad, sentir que se encontraba donde pertenecía, que estaba entre personas que lo conocían, que estaba con su tribu.

—Una semana suena genial.

—Llegará a tu puerto. El barco tiene un nombre extraño… Naglfar o algo parecido.

Clicker comenzó a pasarse la punta del *seax* por debajo de la uña para quitarse la mugre del pulgar. Al oír el nombre Naglfar, Channing sintió que se le congelaba la sangre. Lo había oído muchas veces en la época vikinga… en la historia de la batalla del fin del mundo. Ragnarök. Naglfar era el nombre del barco fabricado únicamente con

las uñas de hombres muertos y conducido por el gigante Hrymr. Su partida significaría el comienzo del Ragnarök.

La mente se le aceleró, y recordó que antes de que la Naglfar zarpara, el mundo se había hundido en la era de los lobos. Recordó la voz de su padre, profunda y solemne, mientras le contaba la historia frente al hogar central en el gran salón: «Llegará la era del hacha, la era de la espada, y el viento y los lobos…». Channing había visto a los lobos. Y Ella también. «… antes de que el mundo muera». Antes del Ragnarök. Todos los vikingos sabían tanto acerca del Ragnarök como de los verdaderos dioses, las nornas y el árbol del mundo, Yggdrasil. «La era del hambre. El invierno de inviernos, Fimbulvetr. El mundo en que los hermanos se matarán entre ellos». Toda la agitación pública que tenía lugar en el mundo actual encajaba con la profecía… «Tres gallos cantarán. Primero, el gallo rojo, Fjalar, cantará en el bosque de Gálgviðr, luego el gallo de oro cantará en el Valhalla…». Hacía tan solo unos instantes había oído a dos gallos cantar. «Y el tercer gallo, de color rojo sangre y negro como el hollín cantará en el inframundo de Hel».

¿Podría tratarse de una coincidencia? Alzó la mirada al cielo. No había luna esa noche, y no había visto el sol luego de la tormenta de nieve.

Clicker se introdujo la punta del *seax* bajo la uña del dedo índice.

—Solo necesito diez millones de dólares.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —Se limpió la tercera uña—. ¿Te parece mucho? Lo siento. Pero es el costo de sustancias radioactivas ilegales. Además, estamos hablando de un reactor nuclear de séptima generación. Solo existen tres en el mundo, y este iba a brindarle energía a la estación rusa en el ártico. Sin embargo, el administrador del proyecto desea una propiedad en Florida.

Alzó la mirada a Channing.

—Tienes una semana. Solo efectivo.

—Diez millones de dólares es demasiado. Seis.

Clicker se le acercó antes de que pudiera volver a respirar y le apretó su propio *seax* contra el corazón, en medio de las costillas, en el lugar preciso en el que solo bastaba un movimiento para acabar

con él. Ese fue el momento en el que vio la verdadera oscuridad y el vacío absoluto en los ojos de Clicker.

—No es una negociación, hermoso. Diez millones. A ti te gustan las cosas vikingas, así que comprenderás que ahora estás atado a mí. Hemos hecho un trato. O me das los diez millones o tu vida. ¿Qué escoges?

Channing apretó los dientes. Así debían de verse los ojos de Loki. No había ninguna negociación posible con el caos. Y, según la profecía, los hijos de Loki matarían a los dioses durante el Ragnarök.

Como haciendo eco de sus pensamientos, un lobo aulló en la cercanía. Un escalofrío le recorrió la piel y no fue por el frío. Tenía que marcharse de allí. El dinero no era un problema. Tenía dinero y, cuando regresara al pasado, ¿a quién le importaría cuánto le había costado? Channing asintió con la cabeza.

—Diez millones.

Clicker le dio una palmadita en la mejilla.

—Qué buen chico. Y esta hermosa arma élfica.

—No, el *seax* es mío.

—No tienes ningún poder de negociación, hermoso. No solo has hecho un trato con Clicker, sino que, a partir de ahora, haces negocios con la mafia de Boston.

CAPÍTULO

DIEZ

Mientras bebía un sorbo de café, Ella no despegaba la mirada del coche de Channing que se encontraba aparcado en la entrada del callejón del bar Buzzed Rabbit. Sin lugar a duda, era uno de los lugares más riesgosos que había visto en su vida, y había visto muchos lugares peligrosos, sobre todo en el transcurso del último año.

Había estado vigilando a Channing todo el día. A decir verdad, no la habían autorizado a hacerlo… ni cerca. Y tenía miedo de que, si se lo contaba a Ricardo, comenzaría a darle una lección acerca de cómo estaba de nuevo rompiendo las reglas. Sin embargo, él no era quien corría el riesgo de perder el empleo si la investigación no salía bien.

Antes de eso, no había ocurrido nada excitante. Hakonson había ido a trabajar al puerto y luego, a la Universidad de Boston para dar una lección como profesor invitado de nórdico antiguo. No se había encontrado con nadie y no había visitado el edificio M05.

En cambio, en ese momento, estaba reunido con alguien en un callejón. Era difícil ver de quién se trataba. Bajo la luz que proyectaba la lámpara que colgaba por encima de la puerta, había un sujeto alto y delgado con un gorro de lana. Mientras hablaban, Channing echó un vistazo por encima del hombro y, cuando reparó en su coche, Ella se agachó. Escaneó la calle unos instantes, pero, al parecer, no vio nada que le pareciera sospechoso.

Ella tomó la cámara y empezó a tomar fotos. Afuera estaba congelante, y Channing no tenía ningún gorro, ni tampoco una

bufanda y llevaba el abrigo abierto. ¿Acaso poseía una cualidad inhumana para mantenerse cálido?

El hombre hizo un movimiento rápido, y algo metálico destelló. Ella se llevó la mano al arma en la cintura con el corazón latiéndole desbocado. Parecía que el hombre tenía un arma apretada contra el pecho de Channing. ¿Cuán rápido podría llegar hasta Hakonson si debía protegerlo?

Los dos hombres hablaron rápido, luego el que tenía el gorro le dio una palmadita en la mejilla a Channing, añadió algo más y dio un paso hacia atrás. Channing se dio la vuelta y regresó a su coche. Tenía el mismo andar que había observado antes, el de un predador peligroso en estado alerta. El hombre delgado se quedó de pie mirándolo con los ojos entrecerrados, y en la mano apretaba la daga larga que parecía una espada corta. Channing encendió el coche y se alejó conduciendo. Ella quiso hacer lo mismo.

¿Debería seguirlo o debería quedarse con el otro sujeto? Escogió al otro porque ya sabía quién era Hakonson y dónde vivía, pero no tenía ni idea acerca del nuevo sospechoso. El hombre avanzó hacia la boca del callejón. Se detuvo al lado de una motocicleta que estaba aparcada al lado de un edificio y guardó el arma en el compartimiento trasero.

Mientras se reemplazaba el gorro de lana por el casco, la cabeza calva destelló por un instante bajo la luz de la calle. Encendió la moto, y el ruido del motor resonó en la calle vacía. Ella dejó la cámara en el asiento de acompañante y apoyó la mano en las llaves.

Sin embargo, el hombre echó un vistazo por encima del hombro y la miró fijo. Lentamente, se pasó el dedo índice por la garganta. Ella sintió que se le ponía la piel de gallina mientras el sujeto se daba vuelta y se alejaba por la calle.

—¡Maldita sea! —maldijo mientras encendía el coche y aceleraba.

Dio un giro en redondo y siguió a la figura delante de ella. Avanzó rápido por las manzanas y las luces de la calle destellaron. Cuanto más se acercaban al centro, más coches había en las calles y más difícil era maniobrar entre ellos.

Primero vio las hileras de edificios de piedra rojiza que se volvían cada vez más altos y luego supo que algo iba mal. El motociclista

giró de repente en un callejón a la derecha, y Ella no logró girar a tiempo. Delante de ella, había una muralla de gente bloqueando toda la calle Washington. Una multitud de manifestantes sacudían letreros y puños en el aire.

Clavó el pie en el pedal del freno y el coche se detuvo con un chirrido. Oyó un golpe fuerte de atrás y salió disparada hacia adelante, pero el cinturón de seguridad se le clavó contra los senos y el estómago. Jadeó, y luego se volvió para mirar hacia atrás mientras luchaba por llenarse los pulmones de aire. Un coche azul estaba pegado contra la parte trasera de su Taurus. La conductora tenía la boca tan abierta, que Ella vio con claridad un diente torcido.

—Maldita sea.

Era su primer accidente y deseó encontrarse en uno de sus sueños, en los que podía rebobinar los hechos y revivirlos de otra manera. Sin dejar de soltar maldiciones por lo bajo, se quitó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. En el aire se oían las fuertes protestas y los cánticos enfadados de los manifestantes. Retorciéndose del dolor en el estómago y el seno derecho, soltó el aliento, y la condensación se evaporó en el aire negro.

El vehículo que había colisionado con el suyo era un Toyota viejo, que ahora tenía la parte delantera tan compactada como la parte trasera del coche de Ella. La conductora del Toyota también se había bajado del coche y miraba los daños con una expresión de perplejidad e incomprensión. Luego miró a Ella.

—Pero ibas tan rápido… ¿Cómo pudiste detenerte tan abruptamente?

—Disculpe, señora —le dijo—. Estaba…

—¡Pero ibas tan rápido! —La mujer alzó la voz como una sirena. Tenía los ojos abiertos como platos y la boca curvada hacia abajo como una herradura. Ella vio indicios inconfundibles de conmoción—. ¿Cómo pudiste detenerte tan abruptamente?

Los ruidos de la multitud que se manifestaba también aumentaron. Al parecer, todo el mundo estaba enfadado. Ella se preguntó dónde estaría la policía y si no habría nadie supervisando la protesta.

Una ráfaga de viento gélido le arrojó unos copos de nieve al rostro que la dejaron sin aliento. Y le pareció oír el aullido de un lobo en la distancia. La tormenta había llegado tan inesperada como un terremoto y logró acallar a la mujer. Una pared de nieve atacó la ciudad como un ejército invasor. El viento era tan fuerte que tuvo que aferrarse al coche para no caerse.

—Mire, señora, soy policía —gritó Ella a través del gemido repentino del viento y del rugido de la multitud agitada—. Tomaré unas fotografías y escribiré un informe…

—¡Vete al infierno! —le gritó la mujer con amargura—. Así que eres policía, ¿eh? —escupió retorciéndose y parpadeando contra la caída de la nieve—. Solo empeoras las cosas. No hay justicia en el mundo y, mucho menos, si viene de la policía.

La mujer se volvió a subir al coche e intentó dar marcha atrás, pero para entonces, había más coches bloqueando la vía, y había caído tanta nieve, que era difícil ver algo.

—¡Señora, vaya a algún edificio! —le gritó Ella—. Mire, hay un cine a la vuelta de la esquina y también está el Paramount allí…

La mujer no se movió, pero comenzó a fulminarla con la mirada desde el asiento.

Ella se volvió hacia la multitud. Apostaba que sería difícil seguir protestando con ese clima, además de ser inseguro. Se acurrucó contra el abrigo y se acercó a uno de los manifestantes.

—Mire, señor —le gritó al oído a un joven—. Se avecina una tormenta. Debería ir a casa.

El joven la fulminó con una mirada llena de tanto odio que Ella tuvo que parpadear.

—¡No me digas qué tengo que hacer! ¡Alguien tiene que defender lo que es justo! —Al igual que ella, estaba parpadeando la nieve.

Ella suspiró. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para llamar a la comisaría y preguntar si había alguien controlando la manifestación, cuando vio un movimiento entre los manifestantes, y la multitud se abrió para dejar pasar a alguien. Era un hombre alto, tatuado, con un moño masculino castaño y los ojos verdes como el musgo.

—Detective… —Entrecerró los ojos—. Creí que eras tú. ¿Estás bien?

Ella parpadeó.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba yendo a casa, y esta multitud apareció de la nada. Me rodearon el coche, y la policía está bloqueando la calle para evitar que se extiendan, así que no puedo ir a ningún lado.

Le recorrió el traje con la mirada.

—¿Cómo es posible que no te estés congelando? Debe hacer cero grados.

—Suelo estar adentro del coche.

Ella soltó un suspiro.

—De acuerdo. Vamos. No puedo permitir que te mueras de hipotermia. El bar de mi tío está cerca, y sé dónde tiene una llave. Ha estado cerrado por un tiempo, pero esperaremos allí. Y por fin podré interrogarte.

Channing asintió con la cabeza, y Ella lo condujo a través la tormenta de nieve. De solo pensar en encontrarse a solas en el bar con él, sintió algo burbujeante y cálido en la boca del estómago.

De repente, no quiso que se pase la tormenta.

CAPÍTULO

ONCE

El bar Mo's se encontraba en un callejón angosto detrás del cine Paramount. En sus mejores días, había sido uno de los sitios extraoficiales que más visitaban los policías. Estaba lo suficientemente recluido como para no atraer turistas, pero a la vez estaba cerca de la calle Sudbury, donde se encontraba la comisaría. Sin embargo, con la inquietud en aumento en la ciudad a lo largo del último año, los oficiales estaban muy ocupados trabajando y no tenían la energía de ir a beber algo con sus amigos al finalizar el turno. Y, con el espíritu derrotado, Maurice había tenido que cerrar su amado bar.

Ella tomó la llave oculta detrás de un ladrillo suelto cerca de la entrada. Mientras abría la puerta y entraba, miró por encima de la cabeza y se quitó la nieve del abrigo. Channing se sacudía la nieve de los pies a sus espaldas.

El aire estaba algo más cálido en el interior, y en el aire aún pendía el olor a cerveza y lejía. Unas partículas de polvo le produjeron un cosquilleo en la nariz.

Ella fue al lavadero y encendió las luces y la calefacción. Al regresar al bar, vio una agradable luz amarilla iluminando el pequeño espacio. Había seis mesas de bancos corridos y un bar. Tanto las paredes como los muebles y el bar estaban hechos con madera oscura. Sintió una gran tristeza. Ese bar, que antes había estado lleno de vida y había sido un sitio acogedor y popular, era un recordatorio de los desafíos que enfrentaba tanto su familia como el

resto del mundo. Determinada a añadirle un poco de vida al sitio, se colocó detrás del bar y murmuró:

—Está demasiado silencioso.

Encontró el control remoto y encendió el televisor. En la pantalla que colgaba del cielorraso apareció un juego de los Red Sox sin sonido. Por los altoparlantes, sonaba «The Sound of Silence», con la voz suave del cantante de Disturbed. La canción era de lo más apropiada para el pequeño apocalipsis que se había desatado en el exterior.

Channing recorrió el bar con la mirada.

—Parece como si este sitio hubiera estado cerrado hace rato.

Ella humedeció un trapo y limpió el polvo de la superficie del bar.

—El bar del tío Maurice jamás ha sido demasiado rentable, pero a él le gustaba, y le brindaba el ingreso que necesitaba. Hasta que el año pasado la economía se comió toda la ganancia. Mi tío terminó el contrato de alquiler, pero supongo que el dueño no encontró a nadie nuevo para que lo arriende. Y, al parecer, ni siquiera sabía de la llave secreta.

Channing asintió.

—Lamento oír que tu familia tiene problemas.

—Sí. —Miró alrededor de las mesas vacías, y los recuerdos de las noches bebiendo y riendo allí con Ricardo y otros colegas, le ciñeron el pecho. Sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres beber?

Channing miró la estantería para las botellas a sus espaldas.

—No hay nada que beber.

Ella se rio.

—El tío Maurice no iba a dejar todo el licor aquí. —Se arrodilló y abrió las alacenas bajo las espitas de cerveza—. Pero parece que se olvidó de un barril sin abrir de Sam Adams. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, ¿necesitas ayuda?

—No. —Quitó el acoplador del barril viejo y colocó el nuevo—. Sé cómo operar un bar. Mi primo Rob y yo hemos ayudado a mi tío en varias ocasiones.

Se puso de pie, lavó dos copas y las llenó con cerveza. El aroma de la bebida le produjo un cosquilleo en la nariz, y mientras caminaba hacia una mesa con los vasos fríos en las manos, sintió

que el aire se tornaba más cálido. Dejó los vasos sobre la mesa, tomó el trapo humedecido y limpió el polvo de la superficie de los sofás de imitación de cuero que rodeaban la mesa por tres frentes.

Cuando tomó asiento, Channing se unió a ella y le propuso un brindis silencioso. Mientras bebía, Ella lo observó vaciar el vaso antes de dejarlo sobre la mesa. Al ver esa mano fuerte y grande, con la muñeca llena de tatuajes de runas nórdicas, y la espuma que le humedecía el bigote, pensó que se vería mejor en alguna especie de atuendo de guerrero que en el traje de hombre de negocios. También se vería muy seductor.

Tuvo que luchar contra el deseo de incorporarse y salir disparada a buscarle otra pinta. Tendría que esperar a que ella estuviera lista para otra ronda. No iba a servirle como de seguro lo hacían todas las mujeres. Además, esa era una buena oportunidad para interrogarlo. Ahora que afuera había un temporal y no tenía a dónde ir, no podría evitar sus preguntas. Determinada, entrecerró los ojos para mirarlo.

—Bueno… —dijo mientras metía la mano en la bolsa para extraer el anotador y un bolígrafo.

Channing miró los objetos con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece? Tengo algunas preguntas. Y tú no tienes a dónde ir.

Él soltó una carcajada que lo hizo sonreír debajo de la barba. Se acercó a ella la miró por debajo de las pestañas.

—Y tú tampoco. Está bien, detective. Dispara.

Ella se aclaró la garganta y escogió ignorar el comentario. Channing era bueno a la hora de crear distracciones, y, en esta ocasión, no se lo iba a permitir.

—Hemos estudiado el contenedor en busca de pruebas forenses, pero no hemos encontrado ningún indicio de que ese cargamento fuera obra de una organización criminal conocida. La mafia de Boston se especializa en heroína, no en cocaína. —¿Era su imaginación o vio un músculo retorcerse en su mejilla?—. Los carteles mexicanos y colombianos tienden a contrabandear la cocaína a través de la frontera con México, de modo que un contenedor en el puerto de Boston no es su *modus operandi*. Bien

podrían estar intentando algo nuevo…, pero todo parece indicar que hay una nueva entidad criminal en el juego.

¿O acaso los traficantes de drogas actuales estaban intentando ocultar sus identidades al romper sus viejos patrones? Pero había un informante que le había dicho al FBI acerca de la poderosa figura del puerto que encubría los contrabandos. Channing permaneció en silencio y la miró con frialdad. Ella golpeó el bolígrafo contra el anotador.

—¿Tienes algún motivo para creer que algún miembro del personal del puerto pueda estar involucrado con el tráfico de drogas?

—No. Desde el primer día, me aseguré de que la seguridad fuera lo más estricta posible. Invierto dinero en entrenamiento para mis empleados, que toman cursos de identificación de contendedores para poder reconocer cuáles son los cargamentos más propensos a ser utilizados para contrabandear drogas. Has hablado con el jefe de seguridad, ¿no?

—Ricardo habló con él.

—Genial. En ese caso, ya sabes las medidas que tomamos y todo lo que hacemos para evitarlo.

—Nos gustaría tener acceso a las grabaciones de seguridad.

—Por supuesto. Lo que necesites.

—¿Y la lista de todos los camiones y las furgonetas que entraron y salieron del puerto el 23 de agosto?

—Sí. ¿Por qué el 23 de agosto?

A Ella no le sorprendía que no supiera que ese había sido el día en que habían despedido a Rob por el caos que ocurría en el puerto. O Channing era el motivo de todo o estaba por encima de todos y no se involucraba con los despidos injustos.

La ira comenzó a hervirle en la boca del estómago, apoyó el bolígrafo sobre la mesa y bebió otro sorbo. Como tenía que calmarse, hizo lo que solía hacer cuando las emociones la embargaban; se ciñó a los hechos. Ella se relajó contra el respaldo del sofá.

—Según las estadísticas, solo el dos por ciento de todos los contenedores se puede escanear en la aduana. Por eso los puertos

marítimos son tan populares entre los traficantes de drogas, porque, aunque algunos serán detectados, la mayoría pasarán desapercibidos.

Los ojos de Channing eran dos rayas estrechas. Cerró las manos alrededor de la pinta y se le hundieron los hombros mientras se inclinaba sobre la mesa como una montaña gigante proyectando una sombra.

—¿A dónde quieres llegar con esto?

Ella arqueó la cabeza en busca de una reacción de estrés o algún indicio de preocupación. Pero hasta el momento, no vio nada.

—Cuando los contenedores pasan el control de aduana, el siguiente paso es la recogida. Y eso es algo más complicado porque hay que sobornar, amenazar o chantajear a los empleados del puerto para que alguien preste una llave magnética o se la olvide en algún sitio o para que alguien busque un bolso que han dejado en alguna parte del puerto… Se puede dejar volar la imaginación… y el cielo es el límite.

El rostro atractivo no mostró ningún cambio. Parecía una orgullosa estatua nórdica.

—Puede que envejezca antes de que vayas al grano.

Ella se humedeció los labios y ocultó una sonrisa. Channing aún no sabía que ella estaba al tanto de las circunstancias del despido de Rob.

—Y ese es el punto exacto donde hay otro quiebre en tu fachada. Tuviste un empleado temporal, alguien que solo trabajó un par de semanas, y en su testimonio mencionó que le pidieron que cargara cajas de bananas en furgonetas sin identificar en lugar de cargarlas en el camión que estaba en la lista. Más tarde, alguien lo culpó por haber perdido las cajas. Ese mismo día lo despidieron a raíz de ese «error».

Channing soltó un bufido, tomó los vasos vacíos, se deslizó sobre el sofá y se incorporó para dirigirse hacia el bar.

—¿Pero no sabes con certeza que en esas cajas que mencionó tu informante había drogas?

—Bueno, no, pero…

Sin detenerse de camino al bar, la interrumpió.

—Entonces no hay ninguna prueba, ¿no?

Ella abrió las palmas e hizo un gesto que parecía gritar: «¿Cómo es posible que no lo veas?».

—Con las grabaciones de seguridad, habrá pruebas.

Tras colocarse detrás del bar, Channing abrió el grifo rojo de la cerveza Sam Adams.

—A las que tienes acceso.

Ella soltó una carcajada.

—¡Por supuesto! ¿Y también las del edificio M05? Te vi entrar allí, ¿recuerdas?

Pudo ver que el mentón se le contrajo. Channing soltó el grifo y apoyó el vaso sobre la barra con más fuerza de la necesaria. La cerveza se derramó y cayó por los laterales del vaso, y soltó una maldición por lo bajo.

—No. —Tomó un trapo limpio y secó los vasos—. No puedes tener las grabaciones de seguridad del M05.

Ella soltó un bufido.

—Te estás cavando tu propia tumba, amigo. ¿Eres consciente de eso?

La respuesta fue el silencio absoluto. Channing tomó el segundo vaso y abrió el grifo sin siquiera mirarla. Ella se volvió hacia él y se cruzó de piernas. Tenía calor. ¿Sería que el aire se estaba tornando más cálido o se sentía acalorada porque estaba enfadada con él?

—Entonces me gustaría verlo por dentro.

Channing soltó el grifo, tomó los dos vasos y emprendió el camino de regreso a la mesa. La miró con una intensidad tal que le provocó un vuelco en el estómago.

—No.

Ella se inclinó sobre la mesa.

—¿No te das cuenta lo sospechoso que parece esto?

Channing colocó un vaso delante de ella y se sentó en el sofá de enfrente.

—No, detective. No hay nada asociado con el tráfico de drogas en ese edificio, así que no es asunto tuyo.

—¿Esa es tu declaración oficial?

—Sí.

—¿Qué tipo de renovaciones ocurrieron allí en el 2014?

Channing bebió unos sorbos de cerveza y luego se lamió los labios.

—¿Qué has dicho?

—Había máquinas grandes excavando toneladas de tierra. Vehículos de construcción… Acababas de comprar el puerto, y el edificio M05 recibió un cambio… algo radical. ¿Qué pasó allí?

—Lo que tú has dicho. Renovaciones.

—¿Puedo ver algún registro de eso? ¿Algún plan de renovación, recibos u órdenes?

La mirada asesina que le dirigió le produjo un escalofrío.

—Esto no tiene nada que ver con el tráfico de drogas.

—Entonces no debería ser ningún problema mostrarme pruebas de ello, Hakonson. Si te niegas a darme acceso al edificio M05, pediré una orden de allanamiento. Y lo que sea que ocultes allí, quedará expuesto. Así que espero que tengas un buen abogado, porque muy pronto puede que lo necesites.

Tras esas palabras, Channing se removió en el asiento y se inclinó sobre ella. Los ojos se le oscurecieron tanto que parecieron quemarla como agua hirviendo. Todo el cabello de la nuca se le erizó.

CAPÍTULO

DOCE

—¿Es una amenaza? —le preguntó con la voz baja y falsamente suave. Por debajo de esa fachada, se oía un trueno que hizo que se le tensaran todos los músculos internos. Sin embargo, no supo si se debía a la anticipación, a la excitación o a la intimidación. El corazón le latía desbocado.

—Es una advertencia.

Channing la miró con gran intensidad.

—No necesito ninguna advertencia. Y no tolero ninguna amenaza.

El tiempo se detuvo. Al pensar que se encontraban a solas, las paredes del bar parecieron moverse hacia el centro, como si estuvieran a punto de apretarlos en un espacio aún más reducido. El aire desapareció de la habitación, y fue como si las luces se hubieran debilitado. De alguna manera, Ella sintió como si, fuera de ese momento, no existiera nada más.

Sintió un pequeño escalofrío al ver que Channing se incorporaba del sillón y caminaba hacia ella. Un fuego le ardió en las venas. Su mirada, intensa, oscura y aterciopelada, la retenía cautiva. Por todos los cielos, ¿qué hacía a solas a la noche en un bar con él?

Como por arte de magia, Saygrace comenzó a cantar «You Don't Own Me», y ella enderezó los hombros. El título de la canción era muy acertado. Él no era su dueño. Pero ¿por qué necesitaba que una canción se lo recordara?

La tormenta azotó contra la puerta del bar, y el viento se coló por unas delgadas rajas. Debía de estar terrible en el exterior, mientras que allí se encontraban a gusto y cálidos…

—Bueno, al diablo —soltó Channing con un tono de voz melódico.

—¿Qué?

—¿A dónde vas a ir con ese temporal ahí afuera?

Ella arqueó las cejas.

—¿Y por qué iba a ir a algún lado?

No podía negar que era muy seductor y que se sentía muy atraída hacia él, pero eso no significaba que iba a hacer algo al respecto. Ni tampoco iba a permitir que la sedujera.

Channing se inclinó sobre la mesa ciñéndose sobre ella. Cuando lo miró a los ojos, se quedó sin aliento. Él soltó una carcajada al tiempo que se concentraba en sus labios, en el mentón, en el cuello y más abajo. Bajó la voz casi a un susurro.

—Porque estoy a punto de besarte.

La voracidad que anunciaba su voz la dejó sin palabras. Se le acercó más y, cuando su aroma la envolvió, todos los pensamientos se le evaporaron. Sin importar lo que hiciera o dejara de hacer en el puerto, sin importar los secretos que ocultara, era el hombre más hermoso que había conocido y no le podía quitar los ojos de la boca.

—Dime que no soy el único que siente que la sangre se le ha convertido en fuego.

Las palabras le provocaron una imagen vívida que había tenido de él, recostado sobre su cama medieval, embistiéndola, apoderándose de ella como si acabara de regresar de una batalla sangrienta y ella fuera su premio en una conquista.

Una parte de ella sabía que eso no estaba bien. Una parte de ella, la parte racional y feminista que era una detective de la policía, le gritaba que recobrara los sentidos y pensara en las consecuencias. Que se hiciera la tonta y negara todo.

—No sé de qué estás hablando —repuso, pero la voz la traicionó. Le salió quebrada y seca, y mientras se oía, hasta ella misma se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—¿De verdad? —Estiró un brazo y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Cuando el dedo le rozó la piel, le produjo una descarga eléctrica por todo su ser. —Mentirosa.

Ella tragó con dificultad.

—Esto no tiene que significar nada —prosiguió—. No tiene que haber ninguna atadura.

—Soy una oficial, y tú eres un sospechoso.

—Nadie se enterará. —De repente sus ojos se convirtieron en oscuridad fundida—. Nunca deseé a una mujer como te deseo a ti. —Tragó, y la nuez de Adán se le movió visiblemente—. Jamás.

Y si tenía que ser honesta, ella tampoco podía recordar desear a un hombre como lo deseaba a él. Como si le estuviera leyendo la mente, Channing se inclinó y la besó.

Sus labios aterciopelados la sorprendieron con una presión liviana que le produjo un cosquilleo por todo el cuerpo. Con la mente en blanco, los labios se le entreabrieron para permitir que le deslizara la lengua en la boca, la acariciara, la saboreara y la relamiera. El beso se tornó demandante, cálido y todo lo que Ella había deseado. Suave, generoso y voraz.

Le estaba haciendo perder la razón. «¡No!». Se apartó. Los ojos de Channing destellaban confundidos en la penumbra, como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Pero Ella no tuvo la fuerza necesaria para marcharse y, cuando la volvió a besar y le redujo la sangre a lava, no pudo detenerse.

Solo una vez más… un beso más… Pero cada vez que la rozaba con la lengua, las rodillas se le estremecían y los muslos se le tensaban.

Channing no parecía tener las mismas reservas y le enterró los dedos en la nuca para guiarle la boca a donde la quería. Su roce estaba lleno de promesas sensuales y demandas eléctricas.

Fue como un golpe de dopamina. Ella sentía los senos apretados contra él, las manos cerradas alrededor de sus bíceps gruesos. Por todos los cielos, si hasta tenía el cuerpo de un dios nórdico que demandaba ser adorado.

Afuera la tormenta rugía y el viento soplaba. Los contenedores de basura vacíos repiqueteaban. Algo se golpeó contra el suelo, de

seguro una caja que la tormenta acarreó. En el fondo de la mente, la parte que necesitaba eso, que deseaba eso, le susurró que se dejara llevar y que viviera en el presente por una vez en la vida en lugar de cuestionarlo todo cuando un hombre adinerado y ridículamente atractivo le aceleraba el corazón por debajo de la piel.

Le separó los labios con la lengua hasta que se hundió en su interior. Sabía a cerveza y a algo más que no pudo nombrar ni quiso intentarlo. Era su sabor.

En esta ocasión, él fue quien interrumpió el beso. Sin embargo, no se detuvo. Le bajó los labios por el mentón y la larga columna del cuello. Con cada caricia en la piel, le susurraba algo en un idioma que ni siquiera reconocía.

Se dejó llevar por las sensaciones de los roces estimulantes de sus dedos recorriéndole la piel, al tiempo que sentía una mano apretada contra la nuca y la otra descendiendo mientras intentaba acercársela aún más. Recordó cómo se habían visto esos músculos sin el traje, al menos desde atrás. La imagen se le arraigó en la mente y la excitó aún más.

Channing se quitó la chaqueta y la miró a los ojos mientras se abría las mangas de la camisa, se aflojaba la corbata y se quitaba todo.

«Vaya…». Ella tomó una profunda bocanada de aire y le recorrió los tatuajes por el pecho y los brazos. Era una especie de patrón primitivo y hermoso. Recorrió el borde de uno espiral que le cubría el pectoral superior.

—Te toca a ti —le dijo. No era nada menos que una demanda.

Ella no se molestó en negarse. Primero se quitó el cinturón pesado, gracias a las esposas, la insignia y el arma, y lo colocó sobre la superficie agrietada de la mesa.

¿Confiaba en él? Diablos, con el tamaño de sus manos, podría romperla con facilidad. Pero ¿por qué eso la excitaba tanto?

Se quitó la camisa de manga larga por encima de la cabeza para dejar al descubierto un sostén deportivo negro. Por una décima de segundo, se sintió muy consciente de la prenda. Pero cuando lo miró a los ojos, solo vio un gran deseo ardiendo en ellos mientras le recorría la curva de los senos.

—Quítatelo —le ordenó con un gruñido—. Quiero verte.

Como sabía que no había una forma seductora de quitarse un sostén deportivo, se movió rápido y lo arrojó a la pila que aumentaba en el suelo. Channing redujo la distancia corta que los separaba y le devoró la boca con un beso salvaje. Como no se parecía en nada al control preciso que le había mostrado antes, le hizo dar cuenta lo mucho que se había estado conteniendo. Sin embargo, Ella no quería que se contuviera. Le demostró su propia urgencia y le pasó los dientes por encima de los labios al tiempo que le recorría la boca con la lengua como él intentaba con ella. No había finura alguna, solo deseo absoluto.

Apenas se percató de que la alzaba del suelo. No lo pensó demasiado cuando le envolvió las piernas por las caderas esbeltas. Algo afelpado le rozó la espalda al cabo de unos segundos, y se sorprendió tanto que se apartó de su boca tras un último mordiscón. La había llevado hasta el otro extremo del bar para recostarla por encima de la mesa de billar. Tenía que concederle que era un hombre ingenioso.

Tras depositarla sobre la mesa, se arrodilló entre sus muslos, le quitó el pantalón del traje por las piernas, seguido de la ropa interior. De repente, la situación se volvió mucho más real. Excepto que ya no era un sospechoso, sino un hombre hermoso determinado a satisfacerle todas las necesidades. Y Ella no era una detective que lo estaba investigando, sino una mujer que se sentía atractiva, poderosa y deseada como nunca antes. Y, por mucho que detestara admitirlo, lo deseaba mucho también.

Channing dejó de mirarle la piel desnuda y se quitó el resto de la ropa demasiado rápido para su gusto. El resultado final fue el mismo: todos esos hermosos músculos de otro mundo quedaron al descubierto. Y pensó que él era su vikingo personal, determinado a reclamar su premio.

Con un roce suave, comenzó a acariciarle el tobillo. Le subió los dedos ásperos por las pantorrillas hasta llegar al hueco sensible de la rodilla y luego siguió ascendiendo hasta que las manos se detuvieron contra la curva del trasero apoyado sobre la mesa.

—No hay ninguna mujer más hermosa que tú —le dijo. En su voz no había tretas, ni estratagemas, ni nada más que poderosa honestidad y, al parecer, los hombres celestiales que la tildaban de hermosa eran su nuevo fetiche. Diablos.

Estiró la mano y le enterró los dedos en el cabello para jalar de él hacia su boca. El peso sólido de su pecho se asentó sobre ella, y las manos le recorrieron las curvas. Una se detuvo en uno de los senos, mientras que con la otra contuvo parte de su peso. Con suavidad, le rozó un pezón entre los dedos, y Ella interrumpió el beso para echar la cabeza hacia atrás sobre la mesa.

—¿Te gusta eso? —le preguntó—. Responde.

Otra demanda que le producía una ola de fuego líquido en las venas. A cualquier otra persona le habría dicho que se fuera al diablo con tanta dominación, pero con él, se sentía bien.

—Más —logró decirle.

Los labios se le curvaron en una sonrisa, y los dedos le recorrieron el vientre hasta llegar el punto donde más lo necesitaba. Cuando le apoyó la mano en la piel, los dos inspiraron hondo. Ella tomó consciencia plena de la erección apretada contra la cadera.

Channing le dibujó unos círculos alrededor del clítoris, pero Ella no estaba del todo satisfecha. Luego le pasó dos dedos por la apertura y comenzó a acariciarle la entrada. Ella apretó los ojos y le enterró los dedos en el antebrazo.

—Dame más, por favor.

—¿Quieres más? —Channing tenía la voz ronca del deseo—. Te daré más.

Le introdujo los dedos en el cuerpo y lo sintió torcer la muñeca para poder rozarle el clítoris con el pulgar al mismo tiempo. Ella le enterró las uñas en la piel con tal de mantener su propia alma contenida en el cuerpo.

—Te quiero dentro de mí ya —masculló apretando los dientes—. Por favor. Ahora mismo.

Abrió los ojos y vio su mirada de fuego sobre la de ella. Luego dijo las palabras mágicas:

—¿Tienes un condón?

Ella señaló la mesa.

—Tengo uno en el bolsillo trasero del cinturón de mi uniforme.

Channing arqueó la ceja y fue a buscarlo. Cuando regresó, Ella negó con la cabeza y soltó una carcajada.

—Los llevo para dárselos a las chicas que trabajan la calle. Para ayudarlas a mantenerse a salvo.

Channing abrió el condón con los dientes, lo quitó del envoltorio de plástico y se lo colocó en el miembro erecto.

—Detective, qué buena ciudadana.

Ahora que lo tenía acomodado en la entrada, la única duda que tenía era en relación con su tamaño. Se mordió el labio mientras Channing se frotaba sobre ella y le recorría los pliegues con la cabeza del miembro antes de deslizárselo en el interior a un ritmo dolorosamente lento.

Con la paciencia de un santo, se introdujo en ella centímetro a centímetro. Mientras tanto, Ella se aferró a él, le envolvió las piernas en la cintura y le enterró las uñas en los hombros. A pesar de que la estaba estirando, quería más. Necesitaba más.

Luego, Channing soltó una maldición por lo bajo en otro idioma y comenzó a moverse. Al principio, se movió despacio, pero luego fue acelerando el ritmo hasta que cada vez que exhalaba, le soltaba el aire contra las mejillas. Ella mantuvo los ojos abiertos y lo observó mientras la embestía hasta que el placer la embargó como un maremoto amenazando con hundirla. Entonces, cerró los ojos y se rindió. Ese había sido el momento que Channing había esperado.

La embistió con el miembro más rápido y más duro y los muslos de él colisionaron contra los de ella. La mesa de billar gruñía bajo sus cuerpos. Ella se aferró a él y le permitió que la embistiera con más fuerza hasta que al final la fricción sobre el clítoris la encendió en llamas, y el orgasmo que se había estado formando en su interior rompió contra ella y le produjo una ola de dicha seguida de otra. Sentir la respiración agitada de Channing contra su cuello mientras alcanzaba su propio placer la hizo estremecer.

Los dedos se le hundían tanto en la carne que supo que le quedarían magullones, pero no le importó. No podía concentrarse en eso cuando tenía a un vikingo experimentando las últimas olas de un orgasmo en su interior. Cuando dejó de moverse, se volvió a un lado

para quitarle el peso de encima, y Ella lo observó buscando algún indicio de arrepentimiento.

Como respuesta, Channing le ofreció una sonrisa ancha que la desarmó.

—¿Has tenido suficiente, tesoro?

La tormenta seguía resonando en el exterior, como su corazón, que acababa de ceder a su deseo más oscuro. Al día siguiente, la realidad se arraigaría. Pero por ahora, quería más. Le pasó los brazos por el cuello y lo arrastró hasta sus labios.

—¿Y quién dijo que hemos terminado?



AFUERA, la tormenta ya había durado bastante tiempo. Con las calles de Boston vacías y quietas, parecía como si la nieve fuera la única criatura viva: atacaba, se entrometía y sofocaba. Cantaba canciones de hielo y soledad, de vida y muerte. Cubría a la ciudad, que había sido marrón, gris y transparente, con un manto de encaje blanco.

Cuando la tormenta pasó, y el viento comenzó a apagarse, tres figuras aparecieron afuera del bar Mo's, como llevadas por una ráfaga de nieve. Unos hombres altos y de hombros anchos se detuvieron en el medio del callejón, con unos abrigos largos de piel. Miraron alrededor, parpadearon para quitarse la nieve de los ojos. Llevaban unos escudos vikingos redondos en las espaldas.

—¿Qué son estas casas comunales? —preguntó uno mientras señalaba el edificio que flanqueaba el callejón—. Son más altas que las montañas.

Llevaba la barba larga y el cabello trenzado cubierto de nieve y miraba a los otros dos con el ceño fruncido. Luego señaló el bar.

—No nos distraigamos. La norna dijo que se oculta detrás de una puerta roja bajo un trébol de tres hojas. Tenemos que ir allí.

El viento se apagó, como si hubiera cumplido con su propósito al llevar a los tres guerreros vikingos allí. A pesar del frío, no tenían nada que les cubriera los brazos musculosos, que destellaron bajo los largos abrigos de piel mientras avanzaban hasta la puerta. Dos

hachas y una espada destellaron bajo la luz amarilla de una lámpara de la calle cuando los guerreros desenvainaron las armas.

CAPÍTULO

TRECE

Channing se acercó a Ella al cuerpo. Era muy tierna, sedosa y deliciosa ahora que todas las espinas y los bordes afilados se habían suavizado, luego de haberla hecho suya dos veces. Su aroma femenino, con sus particulares notas cítricas y dulces, se había mezclado con el de él, y al vikingo que llevaba dentro le encantaba.

Mientras yacía recostada encima de él, desnuda y cálida, los cubrió con el abrigo de Ella. Le había dicho que eso solo ocurriría una vez, pero el problema era que no quería que acabara. Ahora la había saboreado y sabía lo que era hundirse en su calidez estrecha, cómo sabía en su lengua, cómo lo hacía sentir, como si estuviera a punto de entrar en el Valhalla… y jamás quería renunciar a eso.

En casa, en el siglo IX, si hubiera conocido a una mujer así, no lo habría dudado. Se habría casado con ella, le habría ofrecido a su padre lo que hubiera deseado y hubiera puesto el mundo patas arriba por ella. Una mujer como ella era oro. Era una diosa. Un tesoro para un hombre. Pero en esa época, ella era lo opuesto. Lo estaba cazando, y jamás podría descubrir su secreto. Bajo ninguna circunstancia. Tendría que desaparecer de ese mundo mucho antes de que descubriera la verdad.

Channing se dio cuenta de que la música se había detenido hacía un tiempo. Del otro lado de la puerta se oyó algo parecido a un crujido, y alzó la cabeza para mirar en esa dirección.

—Ay, mierda —masculló Ella al tiempo que se incorporaba y lo dejaba sintiéndose frío. Channing tragó con dificultad mientras la

veía moverse delante de él, y al ver los hermosos senos y la cadera angosta se le volvió a estremecer el miembro—. ¿Qué fue eso?

Tomó el sostén y se lo colocó. A regañadientes, Channing se incorporó y buscó sus propias prendas.

—Esto no puede volver a ocurrir —le dijo Ella mientras se abotonaba la blusa.

Channing se puso el bóxer, seguido de los pantalones y el cinturón. No quería oír que eso no podía volver a pasar.

—Eso es lo que acordamos, ¿no?

Alguien llamó a la puerta.

—Mierda —soltó Ella mientras se subía los pantalones.

De repente, lo único que quería hacer era alzar los brazos y sacarla por la puerta trasera para llevarla por las calles nevadas hacia su apartamento. Luego podría encerrarse allí con ella por al menos una semana y tomarla hasta que los dos quedaran irritados y satisfechos, como gatos luego de beber tres cuencos de leche.

Sin quitarle los ojos de encima, se puso la camisa. El aspecto de alguien que acababa de tener un buen revolcón le quedaba bien. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios rojos algo hinchados y los ojos destellando y emanaba un aura de relajación total a pesar de que alguien estaba llamando a la puerta.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo? —le preguntó mientras se metía la camisa en los pantalones. Ella lo miró anonadada, y Channing se rio—. Antes de anoche.

—Eh… —El rostro se le sonrojó mientras se colocaba la chaqueta—. ¿Estuve mal?

Channing se quedó petrificado con un brazo inmóvil en la manga de la chaqueta.

—Estuviste fenomenal… absolutamente perfecta.

De hecho, lo había envuelto como un guante. Ninguna mujer lo había hecho sentir así jamás. Nadie le había hecho sentir ese placer, ese calor, ni esa increíble sensación de estar vivo. Ni en el siglo IX, ni en el siglo XXI.

Ella se quedó congelada con los dedos sobre los botones de la chaqueta y lo miró a los ojos. Una ola de calor los envolvió, y sus cuerpos se acercaron.

—Bueno… me gusta verte así de saciada. Así de satisfecha.

Ella se mordió el labio inferior y se inclinó para ponerse los zapatos.

—Supongo que tres años de sequía tienen ese efecto —masculló.

«Tres años…».

—Para mí han sido nueve —le confesó Channing.

Ella se enderezó tan rápido al oírlo que se le cayó el cabello en los ojos.

—¿«Nueve» años?

Channing se cerró los botones del traje.

—¿Hace falta que suenes tan sorprendida?

Ella abrió y cerró los ojos mirándolo de arriba abajo. Luego se encogió de hombros.

—Es que no pareces el tipo…

—¿Qué tipo?

—El tipo leal.

Alguien volvió a llamar a la puerta.

—¿El tipo leal? —Jadeó—. ¿Crees que soy infiel?

Oyó el dolor en su propia voz y dio un paso hacia atrás. No quería mostrarle lo mucho que lo había herido. ¿Acusarlo de deslealtad? Lo había criado su padre, el *jarl* Hakon, para que fuera un hombre de honor, y su madre, una sobreviviente de múltiples abusos, para respetar a las mujeres y su voluntad y para saber reconocer cuándo había conocido a una mujer a la que debía aferrarse.

Se sujetó el cabello en una cola de caballo.

—Bueno… no te ofendas, pero no pareces el tipo de persona interesado en una relación. ¿Me equivoco?

A Channing se le tensó tanto el mentón, que sintió que los dientes se le iban a quebrar. No se daba una idea de lo mucho que se equivocaba. Lo que Ella no sabía era que no había conocido a nadie en catorce años que lo hiciera sentir que pertenecía y que podía ser él mismo. Había sentido un destello de eso con ella.

Durante los primeros años que había pasado en ese siglo, había podido satisfacer su deseo sexual con aventuras de una noche, pero al cabo de un tiempo, no logró conformarse con sexo carente de

emociones por el simple hecho de estar excitado. Quería más. Sin embargo, no podía tener más en ese siglo porque tarde o temprano encontraría el modo de regresar a su época. Si se enamoraba o, peor aún, empezaba una familia, nunca podría dejar a la mujer que amaba y a sus hijos allí.

—Tienes razón —respondió—. Estoy mejor solo.

Ella le dirigió mirada que parecía cargada de dolor, pero se apresuró a ocultarla bien. Channing se preguntó por qué se sentiría herida si era ella la que insistía en que eso fuera algo de una sola vez.

Volvieron a oír que alguien llamaba a la puerta de entrada. Channing avanzó hacia allí con más ganas de terminar la conversación que de dejar entrar a alguien. Le quitó el pestillo a la puerta y la abrió. No obstante, no vio a nadie allí. Una ráfaga de viento gélido le azotó el rostro. El callejón estaba cubierto de nieve blanca. Habían caído diez centímetros de nieve en el suelo, en las escaleras de incendios de los edificios y en los alféizares. Había dejado de nevar, y reinaba el silencio y la paz.

Había tanto silencio, que no parecía Boston, sino otro mundo. Channing tuvo la sensación de encontrarse atrapado en algún punto entre dos realidades, entre el presente y el pasado, entre la realidad y un sueño.

Al siguiente instante, se puso alerta. Sintió el impulso de tomar su espada, que estaba en el maletero del coche. Alguien había llamado a la puerta antes, pero ahora solo veía unas huellas en la nieve. Había huellas de dos o tres individuos que avanzaban hacia la puerta del bar y luego se perdían en la oscuridad. Ladeó la cabeza a un lado y sin despegar los ojos de la calle, dijo:

—Quédate donde estás, Ella.

La nieve estaba iluminada por la luz cálida de la calle. Las ventanas de los edificios que flanqueaban ambos lados del callejón estaban oscuras, como si nadie viviera en los apartamentos. La nieve se reflejaba blanca contra los cristales de las ventanas. El aire olía fresco, como a un nuevo comienzo.

Channing salió con cautela, y la nieve crujió bajo sus pies al tiempo que el aire frío se le colaba por el traje y le calaba hasta los

huesos. Con pasos cautelosos, avanzó por la calle con los sentidos aguzados. Sin embargo, no oyó más que silencio. El tipo de silencio que reinaba luego de una tormenta de nieve, como si el mundo estuviera preguntando: «¿Y ahora qué?».

Había dado casi diez pasos cuando tres figuras emergieron de las sombras y se detuvieron en el medio de la calle. Sus armas destellaron bajo las luces de las lámparas: el hombre alto y rubio en el centro y el sujeto a su izquierda llevaban hachas, mientras que el tercero iba armado con una espada cuya hoja destellaba plateada contra la nieve blanca. Un nuevo crujido de la nieve le anunció que Ella debió haberlo seguido, y las tres figuras alzaron las armas y dieron un paso hacia adelante.

Cuando la luz les iluminó los rostros, la realidad nubló todo alrededor de Channing. Eran vikingos. Se lo decían las prendas, los rostros sombríos cubiertos de tatuajes y el inconfundible aroma a piel de animal, mar y sudor masculino. Pero no eran vikingos cualquieras. El rostro del hombre en el centro le resultaba familiar. «Eirik».

El ojo izquierdo de su viejo amigo se retorció mientras estudiaba el rostro de Channing. Eirik se veía casi tal cual como la última vez que lo había visto, solo uno o dos años mayor. Tenía algunas heridas nuevas en el rostro y más carne en los huesos.

Channing se estremeció al tiempo que la sangre se le congelaba. ¿Estaba alucinando? Sin volver la cabeza, les echó una mirada de reojo a las otras dos figuras gigantes, pero no las reconoció. Uno de los hombres tenía el cabello rubio oscuro que le caía hasta las orejas y era gigante, mucho más grande que Eirik. El otro tenía el cabello oscuro y los laterales de la cabeza rapados al estilo de un guerrero vikingo. Era un corte de pelo que se hacían para que los enemigos no pudieran sujetarlos del cabello y controlarlos en una batalla.

—Por Odín, ya no pareces más un vikingo —le dijo Eirik en la antigua lengua nórdica.

El sonido del idioma que había crecido hablando le perforó el pecho como una lanza. Se recordó que no era Channing en el nórdico antiguo, sino Ulf.

—Quédate quieto —repuso en el mismo idioma—. Tengo que asegurarme de que no es un sueño.

Eirik parpadeó.

—Hazlo.

Channing dio unos pasos hacia los vikingos y le tocó la mejilla a Eirik. La sintió cálida y sólida. Rozó unos vellos ásperos bajo los dedos. En efecto, esos tres vikingos de su época se encontraban allí.

Dio un paso hacia atrás y presintió el peligro. Se dio cuenta de que conocía a uno de los otros dos hombres, Ragnar, aunque jamás habían sido muy amigos. Al de cabello oscuro no lo conocía.

Channing sacudió la cabeza.

—¿Cómo diablos viajaron en el tiempo?

Eirik se encogió de hombros.

—Gracias a las nornas, los husos… Ya conoces a Ragnar, y él es Náli. —Hizo un gesto hacia el guerrero que tenía parte de la cabeza rasurada.

Channing parpadeó y los miró. Aunque se veían de lo más reales y Eirik se había sentido real también, sentía como si estuviera en un sueño.

—¿Qué sucede, Channing? —le preguntó Ella a sus espaldas.

«Mierda…».

Echó un vistazo por encima del hombro. La vio de pie en la puerta del bar con la mano apoyada sobre la pistolera y el rostro alerta con una expresión de alarma.

—Ella, regresa dentro.

—Ni en sueños. —Se acercó varios pasos más y recorrió a los vikingos con la mirada al tiempo que alzaba el arma para apuntársela—. Policía de Boston. Bajen las armas.

Eirik sonrió.

—Una guerrera. Qué feroz.

Siguiendo un impulso, Channing dio un paso al costado para escudar a Ella.

—Ella, no dispares.

—¿Quiénes son estos hombres? —le preguntó.

—Los conozco, Ella —le respondió y se volvió hacia Eirik—. ¿Qué hacen aquí?

Eirik lo recorrió de arriba abajo con una mirada entretenida y volvió a hablar, pero en esta oportunidad, lo hizo en inglés.

—Hemos venido para prevenir un gran peligro. Un peligro para los dioses. Un peligro para el mundo.

Channing frunció el ceño.

—¿Qué peligro?

—El peligro, viejo amigo, eres tú.

CAPÍTULO

CATORCE

Channing se retorció.

—¿Yo?

La nieve crujió a sus espaldas mientras Ella se acercaba para detenerse a su lado.

—¿De qué diablos habla? —le preguntó alarmada.

Con un movimiento hábil, Eirik arrojó el hacha en el aire y la atrapó para sujetarla mejor. Los otros dos hombres dieron un paso hacia adelante.

—Bueno, Ulf —comenzó Eirik—. Ya no le sirvo a tu padre. Ahora le sirvo al rey Harald, que venera a los dioses como todos los hombres deberían hacerlo. ¿Recuerdas el día en que la *völva* entró en el gran salón de tu padre?

Channing sentía el pulso latirle en la sien. Un cosquilleo le recorrió la piel al tiempo que se le congelaba la sangre. Tomó consciencia de que Ella estaba completamente tiesa y el ritmo al que el vapor se le escapaba de la boca.

—La vidente le habló del Ragnarök.

—Todos saben la historia de Ragnarök.

—¿Ragnarök? —preguntó Ella en un susurro.

Eirik se acercó despacio a Channing, que empezó a retroceder.

—La *völva* le dijo al rey Harald que las nornas le enviaron una profecía. Vio el fin del mundo. El fin de los dioses, tal y como se había predicho. Excepto que, hasta ese momento, las nornas no sabían quién o qué lo generaba. Y ahora lo saben.

Channing sintió adrenalina. El corazón le latía como un tambor. Ya no sentía los pies, porque el frío se los había entumecido.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Es un hombre que intenta tomar el destino en sus manos y cambiar el curso de la historia. Un hombre que quiere crear una máquina que le permita viajar en el tiempo a su antojo. El hombre que la *völva* cree provocará el Ragnarök. Y mientras viva, tanto el mundo como los dioses morirán.

Channing tenía los puños tan apretados que las uñas cortas se le clavaron en las palmas.

—Eres tú —prosiguió Eirik—. Mientras tú vivas, el mundo morirá.

La mente se le aceleró. Había oído a los gallos cantar y habían aparecido lobos en el medio de la ciudad. Octubre jamás había sido tan frío en Boston… y acababan de tener una tormenta de nieve. Todo el año anterior había sido más frío de lo normal, y no solo en esa ciudad. Las temperaturas estaban cayendo en todo el mundo, lo que constituía un giro inesperado. La inquietud entre los ciudadanos podría hacer referencia a la parte de la profecía en la que los hermanos se enfrentaban unos a otros… Pero todo eso también podría explicarse con el cambio climático y las consecuencias que tenía sobre los cultivos y otros recursos. Sí, estaba construyendo una máquina del tiempo, pero no tenía ninguna intención de cambiar el destino de nadie. Solo el suyo.

—Bueno, esa es una buena historia, pero necesito que bajen las armas —dijo Ella.

Los ojos de Eirik destellaron. Con la velocidad de un lobo al ataque, Eirik salió corriendo hacia ella y le quitó el arma de la mano con el mango del hacha. La pistola salió disparada hacia la derecha y cayó sobre un contenedor abierto.

Channing miró los ojos celestes que brillaban furiosos.

—¡Huye!

Sin más advertencia, los tres vikingos se lanzaron contra él. Channing corrió hacia la entrada del callejón. Gracias a Odín, Ella corría delante de él. Los oscuros edificios de ladrillo destellaban a ambos lados mientras se movían.

Sin embargo, Channing se movía con demasiada lentitud. Los condenados zapatos de vestir lo hacían resbalarse sobre la nieve, tambalearse y perder el equilibrio. Su coche, con la espada en el maletero, se encontraba a dos manzanas de distancia. No tenía tiempo de llegar hasta el vehículo. Con esa nieve, no llegaría demasiado lejos. Tenía que proteger a Ella. La única oportunidad que tenía era luchar.

Giró abruptamente a la izquierda para interponerse en el camino de los tres vikingos, que se detuvieron desorientados. Se acercó a Náli de un lateral y le asestó un puñetazo en el rostro. Fue un golpe bueno, pero a Channing le dolió la mano. Logró asestarle otro gancho que hizo que la cabeza de Náli girara como un trompo.

Cuando Náli perdió el control de la espada, Channing se la arrebató de la mano. Ahora que iba armado, se sentía diferente. Volvió a experimentar la fuerza familiar y casi olvidada de un hombre que sostiene un arma. Era algo que había sentido en incontables ocasiones en el campo de batalla, listo para proteger a sus hermanos de espadas del enemigo.

En esa época, Eirik había estado de su lado. Como si hubiera tenido el mismo pensamiento, los ojos celestes del vikingo destellaron antes de oscurecerse. Channing recordó haberle visto esa mirada en el rostro antes. Cuando la furia de la batalla se apoderaba de él, rugía como si estuviera listo para beber hidromiel con Odín en el Valhalla. Para morir la muerte del héroe, la muerte que se recordaría en las leyendas.

En ese momento, Eirik estaba luchando por el mundo. Luchaba por el mismo Ragnarök. A lo mejor, en su mente se veía luchando al lado de los dioses, enfrentándose a Fenrir, el lobo que se tragaría el sol, o a la serpiente Jörmungandr, que mataría a Thor, o a Surtr, el gigante que dejaría arder el mundo entero.

Si debía enfrentarse a los tres, Channing no tendría posibilidad alguna de vencerlos. No había luchado en una verdadera batalla en catorce años.

Eirik lo atacó, y la nieve crujió bajo sus pies. Blandió el hacha para trazar un gran arco horizontal. Channing alzó la espada, y el impacto le resonó en la médula ósea. Ragnar, que se encontraba

delante de él, alzó el hacha para asestarle un golpe, la hoja destelló bajo la luz anaranjada de la calle. Náli tomó dos puñados de nieve fresca y se la frotó en el rostro antes de desenvainar el hacha que llevaba en la espalda.

—¡Déjenlo en paz! —gritó Ella. Por el rabillo del ojo, Channing la vio meterse en el basurero—. ¿Dónde diablos está mi arma?

Channing esquivó el ataque del hacha de Ragnar y se agachó para evadir el de Náli. Sin embargo, Eirik tomó una bolsa de residuos negra que sobresalía en la nieve y se la arrojó a Channing, que la golpeó en el aire con el codo. Ragnar tomó ventaja de la distracción y lo atacó. Con la hoja, le produjo un corte en el hombro. La espada se le cayó en la nieve, y se apresuró a recogerla, pero antes de que pudiera hacerlo, Ragnar la pateó a un lado.

El dolor de la batalla le ardía. Era un dolor que había olvidado. Un dolor que solía ser parte de su vida. Una ola de alegría lo embargó. Qué enfermizo que a pesar de estar experimentando dolor y de encontrarse en peligro de muerte se sintiera más feliz que nunca en el siglo XXI. Se rio, y los tres hombres se detuvieron para intercambiar miradas anonadas. La risa recorrió la ciudad silenciosa de ese mundo de ladrillo y hormigón. Entre las paredes altas como las montañas que lo sofocaban con la blancura hibernal, se sintió más vivo que en los últimos catorce años ahora que sostenía una espada.

—Bastardos —dijo con una sonrisa radiante—. ¿Creen que han venido a matarme? Me han recordado lo que he perdido.

Entonces miró a Eirik.

—Y tú, hermano de armas, que le juraste lealtad a mi padre… Mírate, traidor.

—Prefiero traicionar a tu padre que traicionar a los dioses, y el rey Harald también.

A Channing no le importaba el rey Harald. Iba a regresar al siglo IX. Iba a conseguir el maldito reactor nuclear, distraer a la policía y hacer lo que fuera necesario. Lo que tenía allí no era una vida. Su vida yacía en la época vikinga, sin importar las adversidades que tuviera que enfrentar, porque solo hacían que la vida cotidiana fuera más interesante que esa vida segura y frágil.

Eirik alzó el hacha por encima de la cabeza. Mientras la hoja caía hacia él, Channing se apartó para esquivarla y se las ingenió para atacarlo de un costado, sujetar el abrigo de Eirik y arrojarlo contra la pared de ladrillo.

Náli se volvió a lanzar al ataque, cortando el aire delante de Channing con el hacha. Channing dio un salto hacia atrás y se agachó cada vez que tenía la hoja cerca del rostro. Esperó el momento indicado para asestarle una patada en la ingle y salir corriendo, pero Ragnar lo estaba esperando con el hacha en alto. Y, en esta oportunidad, no tuvo suerte. El hacha le cayó sobre el hombro y le provocó un dolor cegador al cortarle el músculo. Soltó un gruñido confundido por un momento. Ragnar volvió a atacarlo, y la hoja del hacha destelló bajo la luz eléctrica. Channing dio un paso hacia atrás, pero los zapatos traidores lo hicieron patinar… y caerse.

—¡Channing! —oyó la voz de Ella.

Sus pisadas rápidas resonaron en la nieve cerca y, antes de que pudiera incorporarse, alguien lo hizo darse vuelta sobre la nieve. El rostro de Eirik se ceñía sobre él, con una mirada salvaje, el ceño fruncido y la boca torcida en una mueca de furia. Era la imagen perfecta de la furia de batalla de un verdadero vikingo contra el cielo negro. Tenía los brazos en alto y sostenía el hacha por encima de su cabeza. Estaba a punto de darle el golpe final para acabar con su vida.

El tiempo pareció estirarse. El dolor cedió. Aún en el siglo XXI, Channing se preguntó si Odín lo estaría observando y si esa contaría como una muerte en el campo de batalla, una muerte noble a manos de una hoja. No en una cama. Se preguntó si Odín permitiría que las valquirias tomaran su espíritu para llevarlo al Valhalla, para poder luchar al lado del gran dios por el destino del mundo cuando llegara el Ragnarök.

La hoja destelló al comenzar a descender, pero jamás lo alcanzó. Eirik se quedó congelado y miró algo en la distancia. Channing echó un vistazo en la oscuridad, entrecerrando los ojos como si no pudiera dar crédito a lo que veía. Los otros dos vikingos estaban de pie con las bocas abiertas. Ragnar dio un paso hacia atrás. Eirik y Náli lo siguieron.

En un punto cercano, se oyó un aullido seguido del susurro de la nieve bajo varias piernas… o garras. ¿Eran lobos?

Channing se sentó erguido y se sostuvo el hombro dolorido. La sangre cálida le fluía por el brazo. Los tres hombres pasaron corriendo por delante de una Ella completamente perpleja, dieron vuelta en la esquina y desaparecieron.

Cuando Channing miró hacia la entrada del callejón, sintió el impulso de incorporarse y también huir lo más lejos posible. La visión era tan extraña que le resultaba insólita. Bajo el brillo de las lámparas de la calle, unos lobos con el pelaje plateado, gris y marrón corrían hacia él. Tenían la cabeza gacha, los dientes al descubierto, las narices arrugadas y los hombros hundidos como si estuvieran en plena caza. Channing se removió en la nieve para incorporarse, pero sentía frío y estaba mareado y se resbaló sobre el hielo.

Pero ¿qué diantres era eso? Alzó el brazo listo para sentir las mandíbulas clavándose en sus músculos y arrancándole la garganta. Pero no sintió nada de eso. El pelaje de los animales le rozó la piel y las colas lo golpearon. Seis lobos lo rodeaban. Uno de ellos comenzó a lamerle la herida del hombro al tiempo que los otros se sentaban en la nieve y miraban algo detrás de él. Channing parpadeó preguntándose si estaría soñando.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —preguntó Ella.

Se volvió en la dirección que miraban los lobos. Ella se acercaba con el arma apuntándole a él o a los lobos. O quizás a todos.

CAPÍTULO

QUINCE

Ella sentía el hedor de la comida podrida en su cuerpo tras haberse metido en el contenedor de residuos. Además, tenía que desinfectarse el corte que tenía en la mano.

Eran cosas extrañas que considerar al momento de estar apuntándole un arma a una manada de lobos que rodeaban a un hombre que, al parecer, era el motivo de un apocalipsis que se avecinaba o que al menos estaba asociado con unos dementes. Unos dementes que hablaban la antigua lengua nórdica, un idioma que ella misma nunca había aprendido y que, sin embargo, entendía a la perfección.

Ese hombre le había hecho sentir tres orgasmos esa noche. Ese hombre era un sospechoso en su investigación y, muy probablemente, un gran traficante de drogas, aunque en el fondo le costaba mucho creerlo. Pero ¿eso lograba resumir la situación? En realidad, no.

Los lobos estaban sentados alrededor de él y jadeaban como perros al tiempo que les salían nubes de condensación de las bocas. Channing pasó la mirada por los lobos.

—Baja el arma.

Ella alzó el arma aún más alerta.

—Estás rodeado de animales salvajes.

—Y tú eres la única a la que parece molestarle.

¿Sería cierto? A decir verdad, se veían muy cómodos frente a él. Con las manos temblorosas, bajó el arma despacio. Un lobo lloriqueó

como en señal de aprobación. Con cautela, Channing se puso de pie. Los lobos lo imitaron. Tras arrojarle una última mirada a Ella, echaron a correr en un destello de pelaje gris y marrón y se disolvieron en la neblina blanca de la ciudad que parecía nieve derretida.

Ella se guardó el arma en la pistolera y recorrió a Channing con la mirada.

—¿Acaso esa era tu manada de lobos domesticados para emergencias? ¿Los has entrenado?

Esa podría ser una explicación razonable, se dijo, aunque la imagen del bordado de su madre con los lobos que se alimentaban de la carne humana le invadió la mente. Era imposible que el mito de Ragnarök se volviera realidad, ¿no? Era tan imposible como cambiar la realidad en sueños…

Le colocó una mano en el hombro y lo hizo darse vuelta para mirarle mejor la herida.

—Parece un corte profundo. Necesita puntos. Iremos a la sala de urgencias.

Channing soltó el aliento en nubes que le acariciaron el rostro.

—Estoy bien. Ahora que la tormenta ha pasado, puedo ir a casa. Solo son quince minutos andando.

—¿Estás bromeando? ¡No puedes caminar a ningún sitio con ese traje en este clima!

El ruido de un motor que aceleraba los hizo alzar la mirada. Una quitanieves amarilla pasó por la entrada del callejón, y las luces titilantes le produjeron tanta alegría como los fuegos artificiales en la celebración del día de la Independencia.

Los sonidos de la Boston civilizada a la que estaba acostumbrada parecían de otro mundo tras el ataque con hachas y espadas de los tres vikingos y la manada de lobos. La temática de los animales salvajes sueltos en Boston que protegían a la gente parecía digna de una novela sobrenatural. Sumado a eso, los cantos de los gallos, el invierno que azotaba más fuerte que nunca en todo el mundo, las personas que se manifestaban y peleaban o se enfrentaban a las autoridades… Y ella que se había acostado con un sospechoso… dos veces… Pero ¿qué diablos le pasaba? ¿Cómo podría haber cedido

ante la lujuria? ¿Y cómo podía comprender el nórdico antiguo? ¿Acaso se lo habría enseñado su madre cuando era demasiado joven para recordarlo?

Channing negó con la cabeza.

—Ahora que están despejando las calles, puedo conducir.

—Yo te llevo —le dijo Ella—. Solo tengo que cerrar…

—De acuerdo —accedió.

Ella regresó al bar, apagó la electricidad y la calefacción y cerró la puerta antes de volver a guardar la llave detrás del ladrillo suelto. Channing ya se dirigía a la entrada del callejón, y Ella se apresuró a seguirlo.

—Irás a la sala de urgencias, ¿no?

Cuando lo alcanzó, Channing le respondió:

—No.

—¡Estás sangrando!

—Entonces quizás tú me puedes suturar. —Arqueó las cejas—. ¿O no?

Ella parpadeó. ¿De verdad le estaba pidiendo que le diera unas puntadas? Los médicos eran quienes trataban las heridas.

—No.

—En ese caso, lo haré solo.

Ella masculló.

—¿Por qué no quieres ir al hospital?

—Porque mira las calles. Con esta tormenta, van a tener las manos llenas con toda la gente que está sufriendo de hipotermia o congelación… Además, las protestas suelen causar algunos heridos en estos tiempos. No quiero tomar el lugar de alguien que lo necesita más que yo.

Ella detestaba admitirlo, pero por descabellado que sonara, tenía razón. Era un hombre amable y razonable. ¿Podría ser también un traficante de drogas?

Salieron del callejón y vieron que la calle Washington se encontraba vacía, a excepción de los coches abandonados que se encontraban cubiertos de nieve, incluido el de ella. La quitanieves había despejado el carril izquierdo, y Ella se preguntó si lograría sacar al Taurus del surco en el que se encontraba. Como el

todoterreno de Channing de seguro tenía más posibilidades de salir de la nieve, decidieron que él conduciría a pesar de la herida.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le preguntó mientras caminaban por la calle.

Channing la miró con el rostro tenso.

—¿Quiénes crees que eran?

Ella se encogió de hombros.

—Según ellos, vinieron a matarte porque una especie de profecía dice que eres el motivo del Ragnarök.

Channing inhaló profundo y, cuando exhaló, soltó una considerable nube de vapor.

—Sí.

—¿Cómo que «sí»? No estarás intentando decir que todo esto es cierto.

Cruzaron la calle y el motor de la quitanieves se oyó en un punto más adelante. La ciudad, que solía ser ruidosa y vibrante, estaba tranquila y quieta. A su derecha, las ventanas quebradas de un Starbucks cerrado se oscurecieron al reflejar la titilante luz de la calle. Pasaron por delante de un banco y varias tiendas que tenían las puertas y ventanas cubiertas con tablones de madera. De algún punto más arriba, se oían risas desenfrenadas que de seguro se colaban de una ventana abierta, y Ella inhaló el olor a marihuana. Era un momento excelente para fumar.

Channing no se volvió a mirarla.

—¿Y si fuera cierto?

Ella lo sujetó de la manga y lo hizo volverse a mirarla. Tenía los ojos oscuros y salvajes y era probable que siguiera conmocionado… mucho peor de lo que había pensado.

—No puedes hablar en serio —le dijo—. ¿Estás diciendo que eres uno de ellos, un vikingo que ha viajado en el tiempo o algo así?

Channing se quedó completamente petrificado. Estaba tan quieto, que Ella se preguntó si alguien había detenido el tiempo. Pero luego él giró y siguió andando.

—Vamos. Te lo contaré todo cuando estemos en casa.

«Cuando estemos en casa…». Mientras lo seguía, Ella supo que no lo había dicho con ese sentido, pero a una pequeña parte de ella

le agradaba la idea de tener un hogar con un hombre… con él.

Cuando se subieron al coche, Channing maniobró para conducirlo al carril despejado. Mientras avanzaban por la ciudad cubierta de nieve, Ella vio que de a poco, había comenzado a recuperar la vida. Vio a un hombre que salía de un edificio y se subía a un coche para conducir por el carril despejado y a una pareja que aparecía en la calle como si estuvieran decidiendo a dónde ir.

Alrededor de una fogata en un gran basurero de estaño, un grupo de personas se frotaban las manos y saltaban de un pie al otro. Otros se veían ocultándose en refugios de madera contrachapada y trozos de metal. Con sombría tristeza, Ella se preguntó cuántos seguirían vivos luego de esa noche congelante.

Channing conducía con clara eficacia, sin despegar los ojos de la calle que se extendía ante él. Desde algún punto, se oían las sirenas de la policía y las ambulancias, y Ella supo que Channing tenía razón: los servicios de urgencias estarían más colapsados que nunca.

Llegaron a los cinco minutos y aparcaron en la cochera que ya le resultaba familiar. Cuando entraron en el *penthouse*, el aire cálido hizo que le doliera la piel. No se había dado cuenta del frío que tenía. ¿Cómo era posible que Channing no tuviera hipotermia?

Channing se dirigió a la cocina y encendió el hervidor, que comenzó a hacer ruido de inmediato.

—Te ofrecería algo de beber, pero el alcohol no es una buena idea cuando hay riesgo de hipotermia.

Cuando colocó el botiquín de primeros auxilios delante de ella en el sofá, Ella tragó con dificultad. Acto seguido, se quitó la chaqueta y comenzó a desabotonarse la camisa.

—Probablemente la pueda suturar yo si tú no puedes. Pero si quieres ayudar, me puedes limpiar el corte primero.

Ella se obligó a apartar la mirada de sus pectorales gigantescos y caminó hasta el fregadero de la cocina.

—Déjame lavarme las manos.

Cuando tuvo las manos limpias, regresó al sofá y tomó el botiquín de primeros auxilios. Tras abrir un paquete de toallitas antisépticas, lo miró a los ojos verdes.

—Podrías ser un vikingo de verdad.

Channing soltó una carcajada, y Ella lo apretó con suavidad para hacerle girar el hombro. Mientras le limpiaba la sangre de la herida, ni siquiera se estremeció. Al terminar, extrajo los elementos quirúrgicos, desenvolvió una aguja redonda y la enhebró.

—¿Estás listo? —le preguntó. Ella de seguro no lo estaba. Las manos le temblaban y deseaba beber algo que la estabilizara. Jamás había tenido que hacer nada semejante. Estaba entrenada para brindar primeros auxilios, pero suturar una herida no era algo que jamás se imaginó que tendría que hacer. Channing la miró a los ojos.

—No tengas miedo de lastimarme, Ella. —Le ofreció una sonrisa dulce que la tranquilizó—. Esto no es nada. He pasado cosas peores.

Ella parpadeó.

—¿Qué tipo de cosas?

Channing tomó una profunda bocanada de aire.

—Comienza. Ya te lo contaré.

Ella se aclaró la garganta, juntó los bordes de la herida al rojo vivo y los perforó con la aguja. Le requirió mucho esfuerzo perforar la piel. Sintió cómo Channing se quedaba rígido y se preguntó cuán doloroso era eso.

—En la mitología nórdica —comenzó con la voz tensa—, hay tres nornas que son los seres que definen el destino de las personas y los dioses. Una de esas nornas envió a mi madre embarazada de mí del siglo XXI al siglo IX, a Noruega. A la época vikinga.

Ella se detuvo para mirarlo y asegurarse de que estuviera hablando en serio. Sin embargo, no le vio ningún indicio de humor en los ojos. A lo mejor era una metáfora o algo antes de ir al grano. Sacudiendo la cabeza, Ella decidió esperar a ver a dónde iba con eso y siguió suturándolo.

—Mi madre se enamoró de un vikingo. Hakon Ulfson. Y decidió quedarse con él, de modo que nací allí. Hakon es mi padre. Puede que no sea mi padre biológico, pero es mi padre en todos los aspectos importantes.

«Oh, claro. Qué buen cuento…». A pesar de su escepticismo, ante la mera mención de Noruega, un temblor le recorrió las manos al recordar a su madre. Ella jaló de la aguja por la segunda sutura.

—Sin ánimos de ofender, esto suena a material de ficción o de serie televisiva.

Channing la ignoró.

—A mi madre no le parecía justo haberme llevado con ella cuando me había concebido en el siglo XXI e hizo un pacto con una de las nornas. Se llama Skuld, que significa «lo que debería ser», pero también se puede interpretar como «cosechamos lo que sembramos».

Ella había leído algo sobre las nornas mientras investigaba acerca de Ragnarök, en el intento de comprender por qué su madre había estado tan interesada en ese mito. El pulso le latía en las palmas de las manos. Channing debía de estar en estado de conmoción…

Ella sacudió la cabeza y lo volvió a perforar. En esta ocasión, Channing se estremeció un poco. Mientras observaba cómo el hilo negro le pasaba por el agujero, pensó que debía de ser cada vez más doloroso para él.

—¿No tienes analgésicos?

—El dolor no importa, Ella. El dolor significa que estoy vivo.

Ella se rio.

—Claro que sí. Eres un hombre grande y fuerte.

Mientras seguía suturándolo, Channing continuó su historia.

—Mi madre negoció con la norna que me permitiría elegir si quería quedarme para siempre en el siglo IX o si quería regresar al siglo XXI al cumplir los dieciocho años.

Ella le volvió a perforar la piel.

—Entonces ¿estás diciendo que estabas viviendo en el siglo IX, entre vikingos, hasta que cumpliste los dieciocho años?

—Sí. —La voz le sonaba como si se hubiera tragado un sapo—. Pero no fue mi elección viajar en el tiempo. Ya había decidido quedarme en el pasado. Mi vida estaba allí.

Ella decidió seguirle la corriente.

—Y entonces… ¿cómo acabaste aquí?

—Como ya escuchaste, el rey Harald se enteró de que sería el motivo del Ragnarök. Les ordenó a sus guerreros que me mataran, y mi familia se enfrentó a ellos para protegerme. La norna apareció y

me dijo que era mi última oportunidad y que debería tomarla. Y lo hice, para salvar a mi familia.

Eso parecía un acto digno de él. O, a lo mejor, al igual que ella creía que estaba cambiando la realidad en sus sueños, quizás una parte de él creía haber nacido en el siglo IX. Pero quizás lo había soñado.

Lo miró a los ojos y conectaron. No había ninguna pared. Sus ojos estaban abiertos, y Channing no se contuvo. Tenían más en común de lo que Ella había notado.

Una parte de ella creía que sus sueños eran reales. Y si lo eran, ¿podrían serlo también los viajes en el tiempo? ¿De verdad habría viajado en el tiempo? ¿De verdad se avecinaba el Ragnarök? ¿El bordado de su madre habría sido una advertencia? No. La mujer racional, la policía que llevaba dentro, sabía que la noción de los viajes en el tiempo era una tontería. Mientras lo volvía a suturar, dijo:

—Claro.

El silencio pendió pesado entre los dos.

—No me crees —le dijo. No era una pregunta, sino un hecho.

—No. Bueno, es una historia muy creativa, pero no. No explica los lobos, ni cómo esos sujetos llegaron aquí si es que vienen del siglo IX.

—Dijeron que las nornas los enviaron aquí. Y los lobos… son parte de la historia del Ragnarök. Cómo llegaron a la ciudad y por qué me estaban defendiendo… ve tú a saber.

Ella hizo un nudo y cortó el hilo.

—Listo. —Su trabajo se veía básico y desprolijo. Los puntos parecían salidos de una película de terror.

—Gracias. —Se volvió hacia ella cálido, enorme y atractivo. Podría ser un guerrero vikingo, pensó. Podría serlo…, pero no lo era.

Channing le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos.

—Sé que no me crees. Pero ahora eres la única persona en el siglo XXI que sabe la verdad. —Tenía una mirada muy dulce y… vulnerable—. Sé que me estás investigando para intentar descifrar si soy un criminal. Pero debes saber que ahora eres clave en todo lo

que soy. Y, con esa información, tienes el poder de destruirme como nadie más lo tuvo.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Habían pasado tres días desde la noche de la tormenta, y Ella intentó no pensar en el hecho de que se había acostado con un sospechoso. Y que lo único que quería era volver a hacerlo.

Mientras trabajaba arduamente para revisar todas las pruebas con Ricardo, no vio a Channing. Pero cada noche, en sus sueños, él la visitaba con sus músculos grandes y fuertes y sus tatuajes vikingos y, a falta de mejor descripción, la tomaba hasta nublarle todos los sentidos.

En cuanto a lo de haber viajado en el tiempo… Había vuelto a buscar sobre las nornas en Google y había leído acerca de las tres hermanas que controlaban el destino, pero no había nada en la mitología nórdica acerca de los viajes en el tiempo. Aunque sí había encontrado información acerca de un *jarl* Hakon, que había tenido una esposa cuyo nombre no se conocía. También había tenido un hijo que había desaparecido. Sin embargo, eso no demostraba nada. Channing podría estar engañándola o distrayéndola de la investigación, o podría tener una imaginación colorida… como ella. Todas esas cosas nórdicas y noruegas no dejaban de recordarle a su propia madre, y no dejaba de preguntarse qué le habría pasado. Ella no necesitaba eso. Debería olvidarse de las tonterías de los viajes en el tiempo y concentrarse en hacer su trabajo.

En el intento de deshacerse de unos pensamientos inoportunos, abrió la puerta y entró en la casa pisando fuerte para quitarse la

nieve de los zapatos.

—… pero eso costaría mucho dinero. —La voz de su padre resonó en el apartamento desde la cocina cuando Ella abrió la puerta. En el aire cálido pendía el aroma a patatas hervidas.

—No me importa —repuso Gloria con la voz temblorosa—. No me importa si tengo que vender un riñón. No vas a…

Un temblor de preocupación la embargó. Soltó la puerta, que se cerró con un fuerte golpe y la hizo sobresaltar.

—Calla —le dijo su padre interrumpiéndola.

¿Y ahora qué había pasado? Se quitó los zapatos y la embarrada nieve medio derretida que aún les quedaban cayó sobre el parqué. Sin quitarse el abrigo, se apresuró a la cocina.

Sobre todas las superficies de las mesadas abarrotadas, había bolsas marrones con comida. La bombilla de bajo consumo colgaba baja encima de la mesa en el centro de la habitación y no brindaba demasiada luz.

Gloria se encontraba de pie dándole la espalda y pisaba las patatas hervidas en una gran olla. Con la otra mano, se secaba los ojos. En las ventanas oscurecidas, Ella pudo ver el reflejo de Gloria mordiéndose el labio inferior y las cejas fruncidas en una expresión triste. Al ver que tenía los hombros hundidos y no llevaba puesto el delantal, una prenda que jamás olvidaba, se le formó un nudo de preocupación en el vientre.

Con el ceño fruncido, su padre cortaba cebollas sobre una tabla de picar apoyada en la mesa de azulejos blancos. Las líneas alrededor de la boca le formaban unas arrugas profundas en la piel afeitada. De hecho, eran más profundas de lo que jamás le había visto.

Su padre alzó la mirada hacia Ella y forzó una sonrisa alegre.

—Hola, Ella. ¿Quieres pastel de carne?

—Sí, claro, ¿qué sucede? —preguntó al tiempo que sentía que los pies se le llenaban de plomo.

—Nada. —La voz se le sobresaltó.

—¿Gloria?

Gloria no se volvió a mirarla, sino que se limitó a continuar pisando las patatas con las dos manos.

—Está todo bien, cariño —le dijo con un tono de voz nasal.

Ella se abrió el cierre para quitarse el abrigo.

—¿Se trata de Ted?

Su padre golpeó el cuchillo contra la tabla mientras cortaba la cebolla.

—Ted está bien.

«Oh, cielos».

—¿Se trata de ti? —le preguntó—. ¿Algo relacionado con las piernas o la columna vertebral?

Colgó el abrigo en el respaldo de la silla.

—No. —Su padre siguió picando la cebolla en anillos desparejos e irregulares, y Ella se quitó la bufanda del cuello.

—Gloria, estás llorando, ¿no?

—No seas tonta. —Gloria se obligó a reír—. Son esas malditas cebollas.

Ella se apoyó las manos en las caderas. No la engañaban. Tomó un pelador, una tabla de picar y las zanahorias que ya estaban lavadas. Sostuvo una zanahoria en un ángulo inclinado contra la tabla y comenzó a pelarla.

—Están ocultando algo. —Las manos le temblaron, y, como el pelador se le deslizó en el centro de la zanahoria, la cáscara salió delgada y despareja—. Me gano la vida interrogando sospechosos, ¿recuerdan? Hasta un niño puede ver que mienten. Suéltenlo.

Gloria arrojó el pisapuré dentro de la olla y se cubrió el rostro con las manos antes de romper a llorar. Ella dejó el pelador y la zanahoria sobre la tabla de picar y se acercó para abrazarla.

—¡Gloria! —tronó su padre.

Gloria se volvió hacia Ella.

—Tiene cáncer —le dijo y le apoyó la frente sobre el hombro.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Ella con los ojos llenos de lágrimas.

Su padre bajó el cuchillo que quedó perfectamente alineado con el lateral de la tabla, como siempre.

—Gloria, teníamos un acuerdo.

Se volvió en la silla de ruedas para mirarlas. Gloria temblaba en los brazos de Ella.

—¿Cáncer, papá? —le preguntó Ella. El pecho le dolía como si le hubiera explotado una bomba por dentro.

Su padre cerró los ojos.

—Sí.

—¿Qué tan malo es?

—Muy malo. —Gloria sollozó—. Muy, muy malo.

Ella se secó los ojos y luchó por contener las lágrimas. Una persona llorando era más que suficiente. Tenía que controlarse y pensar en positivo. Soltó el aliento y preguntó con la mayor calma posible:

—¿Qué cáncer?

Su padre se aclaró la garganta.

—De colon.

—¿En qué etapa?

Con una expresión de piedra, su padre regresó hacia la mesa y reanudó la tarea de picar cebollas.

—Cuatro.

A pesar de haber intentado contenerse, Ella jadeó.

—¿Cuatro? Es… ¿No es terminal?

Gloria sollozó y se estremeció, y Ella la abrazó con más fuerza mientras luchaba por contener las convulsiones dolorosas que experimentaba en el estómago; se negaba a romper en llanto. Su padre no dijo nada, y se rehusaba a mover la mirada de las cebollas. Gloria se apartó, se secó las lágrimas con un paño de cocina y soltó un bufido. Tenía los ojos rojos.

—No tiene sentido llorar, ¿no? Tengo que preparar la cena.

Sin dejar de sollozar, con las manos temblorosas, encendió el hervidor, colocó una sartén y vertió aceite.

Ella tragó la dolorosa piedra que llevaba en la garganta.

—¿Cuál es el plan? ¿Quimioterapia? ¿Radiación? ¿Qué ha dicho el médico?

Gloria abrió el paquete de carne picada con un cuchillo y se deshizo del envoltorio de plástico.

—No creo que tenga sentido, cariño —le respondió su padre.

Ella sintió como si el suelo cediera bajo sus pies.

—¿Cómo dices?

Su padre tomó la otra mitad de la cebolla.

—¿Le puedes pasar la cebolla a Gloria, por favor?

La miró a los ojos. Su mirada de acero gris le dijo todo. Había tomado su decisión y no iba a luchar. No iba a ser una carga mayor para la familia de lo que ya lo había sido desde que había perdido la capacidad de trabajar.

Con los brazos fríos y pesados, Ella tomó la tabla y se la pasó a Gloria. Mientras arrojaba la cebolla en la sartén, en la habitación reinaron los sonidos del sofrito. En el aire pendió un olor a cebolla tan intenso, que Ella sintió náuseas.

—Cariño, ¿puedes picar las zanahorias, por favor? —le preguntó Gloria, con la voz ronca por las lágrimas.

¿Las zanahorias? ¿Estaban hablando de zanahorias cuando su mundo entero estaba colapsando? ¿Cuando le acababan de comunicar que su padre estaba muriendo?

Sin embargo, Gloria tenía razón; a su manera amable y práctica, se concentró en el lado positivo de todo. Incluso diez años atrás, cuando recibieron la llamada informándoles que su padre se encontraba en el hospital, Gloria había llorado un poco en el coche de camino allí, pero al llegar no derramó ni una sola lágrima más. Con Ted, que entonces era un bebé, y Ella, que acababa de entrar en la academia de policía, en el asiento trasero, Gloria se había convertido en la fortaleza de la familia; la piedra que le aseguraba a todos que sobrevivirían a eso a pesar de todo y que su padre se pondría bien… por más que no supiera lo que significaba eso. Que lo más importante era que su padre sobreviviera a la cirugía y que viviera.

Ella debería hacer lo mismo. Mientras el mundo entero volvía a colapsar, aún tenían que comer, de modo que había que preparar la cena. Se sentó en una de las sillas de la cocina y volvió a tomar el pelador.

—Claro. —Deslizó la hoja por la zanahoria. Hacer algo útil la ayudaba. Al menos no estaba a punto de perder la razón—. Te vas a hacer el tratamiento, papá.

—No nos lo podemos costear.

Su padre tenía razón, y ni siquiera sabía lo cerca que estaba de perder el empleo. Ella peló otra línea anaranjada de la zanahoria.

—No me importa.

Gloria revolvió las zanahorias con la espátula.

—Estoy de acuerdo con Ella en esto. El dinero no importa. Estamos hablando de tu vida, Bryan.

Su padre aceleró la velocidad a la que picaba las cebollas, y los golpes del cuchillo contra la tabla de picar resonaron.

—Es demasiado tarde para recibir un tratamiento, y no los dejaré más endeudados. Ya es bastante malo que Ella cargue con la hipoteca y les deje vivir gratis a otras dos familias.

Ella atacó la siguiente zanahoria con el pelador.

—Quiero hablar con el médico. Gloria, ¿qué dijo en concreto? Tiene que haber algo de esperanza.

—Siempre hay esperanza —le respondió Gloria.

Su padre disminuyó la velocidad del cuchillo.

—No tiene sentido guardar esperanzas. Dijo que las probabilidades de supervivencia son mínimas.

Ella alzó la mirada.

—Pero ¿hay probabilidades de supervivencia?

—Mínimas. —Su padre apoyó el cuchillo sobre la mesa y deslizó la tabla por la superficie hacia Gloria, que la tomó y arrojó el resto de la cebolla en la sartén. Acto seguido, le entregó la tabla con unos dientes de ajo sin pelar.

—Yo acepto las probabilidades mínimas, Bryan —le dijo Gloria—. Acepto lo que sea. No te voy a perder.

«No de nuevo…». Las palabras sin decir quedaron pendiendo en la cocina. Como nadie dijo nada, Ella oyó el sonido de las cebollas cocinándose y de los dientes de ajos que pelaba su padre y volvió a pasar el pelador por la zanahoria.

—Yo tampoco. Vas a recibir el tratamiento.

—No. —Su padre alzó la voz.

Gloria se apoyó el brazo contra la cadera.

—Mencionó un tratamiento experimental.

—No permitiré que experimenten conmigo. —Su padre colocó el diente de ajo sobre la tabla y comenzó a pelar el siguiente.

—¿Por qué no? —le preguntó Ella.

En lugar de responderle, apretó los labios en una línea delgada y negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —repitió. Colocó la zanahoria pelada a un lado y tomó otra.

De repente, su padre la miró con los ojos del color acero y un dolor crudo tronando en ellos.

—Porque no quiero ser más una carga. Si esta es la manera de ponerle fin, que así sea.

Las palabras la azotaron como una bofetada. Ella parpadeó y, al comprender lo que le estaba diciendo, el cuerpo se le entumeció.

—Papá…

—¿Cómo crees que me hace sentir esto? —Señaló la silla de ruedas—. Era policía, un proveedor para la familia, un hombre. ¿Crees que disfruto vivir así?

Cada palabra se sintió como una bala. Abrió y cerró la boca. Se obligó a concentrarse en las zanahorias y mientras intentaba controlar el temblor en las manos, siguió pelándolas.

—Ya basta con este autodesprecio —le dijo Gloria—. Nadie siente que seas una carga.

Su padre soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—El punto es que no quiero recibir tratamiento, Gloria. No a este precio. Es mi vida. Y es mi muerte. Y me quiero ir como un hombre.

La zanahoria estaba pelada, y Ella sintió ganas de clavársela a alguien. Sin embargo, la apoyó sobre la tabla y comenzó a picarla.

—No tiene sentido discutir con él cuando se pone así —le dijo a Gloria.

«¿Cómo se atreve a darse por vencido? ¿Cómo se atreve a escoger esto para la familia? ¿Y qué hay de Ted? ¿No se merece crecer con un padre que esté a su lado?».

—Exacto —coincidió su padre al tiempo que picaba los dientes de ajo. Gloria añadió la carne picada en la sartén, y el chisporroteo se intensificó tanto como la ira que sentía Ella por dentro. Cuando terminó con las zanahorias, le pasó la tabla a Gloria. Al intercambiar una mirada con su madrastra, supo que sentían lo mismo. Eso era

bueno. De alguna manera, lograrían convencer a su padre de que se anotara en el tratamiento experimental.

Terminaron de cocinar el pastel de carne en silencio. Gloria siempre hacía comida de más por si los parientes de arriba llegaban de visita, ya fuera ese mismo día o al día siguiente. Jamás rechazaban los platos de Gloria.

Gloria se sirvió una copa de *whisky*.

—¿Me sirves uno? —le pidió su padre.

—No. Tienes que estar lo más sano posible. Y me aseguraré de quitar la carne de tu dieta.

—¿La carne? —exclamó su padre horrorizado.

Ella se rio por dentro. Con o sin cáncer, había cosas que nunca cambiaban. Mientras que el pastel de carne se cocinaba en dos sartenes distintas, Gloria comenzó a poner la mesa.

Ella se puso de pie.

—Voy a ver si Ted necesita ayuda con la tarea.

—Gracias, cariño —le dijo Gloria.

Mientras Ella se alejaba de la sala de estar y entraba al pasillo, oyó el timbre. Frunció el ceño y se preguntó si sería alguna entrega nocturna. Apretó el botón del portero automático.

—¿Hola?

—Hola, detective —la saludó una voz masculina demasiado familiar al otro lado del intercomunicador.

El estómago le dio un vuelco de excitación. El inconfundible acento nórdico apenas perceptible le produjo una ola de calor que le recorrió la columna vertebral como un géiser.

Se aclaró la garganta.

—¿Channing?

CAPÍTULO

DIECISIETE

—Me gusta que digas mi nombre —le confesó Channing, y una ola de felicidad lo recorrió entero al oír la perplejidad en su voz.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a través del intercomunicador.

«Quería ver tu rostro, enterrarme en ti, inhalar tu fragancia a vainilla y cítricos, y a algo térreo y femenino. Quería pasar, aunque solo fuera un minuto más contigo».

A decir verdad, no era solo eso. Le habían confirmado la entrega del reactor, que llegaría en cuatro días. Ahora que le había dado acceso a las grabaciones de seguridad, y a todo, excepto al edificio M05, se arrepentía de haberla evitado. Porque ella sabía que era un viajero en el tiempo y tenía poder por sobre él, aunque no le creyera.

Había considerado contarle acerca de la máquina del tiempo, pero no podía revelar que estaba a punto de contrabandear un reactor nuclear a los Estados Unidos. Por más que hubieran tenido relaciones, de seguro una policía no haría la vista gorda ante eso. Además, ya tenía bastantes sospechas. Si solicitaba una orden de allanamiento, encontrarían el laboratorio y le harían preguntas.

El reactor no era algo que pudiera esconder con facilidad. Hacerlo iba a requerir preparativos detallados. También iba a tener que saber cuándo la policía estaría presente en el puerto. Y, para saberlo, lo mejor era acercarse a ella. Tenía que distraer el foco de la investigación y mostrarle que no había nada sospechoso en el

edificio M05. Y si tenía que pasar más tiempo con ella, si tenía que sentir como si pudiera respirar con más facilidad, como si los colores del mundo a su alrededor se hubieran intensificado, que así fuera.

Había preparado el edificio para su visita, había ocultado el panel de acceso al laboratorio detrás de una estantería falsa y les había dado el día siguiente libre a Munchie y Georgina. Si quería demostrarle que el M05 no se utilizaba para contrabandear drogas, no tendría mejor momento.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Channing tenía un técnico de computadoras muy dotado. Tanto así, que podía acceder ilegalmente al sistema de la policía sin despertar ninguna sospecha.

—Tengo mis modos —le respondió alzando la mirada para ver la fachada del edificio de tres plantas de color naranja intenso. La pintura era vieja y estaba saltada, pero los marcos de las ventanas de color verde oscuro y cortes decorativos le daba un aspecto alegre. Las ventanas delanteras de las tres plantas estaban iluminadas, y al inhalar el aroma a cena casera que salía de una, se le hizo agua la boca—. Y preferiría no compartirlos con una detective de la policía.

Como Ella no dijo nada, Channing se quedó mirando fijo al intercomunicador blanco y escuchando la estática.

—¿Ella?

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

Sentía mucha curiosidad por ver cómo vivía. ¿Tendría un hogar cálido y ordenado como se lo había imaginado? Según los registros, vivía con su padre, su madrastra y un hermanastro, que tenía doce años y necesidades especiales. No se mencionaba a ningún marido o novio en los registros oficiales. De solo imaginársela con otro hombre, se le encendió la sangre.

—No es un buen momento —le respondió.

—Entonces ¿puedes salir, por favor? —le preguntó pasándose la mano por el cabello—. No te quitaré mucho tiempo.

—Está bien, pero mejor que sea importante.

El intercomunicador se quedó en silencio. Mientras pasaba la mirada por lo que parecía la típica calle Dorchester, se preguntó si Ella había crecido allí, correteando por la calle inclinada flanqueada por edificios de tres plantas de color blanco, *beige* y marrón ocultos detrás de arbustos y árboles. Varias ventanas destellaban en la oscuridad, y las luces anaranjadas y amarrillas de las lámparas en las calles iluminaban los pórticos y los cercos. La calle daba una sensación de comunidad, aunque no había nadie en el exterior. Era el tipo de lugar en el que uno se enteraba todo acerca de los vecinos, y los vecinos sabían todo acerca de uno. El tipo de lugar en el que la gente recibía ayuda cuando la necesitaba, circulaban los chismes y se pedía una taza de azúcar cuando faltaba. Era el tipo de comunidad que jamás existiría en el *penthouse* de Infinity Tower. El tipo de comunidad en el que había crecido en el siglo IX.

La tristeza le apuñaló el corazón como una aguja. Con Eirik, Ragnar y Náli, el pasado lo había alcanzado, solo que, en vez de haberle traído la calidez de su hogar, le había llevado muerte y maldiciones. ¿Dónde estarían ahora los tres vikingos? ¿Podrían sobrevivir y pasar desapercibidos en ese siglo? Recordó que para él había sido muy difícil, a pesar de que su madre lo había estado preparando durante un largo tiempo. ¿Y por qué habían ido ahora y no antes?

Desde el interior de la casa, oyó un clic y un ruido sordo, y de pronto una luz se coló por la pequeña ventana de cristal. Unos pasos sonaron antes de que la puerta de abriera, y apareciera Ella bajo la luz tenue.

Aún llevaba puesto su traje y el cabello rubio recogido, que le dejaban al descubierto la belleza natural del rostro. Olía a cítricos y a su perfume, pero también a comida recién hecha, y el estómago se le tensó ante la sensación de hogar y consuelo que le brindaba. Había cierta tensión detrás de su máscara de atención amable, y se preguntó a qué se debería. Ella se ocultó detrás de la máscara distante que utilizaba cuando estaba de servicio.

—¿Qué es tan urgente que tuviste que venir a mi espacio privado?

Channing soltó una carcajada y la miró a los ojos.

—No hay necesidad de ponerse a la defensiva. Ya he visitado tu espacio privado, ¿no crees?

El rubor del color de un condenado atardecer que le invadió las mejillas le pareció graciosísimo. Ella dio un paso hacia él y se aferró al marco de la puerta.

—Creí que habíamos acordado que eso no había ocurrido —le susurró enfadada.

—¿Que no ocurrió? —Channing negó con la cabeza—. Jamás podré olvidar que ocurrió.

Ella le mostró una expresión de ira que hizo que se le dilataran las fosas nasales.

—Channing…

—Mañana te daré acceso al M05. Así que necesito que liberes tu agenda.

Ella jadeó.

—¿Quieres que cancele todo y salga corriendo a ver por fin lo que te he estado pidiendo que me muestres desde el primer día?

Cuando se enfadaba, lo dejaba sin aliento. Los ojos celestes le destellaban con gran intensidad. Channing recordó esa misma boca redondeada enrojeciéndose al pronunciar su nombre mientras se hundía en su interior para hacerle sentir otro orgasmo. El miembro se le volvió a endurecer. Había tenido los testículos hinchados desde que la conoció, y ese era otro poder que ejercía sobre él.

Antes de poder responderle, una puerta se abrió a espaldas de Ella.

—Ella, ya está la cena —le dijo una voz infantil.

—Enseguida voy. —Miró hacia atrás y le sonrió con cariño. La mejilla se le relajó tanto que Channing sintió el impulso de mordérsela.

—¿Con quién hablas? ¿Es Nick? —El niño avanzó hacia ella.

¿Quién diantres era Nick? ¿Su novio? Al imaginársela con otro, se le cerraron los puños y sintió el deseo de golpear a alguien.

—No, no es Nick —le respondió, y la sonrisa dulce se le cayó y quedó reemplazada por un ceño fruncido. El niño se detuvo al lado de ella y observó a Channing.

—Hola —lo saludó el niño.

A diferencia de Ella, tenía el cabello oscuro. Debería tener unos doce años y unos hermosos ojos marrones con los rasgos inconfundibles del síndrome de Down. ¿Sería el hermano del que había leído en el reporte?

—Hola —lo saludó Channing—. ¿Cómo te llamas?

—Ted.

—Hola, Ted. Yo…

—Él ya se marcha —lo interrumpió Ella con firmeza.

—No seas maleducada, Ella—le dijo Ted—. ¿Qué ibas a decir?

Algo en el interior de Channing se derritió. Al ver a Ted se acordó de su hermano menor, John, y sintió dolor en el pecho.

—Que me llamo Channing.

—Es un placer conocerte.

Channing sintió que el rostro se le estiraba en una sonrisa.

—Eres muy amable.

Ted soltó un suspiro.

—Es culpa de mi madre.

Channing soltó una carcajada y miró a Ella. Los ojos le brillaban llenos de amor mientras estudiaba a Ted y le frotaba el hombro. La imagen hizo que algo se tensara en el pecho.

—Hace frío —dijo Ted abrazándose los hombros—. ¿Quieres entrar? La cena está lista. Es pastel de carne.

Channing abrió la boca para decir que no y vio que Ella abría la boca para protestar. Sin embargo, el aroma a comida casera y la luz cálida que salía de la ventana del edificio de tres plantas lo hizo pensar en el hogar en el centro de la sala de estar de la casa comunal de su padre, donde la familia se reunía a cocinar e intercambiar historias. La calidez del fuego no se comparaba con el amor y la aceptación de su familia, o las bromas y las carcajadas que intercambiaban.

No había comido algo casero en catorce años. Lo que le preparaba la empleada doméstica no contaba. Era su trabajo cocinarle. Tras imaginarse regresando a su apartamento solitario, en lugar de sentarse a la mesa y comer con una familia, aunque no fuera la suya, abrió la boca para responder:

—Sí.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Dentro del apartamento, Ted se quitó las pantuflas con patrones de veleros.

—Tienes que quitarte los zapatos —le instruyó a Channing.

Channing se inclinó para quitarse los brillantes zapatos italianos.

—Por supuesto —dijo sintiendo una ola de aire frío que provenía del suelo de madera y le calaba las medias. El largo pasillo estaba tenue y abarrotado con una fila de chaquetas y abrigos, una estantería y varios aparadores con fotografías y una extraña mezcla de objetos decorativos.

Ella se le acercó de atrás.

—Esto no está bien —masculló Ella por lo bajo mientras se quitaba los zapatos.

Desde algún punto en el interior de la casa se oían voces.

—No quería ser maleducado —le explicó—. Tu hermano me invitó.

Ella soltó un bufido.

—Sí, sí…

En ese momento, Ted atravesó el arco de entrada a la cocina y lo llamó:

—Ven, Channing.

Channing lo siguió a una cocina pequeña y atestada y vio a una mujer rolliza de cabello castaño que preparaba una pequeña mesa en la cocina. Un hombre en sillas de ruedas con el cabello castaño

oscuro, ojos celestes y el mentón recto lo miraba con el ceño fruncido.

Las alacenas verdes amarillentas de la cocina se veían viejas, los azulejos marrones en las paredes estaban partidos en varios puntos. Varios envoltorios de plástico se encontraban separados de la pequeña pila de cáscaras de verduras y de los envoltorios de papel. Aún en esas épocas extrañas, la familia intentaba reciclar.

—Hola —le dijo el hombre—. No sabía que teníamos invitados.

La mujer se dio vuelta y soltó un jadeo.

—¡Oh, vaya! Hola. —Se acercó a Channing secándose las manos en una toalla de cocina. Estiró la mano y le ofreció una cálida sonrisa de bienvenida—. Soy Gloria. ¿Eres el novio de Ella?

A sus espaldas, Ella soltó un jadeo.

—¡No es mi novio!

De pensar en ser su novio, algo se le encendió en el interior y se le llenó el pecho de una sensación cálida. ¿Qué le pasaba? Nunca había querido ser nada de nadie. Y, en base a cómo Ella insistía en que la noche que habían compartido no había ocurrido, ella tampoco. Al menos, no con él. Pero si Gloria había asumido que él era un novio, eso quería decir que Ella no estaba en pareja. Entonces ¿quién diantres era Nick?

—Soy su… —«¿Relación de una noche? ¿Sospechoso? ¿Némesis?»—. Un amigo —se decidió al final con una sonrisa que no logró contener al verla tan incómoda—. Channing Hakonson.

Ese día estaba sonriendo más de lo que lo había hecho en los últimos catorce años que había pasado en ese siglo. El padre de Ella le ofreció la mano.

—Soy Bryan O'Connor, el padre de Ella.

Channing le estrechó la mano. Fue un apretón de manos firme y amistoso, pero Bryan lo observaba con ojos cautelosos y calculadores. Sin dudas, Ella había aprendido esa expresión de él.

La sonrisa de Ted podría iluminar la habitación.

—¡Yo soy el hermano de Ella! —exclamó—. Yo lo invité —les dijo a Gloria y Bryan.

Gloria le revolvió el cabello.

—Qué dulzura, Teddy. Bueno, si vamos a ser nosotros cinco, creo que deberíamos preparar la mesa del comedor.

Channing dio medio paso hacia atrás.

—No era mi intención causarles molestias.

Gloria hizo un ademán.

—¡Oh, tonterías! Somos el tipo de familia que adora las visitas.

Todos ayudaron a llevar los platos y los cubiertos al comedor, que era lo suficientemente grande como para albergar a seis personas, aunque había al menos ocho sillas. La habitación era pequeña y estaba abarrotada con aparadores y muebles a lo largo de las paredes, un sofá con dos sillones en otra esquina, y un televisor que colgaba de la pared opuesta. Era un lugar limpio y ordenado que daba la impresión de que la familia no era adinerada, pero que cuidaban las cosas que tenían y las enmendaban en lugar de deshacerse de ellas.

Ted fue a la cocina y encendió una radio vieja.

—… congestiones de tráfico en Portugal, España e Italia debido a las tormentas de nieve. También se registraron temperaturas inusitadamente frías en Marruecos, Tunes y Egipto, países que no están bajo ningún punto de vista preparados para ese tipo de clima…

—Ted —lo llamó Gloria al tiempo que tomaba el pastel de carne con los guantes para el horno—. Apágala. Channing no quiere oír eso.

—No se preocupen por mí —les dijo Channing al tiempo que tomaba varios vasos para llevarlos al comedor.

—… y se registró nieve en el Gran Desierto de Victoria en Australia, donde nunca había nevado. Cientos de especies se encuentran en peligro al verse forzadas a lidiar con el clima. Los científicos creen que el cambio climático ha alcanzado una magnitud…

Ella se acercó a la radio y la apagó. Ted soltó un jadeo, y mostró una expresión de perplejidad y furia. Ella negó con la cabeza.

—No deberías oír ese tipo de cosas antes de ir a dormir —le dijo con suavidad—. Ya hemos hablado de esto.

—¡Sí, pero hay nieve en un desierto! —exclamó Ted.

«El Fimbulvetr…». El invierno poderoso que duraría tres años sin un solo verano. El sol no podría calentar la tierra. «La era de los lobos… La era de la espada…». Los tres vikingos habían anunciado que se aproximaba el Ragnarök gracias a él. Pero por más que habían huido, Channing sabía que no se darían por vencidos, y que los lobos no los detendrían la próxima vez. Estarían preparados para los lobos que no dejaban de asomarse por cada esquina de la ciudad y el puerto; al menos, si las pobres bestias lograban sobrevivir. La gente que pasaba hambre había comenzado a cazar animales salvajes. No habían oído más gallos, aunque según el mito del Ragnarök, cada uno cantaría una sola vez para anunciar el fin del mundo.

Ella se acercó al lado de Channing.

—¿Estás bien? La puedo volver a encender si te molestó que la apagara.

Channing negó la cabeza y colocó dos vasos sobre la mesa.

—Estoy bien.

Gloria colocó la fuente enorme con pastel de carne en el centro de la mesa.

—¿No es terrible? —preguntó—. Es difícil de creer que haya nieve en un desierto australiano. Hoy oí que ha habido terremotos en Hawái, Islandia y Rusia.

Regresó a la cocina y dejó que Ella llenara un plato de comida.

—A mí no me sorprende que la humanidad haya llegado a esto —comentó Ella mientras comenzaba a cortar el pastel con una espátula ancha—. Durante varias décadas hemos sabido que esto era una posibilidad, aunque nadie hubiera podido predecir lo difícil y lo rápido que está ocurriendo todo. Aun así, hemos tenido que enviar más aviones al cielo, perforar para extraer más petróleo y conducir coches cada vez más grandes.

Le entregó el plato de comida que echaba vapor a Channing y lo vio inhalar el aroma que le hacía agua la boca.

—¿Y enviamos más barcos de carga a contaminar los océanos? —le preguntó.

Durante los últimos tres días, había estado considerando las palabras de Eirik. ¿Podría una máquina del tiempo provocar el fin del

mundo? A decir verdad, el reactor nuclear no era lo más seguro.

—Sí, eso también —acordó Ella sin mirarlo a los ojos y sirviendo otra porción de pastel de carne en otro plato.

Gloria regresó y colocó el cuenco de ensalada al lado del plato de Bryan, quien lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te dedicas, Channing?

—Soy el director ejecutivo del puerto de Boston —le respondió mirando los ojos severos de Bryan.

El rostro se le enderezó.

—Claro. Tu nombre se me hacía familiar. —Apartó la silla de la mesa e hizo un gesto hacia una silla vacía—. Por favor.

—Gracias —dijo Channing antes de sentarse.

Ted se sentó a su lado y levantó el tenedor.

—¿Y construyes barcos?

—No. Soy el dueño del puerto donde los barcos entregan mercadería y donde también pueden hacer obras de mantenimiento.

—¿Hablas de esos barcos grandes? ¿Los gigantes? —le preguntó Ted entusiasmado.

—Sí —respondió Channing, sin poder contener una sonrisa.

—¿Y cuál es el más grande que viste? —le preguntó Ted.

—Uno de los barcos para contenedores más grandes del mundo, el HMM Algeciras. Puede transportar hasta casi veinticuatro mil contenedores.

A Ted se le agrandaron los ojos.

—¿Veinticuatro mil?

—Casi.

—Ojalá pudiera verlo… —suspiró Ted.

—Bueno, si vienes al puerto, te lo mostraré en persona. En este momento, no se encuentra aquí, pero hay otros barcos gigantes. De hecho, ¿por qué no vienes mañana con tu hermana?

Channing buscó la mirada de acero de Ella. Había terminado de servir y se había sentado al lado de él. Tenían los muslos tan cerca debajo de la mesa, que sintió que su pierna se movía hacia la de ella como si estuviera atraída por un imán. Cuando se rozaron, una descarga de deseo la embargó. Los ojos se le agrandaron, y los labios rosados se le redondearon en un jadeo inaudible. Channing

tragó con dificultad y sintió que el miembro comenzaba a reaccionar ante ese roce. Por la lanza de Odín, cómo anhelaba tomarla en sus brazos, llevársela de allí y enterrarse en ella para hacerla suya.

Ted sonrió.

—¡Sí! Tengo que ir a la escuela, pero ¿puedo ir después?

Ella sacudió la cabeza como si estuviera liberándose de un hechizo y se volvió hacia su hermano.

—Cariño, mañana no puedo. Tengo que ir al puerto a trabajar.

Channing ocultó una sonrisa de satisfacción. Al final, había decidido liberar su agenda para ir.

—¡Puedo ir contigo!

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Ted, pero tengo que trabajar.

Channing le dijo:

—Puedes venir en cualquier momento. Solo dímelo, ¿de acuerdo?

Gloria le acarició el cabello.

—¿No es una dulzura? Bueno, que disfruten la comida. —Acto seguido, tomó un tenedor y se llevó un bocado de pastel de carne a la boca. Channing también lo probó, consciente de los ojos de Ella y de su padre clavados en él.

En cuanto la comida le tocó la lengua, cerró los ojos de la dicha. Le recordó al pastel de carne que hacía su madre en ocasiones especiales. Sin embargo, en el siglo IX no había horno, y todo se cocinaba en un hogar o se hervía en calderas enormes, pero ella había hecho una versión del pastel de carne en una sartén grande con una tapa pesada, carne picada con varias capas de guisantes y zanahorias blancas. Y, en lugar de puré de patatas, utilizaba puré de nabos. Las patatas habían llegado a Europa luego del descubrimiento de América. El plato de Gloria era mucho mejor. Era un pastel de carne que sabía a hogar, amor y confianza. Y también sabía delicioso. Sin dejar de masticar, Channing dijo:

—Qué rico. Eres una excelente cocinera, Gloria.

Gloria se sonrojó.

—Yo sola, no. Todos ayudaron.

Bryan miró el cuenco de ensalada al lado del plato que había terminado y frunció el ceño.

—Ya sabes que detesto las verduras —le dijo—. Quiero más carne.

Gloria cortó una porción de pastel de carne con gran estrépito.

—Pues, será mejor que te acostumbres a comer verduras. Si te niegas a recibir el tratamiento del médico, vas a recibir el mío.

La tensión fue tan abrupta como una ráfaga que se colaba por una ventana abierta. Las sonrisas se desvanecieron de todos los rostros, y las manos se quedaron congeladas sosteniendo tenedores en el aire. Channing miró alrededor de la mesa con cautela. Todos los rostros registraban tensión y preocupación, que intentaban reprimir bajo expresiones amables.

Ted miró alrededor de la habitación.

—¿Por qué papá tiene que comer verduras, mamá? —preguntó con la boca llena.

Gloria se obligó a sonreír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Es más sano, cariño. Es mejor para él. Tú también deberías comer más verduras.

¿Lágrimas? ¿Acaso Bryan estaba enfermo? La mujer había dicho algo acerca de rechazar el tratamiento… ¿Por qué se negaría a recibir el tratamiento?

Le echó un vistazo al mentón cuadrado de Bryan, la boca terca con una expresión triste y unas líneas duras. Bryan respiró enfadado. Channing conocía a muchos hombres fuertes y orgullosos, incluidos su propio padre y él mismo, y supo que Bryan no podría ser feliz viviendo en una silla de ruedas. A juzgar por el estado de la casa y los muebles, la familia no estaba bien económicamente, de modo que quizás se negaba a recibir el tratamiento porque no tenían suficiente dinero.

Una parte de él quería saber qué le ocurría al padre de Ella. Era evidente que no se lo podía preguntar, pero tenía otras maneras de averiguarlo. Ella estaba masticando el pastel de carne, y pasaba la mirada de Gloria a Bryan como una pelota de pimpón. Channing sintió su preocupación, su temor y su dolor. Era un dolor y una preocupación que él mismo sentía por temor a perder a sus seres queridos. Esos sentimientos nacían de la impotencia de querer protegerlos de cualquier mal y no poder hacerlo.

La única diferencia era que sus seres queridos se encontraban a mil años en el pasado. Los suyos se encontraban allí, en la mesa con ella. De modo que lo que fuera que le estuviera ocurriendo a Bryan, aún había esperanzas de ayudarlo. Y si era cuestión de dinero, a él le sobraba.

La atmósfera en la mesa estaba cargada y se sentía tan espesa como el barro. Ted miraba a su padre con el ceño fruncido. Ella bajó el tenedor y se acercó a Ted.

—Las verduras son más saludables. Creo que todos deberíamos comer ensalada, no solo papá.

Channing se rio.

—Mientras no se pasen con las coles de Bruselas.

Todos lo miraron confundidos. Luego Gloria soltó una carcajada, y escupió pequeños trozos de carne picada encima de Ted.

—¡Mamá! —protestó el niño.

—Disculpa —logró decir Gloria cuando se compuso.

Tras secarse el rostro con una servilleta, se llevó la mano a la boca y rompió a reír otra vez. Era una risa contagiosa que la llevó a echar la cabeza hacia atrás. Bryan también se estaba rompiendo de la risa, y Ella se sonreía mientras lo miraba de reojo y sacudía la cabeza. Ted se encogió de hombros.

—¿Cuál es el problema con las coles de Bruselas? A mí me gustan.

Gloria se secó los ojos.

—Te lo explico más tarde, cariño.

Ella se inclinó hacia él y le susurró:

—¿Acabas de hacer un chiste de pedos? ¿En serio?

Channing se rio acercándose a ella.

—Estoy lleno de sorpresas.

Algo cálido se expandió en él mientras se miraban a los ojos, y los de Ella destellaron de risa. Por un momento, no se encontraron en extremos opuestos. Ella no era una policía que intentaba desenmascarar su laboratorio secreto, y él no intentaba fingir que era un hombre común y corriente. Ella era una mujer hermosa con unos ojos destellantes que irradiaban el calor suficiente como para derretir el hielo que le rodeaba el corazón, y él era simplemente un

hombre que acababa de ver cómo sería ser él mismo, si no estuviera cometiendo más crímenes de los que ella sospechaba y destinado a regresar al pasado para siempre. Sería así. Abundarían la alegría, la aceptación, las risas y la comida casera.

Sin embargo, eso no podía ser. Y permitirse soñar lo contrario solo le produciría más dolor a ambos. Sería mejor que lo recordara y se marchara. Interrumpió el contacto visual y siguió comiendo. Por el rabillo del ojo, vio que Ella se retiraba y fruncía el ceño al tiempo que clavaba la mirada en el plato. Channing sintió una punzada de arrepentimiento. Pero eso era lo mejor.

La conversación se concentró en temas más seguros. Hablaron de los Red Sox y de los Boston Celtics y le preguntaron a qué equipos patrocinaba el puerto de Boston. Channing respondió lo más rápido que pudo sin parecer antipático y terminó el plato de comida temiendo y anhelando a la vez marcharse de esa casa. Tenía que sentirse agradecido, porque esa experiencia le había recordado con vívidos detalles todo lo que había perdido.

Channing se puso de pie.

—Gloria, te pido disculpas, pero me tengo que marchar. —Le ofreció una sonrisa cálida, y la mujer arqueó las cejas sorprendidas—. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí una deliciosa cena casera.

Gloria le devolvió la sonrisa.

—¿No tienes una novia que te cocine?

Evitando la mirada de Ella, respondió:

—No.

Como no quería seguir hablando de ese tema, se volvió a Ted.

—Lo he dicho en serio, Ted, llámame cuando quieras ver un barco. Si tus padres te dan permiso, estaré encantado de hacerte una visita personalizada. Para todos. —Pasó la mirada por la mesa—. Buenas noches.

Asintió con la cabeza y, mientras se marchaba de la habitación, oyó saludos en la distancia. Al detenerse al lado de la puerta del apartamento para ponerse los zapatos, Ella se le acercó.

—Te acompaño —le dijo y caminó tras él hasta la puerta principal del edificio.

Al salir, se detuvo en el pórtico. Acurrucándose con el suéter, Ella entrecerró la puerta a sus espaldas. Channing sintió el aire fresco en el rostro al salir de la calidez doméstica del apartamento. En la oscuridad que los rodeaba, con la luz plateada que se reflejaba sobre la nieve, Ella parecía una elfa salida de una leyenda, con los ojos celestes como el hielo y el cabello rubio algo plateado. Tenía los ojos grandes fijos en él, y destellaban llenos de duda. Anhelaba estirar el brazo y acariciarle la mejilla con los nudillos. Anhelaba sentir la piel suave bajo la suya.

—Gracias por ser tan amable con Ted, Channing.

«No soy Channing. Me llamo Ulf». Quería oír su verdadero nombre de su boca. Quería confiar en ella y contárselo todo. Ese día algo había cambiado entre ellos. Ese día había visto a su familia. Ahora quería que conociera a la suya. Tragó algo que sintió como una piedra atravesada en la garganta.

—Si tuviera un hermano aquí, lo llevaría a ver los barcos más grandes del mundo.

—¿Sigues insistiendo con que vienes del siglo IX? —Ella se estremeció.

Por supuesto que no le creía. Quizás debería olvidarse del tema y decirle que era una broma. Soltó una risa entre dientes y asintió con la cabeza.

—Sí, esa noche fue una locura. Aunque no estoy seguro qué identidad es mejor, si la de traficante de cocaína o la de viajero en el tiempo.

A Ella se le formó una sonrisa en los labios, y una chispa de humor se le encendió en los ojos. Si Channing se acercaba un paso más y se inclinaba unos centímetros, le rozaría los labios. Se le tensó el cuerpo cálido y lleno de deseo. Allí estaba, como una droga, y, tras haberla probado una vez, le resultaba imposible dejarla. Deshaciéndose de toda cautela como el lastre de un barco veloz, dio un paso hacia adelante, le pasó un brazo por la cintura y la besó.

Los labios de Ella eran suaves, maleables y tan aterciopelados que podrían ser pétalos de flores. Tenía una boca dulce y deliciosa y, en el momento en que la saboreó, supo que sería su destrucción o su salvación. Con cada caricia de la lengua, supo que jamás podría

saciarse de ella. Un deseo que jamás había experimentado le recorrió la sangre, lo dejó ciego y sordo, y le cerró todos los nervios a cualquier sensación excepto una: sentir su cuerpo fuerte y flexible contra el suyo, la boca cálida, el cabello sedoso en su mano y la curva de la espalda arqueada. A través del traje, los senos suaves se apretaban contra él. Sentía su aroma en las fosas nasales. Ella se estaba frotando contra él a tal punto que se le endureció el miembro y, cuanto más se movía, más la deseaba.

Solo tenía un pensamiento en la cabeza: «Mía. Esta mujer tiene que ser mía». Quiso mandar todo al Helheim, incluida la cautela y la ley. Ella sería suya, aunque solo fuera por los pocos días que les quedaban juntos, porque le pertenecía. Lo que compartían era demasiado bueno.

Channing se apartó jadeando y la miró. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios hinchados y enrojecidos de los besos y los ojos oscuros como zafiros. Ella tenía la mirada pesada fija en él y se acariciaba los labios con los dedos. Las pestañas le temblaban.

—Por los vástagos de Loki —masculló—. Si crees que lo que tenemos ha acabado, deliras. Esto solo acaba de empezar, Ella.

Le dio un último beso en los labios, giró sobre los talones y caminó hasta su coche.

—Nos vemos mañana —le dijo por encima del hombro.

Al ver que lo observaba y ocultaba una pequeña sonrisa en los labios, Channing sintió que se le formaba una sonrisa de oreja a oreja.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Mientras Ella sujetaba el frío pomo de metal para empujar la puerta de la oficina de Channing, supo que había soñado con eso la noche anterior.

Channing estaba detrás de su escritorio, inclinado sobre la computadora. Con los hombros anchos y el cuerpo cubierto de músculos y tatuajes, alzó la mirada para verla. La explosión de alegría similar a fuegos artificiales que sintió la tomó por sorpresa. Los ojos verdes pálidos de Channing destellaron con la misma alegría, y luego se oscurecieron al recorrerla de pies a cabeza con la mirada.

Cuando cerró la tapa de la computadora, Ella tuvo la impresión de haberse convertido en el centro de toda su atención.

—Hola. —La voz baja y aterciopelada le rozó la piel.

Ella sintió algo cálido en su interior y cerró la puerta a sus espaldas.

—Buenos días.

Algo había cambiado. Entre la noche que habían compartido, la batalla contra los tres hombres vestidos como vikingos y la cena que había tenido con su familia la noche anterior, había dejado de ser el multimillonario al que detestaba. O un simple sospechoso. O solo un hombre atractivo. Era algo más. Aunque se rehusaba a admitirlo, era mucho más…

Cuando se incorporó y avanzó hacia ella a paso relajado, la mirada que le dirigió estuvo cargada de calor, electricidad… y anhelo.

Anhelo del deseo y de los sueños sin cumplir… y anhelo por algo que jamás podría ocurrir. Algo que le causó un estremecimiento.

Sin prisas, Channing se sentó contra el borde del escritorio, se arremangó la camisa, y Ella vio los antebrazos musculosos y el vello dorado y marrón claro que le cubría la piel. Diablos. Eso era exactamente lo que había ocurrido en su sueño.

—¿Te estás cuidando? —le preguntó.

—¿De qué hablas?

—¿Ha habido alguna señal de los tres lunáticos con espadas y hachas?

—Ah. —Se aclaró la garganta—. Estoy bien. He aumentado la seguridad en mi apartamento. Siempre tengo la espada en el coche. Me puedo proteger. ¿Cómo se encuentra tu padre?

Ella frunció el ceño.

—Está bien, ¿por qué lo preguntas?

Channing se encontraba tan cerca, que podría estirar la mano y rozarle la marca de nacimiento con forma de corazón que tenía en la sien. Era del color del vino tinto seco… oscura y hermosa.

—Pensé que estaba enfermo. Está bien si no quieres hablar del tema. Es un hombre orgulloso, y tú eres una mujer orgullosa.

Ella se quedó muda. Era como si pudiera ver lo más profundo de su alma, a través de las capas de defensa y protección contra el dolor, la armadura que había construido a lo largo de los años. La agente de policía fuerte. La detective. La hija de un policía que había aprendido técnicas de autodefensa antes de aprender a conducir. Tenía por padre a un policía que no se enfermaba y cuya hija no dejaba que un multimillonario la sedujera. Qué cliché. Y, sin embargo, mucho de eso aplicaba a su vida.

—Tiene… —Tragó con dificultad. A pesar de que Channing le había contado que había nacido en otro siglo, y ella no dejaba de pensar que eran puras patrañas, la parte de ella que creía que sus sueños eran mágicos sentía curiosidad y quería creerle.

«Tienes el poder de destruirme como nadie más lo tuvo…».

—Tiene cáncer. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas—. Y… —Los ojos se le llenaron de lágrimas, y no logró contener un sollozo de dolor a tiempo—. Es terminal.

La ola de dolor, tristeza y temor que había intentado suprimir el día anterior la embargó. Cuando se le escapó otro sollozo, sintió los brazos de hierro que le envolvían la cintura y la apretaban contra un torso duro como una piedra.

Channing soltó el aliento contra el cuello.

—Mierda…

«Ella era una agente de policía… y él era un sospechoso…».

Algo cálido le recorrió el cuerpo como el *whisky*. En lugar de empujarlo y seguir la voz de la razón, cedió ante los caprichos de su cuerpo, que ya sabía cómo se sentía estar en sus brazos, ser suya, y estar enredada en él como una hiedra. Su cuerpo sabía que era una dicha.

Lo abrazó y le pasó los brazos por el cuello como si se estuviera ahogando y él fuera una boya. Su padre estaba muriendo. Todo el maldito mundo estaba muriendo. Tenía que encarcelar a Channing, y aun así no podía mantener las manos ni los pensamientos alejados de él… ¿Cómo tenía sentido algo de todo eso?

—Lo siento mucho —le susurró al cuello con el aliento cálido y húmedo. Su aroma a cuero y hierro mezclado con unas notas de almizcle masculino la envolvieron como un escudo protector—. Sé lo que es perder a un padre. Sé lo que es perder a todos tus seres queridos. —Durante un momento, la dejó sin habla. ¿Acaso estaba haciendo referencia al hecho de que era un viajero en el tiempo? Los ojos se le suavizaron—. Ojalá pudiera evitarte ese dolor.

Algo cálido y húmedo le rodó por la mejilla desde el ojo izquierdo. Genial, ahora estaba llorando en sus brazos.

—No seas tonto. No puedes. Nadie puede.

Channing le tomó el rostro entre sus manos. Él también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero lo estoy intentando.

El punto donde la tocó le ardió, y los músculos del rostro se le relajaron.

—¿Qué has dicho?

Sin decir más nada, la besó. La suavidad de sus labios sobre los de ella le causó una necesidad urgente que le pulsó por todo el cuerpo y rugió como un predador hambriento.

Como si Channing hubiera tocado un interruptor, su cuerpo tomó el mando. Quizás, si no se hubiera enterado de que su padre se estaba muriendo y no hubiera estado tan emotiva, lo hubiera detenido. La policía que llevaba dentro le gritaba: «Pero ¿qué haces? ¿No habías dicho que no volvería a ocurrir?». Pero como anhelaba la cercanía humana, el roce de un hombre fuerte, le apretó los brazos alrededor del cuello y se acercó más a él. Channing la envolvió en sus brazos de acero y, con la boca, le selló cualquier temor o pena. La atraía como la gravedad, y ¿quién era ella para desafiarla?

Los labios le rozaron los suyos, y la lengua le invadió la boca, para saborearla, apoderarse y beber de ella como si fuera un hombre moribundo y ella, su última esperanza. Le quedó la mente en blanco, y hasta la policía racional guardó silencio. Lo único que podía oír era el latido de su corazón y las respiraciones pesadas de los dos.

En la distancia, oyó un pestillo en la puerta, y tanto las paredes como la puerta de cristal se obnubilaron. Debía de tener alguna especie de botón… Channing no le quitaba las manos de encima; la acariciaba, la rozaba y la provocaba. Ella sentía los senos pesados y adoloridos, y lo único que lograría aliviarla sería sentir la piel desnuda de él contra la suya.

Como si hubiera podido oír sus pensamientos, Channing le abrió la blusa, le extrajo un seno del sostén y se lo llevó a la boca. Un calor húmedo le rodeó el pezón, y cuando comenzó a mover la lengua contra el capullo, Ella echó la cabeza hacia atrás y se arqueó en sus brazos. Sintió una necesidad abrasadora en el punto exacto en que los labios de él se fundían con su carne; una necesidad que experimentó hasta en la entrepierna.

La ropa interior se le humedeció de inmediato, y cuando Channing extrajo el segundo seno del sostén y comenzó a dibujarle círculos alrededor del pezón con el pulgar, Ella sintió cómo se le tensaban los músculos internos de manera deliciosa.

—Channing… —susurró.

—Calla, *elskan mín* —le murmuró contra la piel, y le produjo una vibración por todo el cuerpo—. No he podido dejar de pensar en ti ni un instante…

¿No había podido dejar de pensar en ella? ¿«*Elskan mín*»? La estaba llamando «querida mía». ¿Cómo…?

Todos los pensamientos se le desvanecieron cuando Channing se apartó de sus senos y comenzó a descender por su estómago desnudo. Luego le abrió los pantalones de vestir, y le abrasó la piel de la pelvis con el aliento cálido. Como las piernas se le debilitaron, tuvo que aferrarse a sus hombros. Le bajó la ropa interior por las piernas, y le dejó un rastro húmedo por la cara interna del muslo.

—No podía dejar de pensar en penetrarte a cada minuto.

Ella se estremeció; no sabía si debía de sentirse avergonzada, pero cuando lo oyó gruñir como un lobo, le encendió cualquier inhibición.

—En penetrarte —le repitió mientras se ponía de pie para alzarla y apoyarle el trasero sobre su escritorio—. En chupártela. —Los ojos casi se le habían tornado negros cuando la miró con un deseo salvaje—. Y en hacerte acabar una y otra y otra vez.

Ella jadeó al verlo arrodillarse delante de ella para separarle las piernas delante de su rostro. Vaya… qué excitante. Se encontraban a plena luz del día. Channing la podía ver por completo: sin afeitar ni depilar, porque había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo novio.

—Vaya… —gruñó al posar la mirada sobre sus pliegues—. Estás lista para mí.

Antes de que pudiera responder, le apoyó la boca contra el sexo y le arrancó un grito de placer. Con la lengua le dibujó patrones circulares por todo el perímetro y le produjo un deseo ardiente en las venas. Luego encontró el centro de su placer, el capullo palpitante, y lo provocó varias veces con la lengua. Ella podía sentir la ola de placer que se construía en su interior y le hacía tensar los músculos internos. ¿Cómo podía saber que eso era lo que necesitaba?

De repente, Channing se apartó y, cuando Ella abrió los ojos respirando entre jadeos, lo encontró observándola. Tras soltar un nuevo gruñido, la recorrió con la mirada y le dijo:

—Vas a ser mi destrucción, Ella… Si viviéramos en otra época…, si no estuviéramos en extremos opuestos de una investigación…, ya

me habría casado contigo a estas alturas.

¿Se habría casado con ella? El estado de excitación la tenía algo aturdida, y eso la protegía del impacto real del significado de esas palabras. Mientras lo veía bajarse el cierre del pantalón, se le aceleró la mente. ¿Qué hombre moderno hablaba de ese modo?

Sin embargo, todas las preguntas se desvanecieron cuando sacó la erección sobresaliente del bóxer. Era tan gruesa, grande y dura que la dejó sin aliento. Lo quería sentir dentro. Mientras Channing abría el envoltorio de un condón y se lo colocaba, lo único en lo que Ella pudo pensar fue en lo mucho que deseaba que la estirara, la llenara y la hiciera explotar, contraerse y…

Channing se acomodó contra ella y le rozó los pliegues deslizándole la erección gruesa contra la piel sensible y provocándole más placer aún en el capullo hinchado. La volvió a besar, y cuando la lengua bailó con la suya, venerándola de manera posesiva, le provocó una nueva ola de placer líquido en la entrada. Ella jadeó impaciente y le envolvió las piernas por la cintura para instarlo a penetrarla.

Para impacientarla aún más, se deslizó en su interior con mucha lentitud. Le hizo sentir mucho placer; Ella se tensó y sintió toda una galaxia de sensaciones, pero nada fue suficiente para alcanzar la liberación que tanto anhelaba. Cuando quedó enterrado en ella hasta el punto de estirarla hasta el límite, lo oyó gruñir.

—Mierda, qué bien te sientes —le susurró al oído antes de mirarla a los ojos. Por primera vez, Ella no vio ningún escudo de protección, ninguna armadura y ninguna mentira tampoco—. Si he tenido que cruzar varios siglos solo para encontrarte, ha valido la pena. Eres un sueño, Ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas porque, aunque solo fuera por un momento, le creyó. Lo oyó decir lo bien que se sentía. Había cruzado varios siglos. Y la amaba. ¿La amaba? Si ni siquiera había dicho eso. ¿De dónde había sacado esa idea?

Sin embargo, en ese momento, Channing comenzó a moverse en su interior, y todos los pensamientos se le evaporaron cuando la exquisita fricción de su miembro la conquistó entera. La embistió más y más fuerte, hasta que algo se volcó y se derramó en el

escritorio. Otras cosas se cayeron al suelo, se golpearon o se rompieron, pero lo único que podía oír eran los gruñidos de él y sus propios gemidos.

La fue acercando cada vez más al borde del abismo, hasta que al fin una ola cálida y cegadora de placer la embargó como una erupción volcánica, y unas contracciones dulces la recorrieron de pies a cabeza. Channing dejó de moverse para soltar un gruñido de tortura. Ella estaba temblando en sus brazos, y él le enterró el rostro en el cabello. Respiraron al mismo ritmo, y sus corazones latieron al unísono.

Al cabo de varios momentos, regresaron a la realidad. Ella comprendió que había vuelto a romper la ética profesional de una detective de la policía y se quedó paralizada bajo su mirada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Channing.

Ella negó con la cabeza sin atreverse a mirarlo e intentó liberarse, pero él la sostuvo en sus brazos.

—Ella, ¿qué sucede?

Resignada a responder, soltó un suspiro.

—Lo que sucede es que soy una idiota.

Channing le colocó el pulgar debajo del mentón y le alzó el rostro para obligarla a mirarlo. Cuando se concentró en sus ojos verdes, lo único que vio en ellos fue luz.

—¿Se trata de la investigación?

—Por supuesto que se trata de la investigación. No ha cambiado nada. Sigo siendo una policía, y tú, un sospechoso. No puedo andar acostándome contigo. No puedo tener ningún tipo de relación contigo. De lo contrario, estaré en graves problemas. No te haces una idea.

Channing soltó el aliento y los ojos se le fueron tornando solemnes y resueltos.

—No tienes nada de qué preocuparte, Ella. Te lo prometo. Pase lo que pase, te juro por todo lo que significa algo para mí, que preferiría morir antes de decir algo acerca de nosotros.

Se veía tan serio y tan solemne como si estuviera haciendo un juramento de sangre delante de un rey. Algo cálido le embargó el corazón. ¿Podría confiar en él?

—¿Aunque estés bajo juramento en la corte de justicia? —le preguntó.

—Estoy bajo juramento. Bajo juramento ante ti. Nada más importa. Una corte de justicia no significa nada para mí. Tú lo eres todo.

La boca se le secó y sintió la garganta rasposa. Nadie jamás le había dicho nada similar a eso. Ningún hombre se había preocupado por ella como lo hacía él. Pero Ella sabía lo que era sentirse abandonada. Y no podía confiar plenamente en él… ¿cierto?

Mientras se apartaba de sus brazos y buscaba la ropa interior en el suelo, se quedó estática porque la realidad se ralentizó y se nubló. La noche anterior había soñado ese momento exacto. Tanto el sexo salvaje y animalesco en su oficina, como las palabras que habían intercambiado y las cosas que habían hecho. Aunque, al final del sueño, ella le decía que no le creía y que hablaba en serio cuando le decía que eso no volvería a pasar jamás. Pero ahora no era capaz de decir eso.

Como una adicta consciente de una mala decisión, quería más. Mientras se subía los pantalones, le sonó el teléfono.

—¿Hola? —Atendió sin mirar agradecida por la distracción.

—¡Ella! —Era Gloria y sonaba agitada—. ¿Ya estás en el puerto?

—Sí, ¿por qué?

—El terapeuta de Ted está enfermo y no tienen ningún reemplazo, así que te lo llevo.

—¿Qué? Pero ¿por qué? Estoy por ir a ver una posible escena de crimen para buscar pruebas. No puede venir con…

—Haz lo que sea necesario, cariño. Acabo de recibir una llamada del hospital. Han aceptado a tu padre en el tratamiento experimental.

El suelo se movió bajo los pies de Ella.

—¿Qué? Pero ¿cómo?

—Un donante anónimo lo ha patrocinado. Donó medio millón de dólares.

Confundida y negándose a permitir que la esperanza se apoderara de ella, miró a Channing a los ojos. Se estaba abotonando

los pantalones y la observaba con los ojos oscurecidos por debajo de las pestañas.

—Pero… —comenzó Ella—. Debe ser un error…

—Ya lo sé, cuesta creerlo…

—¡Si algo suena demasiado bueno para ser cierto, lo es! —masculló su padre de trasfondo.

—Está bien —dijo con el corazón latiéndole desbocado—. ¿Cuándo llegas?

—Creo que en media hora. Ya estamos todos en el coche. Tu padre y yo tenemos que ir al Hospital General de Massachusetts de inmediato.

Media hora le daría algo de tiempo para examinar el edificio M05 antes de que llegara Ted.

—Lo recogeré en la puerta.

Tras colgar el teléfono, se preguntó si el donador anónimo sería Channing. ¿Quién más sabía que su padre estaba enfermo y tenía el dinero suficiente como para donar medio millón de dólares? Si su sospechoso tenía algo que ver con eso, podría considerarse un soborno. Cada vez se encontraba más enredada con ese hombre. Con ese bondadoso dios vikingo del sexo que tenía un corazón de oro y los brazos de un guerrero.

¿Le importaba que con cada día que pasaba estaba cavando la tumba de su carrera? ¿O estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que su padre tuviera la oportunidad de vivir?

CAPÍTULO

VEINTE

La puerta del edificio M05 se abrió con un chirrido, y a Ella se le aceleró el corazón. ¿Qué estaba esperando? ¿Que un monstruo saltara a atacarla?

De la oscuridad que reinaba al otro lado de la puerta, salía una ola de frío. Channing sostenía la puerta y la estudiaba con cautela. Por primera vez, llevaba un abrigo de lana elegante para protegerse del frío gélido del exterior. Con la espalda y los hombros perfectamente erguidos y la mirada de granito fija en ella, se veía hermoso.

Ese día hasta el clima estaba inquieto. El viento le arrojó una ráfaga de nieve en el rostro. Al colocar las manos sobre el marco oxidado, Ella sintió dolor en las yemas de los dedos por el frío.

—No te preocupes, detective —le murmuró Channing—. No hay ningún dragón ni ningún mafioso allí adentro. Y yo estaré a tu lado para protegerte.

—Calla —le respondió y entró.

En el interior, olía a aceite de maquinarias, polvo y virutas metálicas. Los ojos se le tuvieron que adaptar a la oscuridad tras la blancura cegadora de la nevada fuerte que se desataba en el exterior. Channing entró tras ella, encendió un interruptor, y unas viejas bombillas de led sucias que había instaladas por toda la longitud del depósito alumbraron el espacio con una luz intensa. Era un sitio tranquilo en el que solo se oían los zumbidos de las

bombillas que colgaban del cielorraso. En un punto de las líneas de estanterías largas de metal, una luz titiló.

—¿Y eso qué es? —le preguntó mientras avanzaba por el pasillo entre hileras de estanterías llenas de cajas de cartón sucias, cadenas, herramientas y otras partes metálicas. Las estanterías estaban marcadas con los nombres y números de cada parte.

—Son repuestos para los barcos —le respondió Channing mientras caminaba detrás de ella.

—¿Y has dicho que el edificio no se usa?

—Sí.

—¿No parece un desperdicio de bienes raíces para un empresario tan exitoso como tú? —Pasó los dedos por el lateral cubierto de polvo de una estantería y se frotó la suciedad mezclada con aceite de maquinarias—. ¿Y entonces por qué vienes aquí?

Channing se detuvo a sus espaldas y, sin mirarla, tocó una caja para alinearla contra el borde de una estantería.

—¿Y si estoy ocultando algo aquí?

—¿Qué estás ocultando?

Channing se apoyó contra la estantería y la miró a los ojos.

—No te lo puedo decir. De lo contrario, no tendría sentido ocultarlo, ¿no?

—Channing… —le dijo con tono de advertencia.

Él le ofreció una sonrisa ancha.

—Mi nombre suena muy bien en tus labios.

Ella soltó un suspiro.

—Deja de coquetear conmigo y responde la pregunta.

—No lo puedo evitar.

Ella no dijo nada. Había cometido un error la primera vez que se había acostado con él, y lo había repetido el día anterior y ese mismo día al permitirle que se acercara tanto a ella. No se estaba comportando como la detective de policía que podía encarcelarlo.

—Vengo aquí para practicar esgrima —le dijo cuando guardó silencio.

—Claro —dijo con incredulidad—. Por un lado, los lobos… Luego los vikingos atacándote con hachas… Y ahora la esgrima…

—¿Cómo crees que me mantengo en forma? Por las mañanas voy a trotar, pero no es suficiente. Tengo jornadas laborales muy largas en el puerto, y tiene sentido tener un espacio donde pueda ejercitar.

—¿Dónde? —le preguntó mirando alrededor.

—Atrás. Ven conmigo, te mostraré.

Channing emprendió la marcha demasiado rápido para su gusto; Ella quería echar un vistazo alrededor con calma y tomar nota de los detalles. Pero Channing se movía con prisa, y el espacio era tan grande, que sintió que podría perderse allí. En la distancia, notó que había un sitio en el suelo de hormigón que habían barrido, y el hormigón brillaba, como si algo lo hubiera pulido.

—Por aquí, ven —le dijo Channing. Ya había dado vuelta la esquina en una estantería, y Ella lo había perdido.

Se apresuró a seguirlo en el laberinto de repuestos gigantes para barcos y cajas de madera. Se perdieron más en el pasillo, y cuando llegaron a las puertas de atrás que Ella había visto cuando inspeccionó el edificio desde afuera, vio un espacio grande. Era lo suficientemente grande como para que cupieran varios camiones.

—Ten —le dijo mientras se quitaba el abrigo—. ¿Lo puedes sostener un momento?

Ella tomó el abrigo, y el aroma intenso de su colonia mezclado con el de su cuerpo la hizo tragar saliva. Tuvo que reprimir el impulso de enterrar el rostro en la tela y beber de esa fragancia.

Channing avanzó hasta una de las estanterías y extrajo una espada.

—No hay necesidad de que me muestres tus movimientos con una espada —le dijo Ella riéndose.

Sin embargo, mientras avanzaba hacia ella con la espada en la mano, la risa se le apagó. De repente, no era más un director ejecutivo ni tampoco un hombre moderno con un costoso traje de vestir hecho a medida. Era un guerrero ancestral y primitivo. Al igual que la noche de la tormenta, en el callejón al lado del bar. Su movimiento cambió, su paso se tornó más masculino, y los movía los hombros de un lado a otro. El rostro se le iluminó como con una luz

interna, una fortaleza que no había notado antes en él. Y demostró la alerta de un predador. De un asesino.

A Ella un instinto le hizo llevar la mano al arma que tenía en la cintura. Channing no estaba jugando ni fingiendo. Esos eran los movimientos de alguien que había hecho eso durante toda su vida. Los movimientos de un experto.

No le costaba imaginárselo en una época diferente, vestido como los hombres que los habían atacado en el callejón. ¿Y si le estaba diciendo la verdad? ¿Y si, por algún milagro, había viajado en el tiempo? La garganta se le secó.

Lo había visto luchar contra hombres que habían parecido verdaderos vikingos. Y la esgrima era un pasatiempo de lo más inusual para un multimillonario… o para cualquiera en realidad.

Channing se apoyó la espada en las palmas abiertas y se la ofreció.

—Sostuve mi primera espada cuando tenía ocho años.

Ella estudió el arma. Tenía entre setenta y cinco y noventa centímetros de largo, casi cinco centímetros de ancho y doble filo. Se preguntó si era difícil de blandir con una mano. ¿Cuánto pesaba? ¿Un kilo? ¿Dos? La empuñadura era hermosa. El pomo probablemente era de plata y tenía unos símbolos nórdicos y unos patrones vikingos. El mango era de una especie de asta envuelta con hilos de plata. La espada parecía nueva, sin uso y suave. Al ser policía, sabía muy bien que un residente de Massachussets podía tener un arma en su propiedad. Como técnicamente el puerto era su propiedad, lo dejó pasar. Sintió el impulso de estirar la mano y tomar la espada en su mano.

—Es hermosa —le dijo.

—Sí —acordó con un anhelo en la voz que Ella no logró comprender.

—¿Te la trajiste contigo cuando viajaste en el tiempo? —Ella se rio ante su propia pregunta.

A Channing se le tensó el mentón, y un dolor le convirtió los ojos en oscuras esmeraldas.

—No, la mandé a hacer aquí.

De seguro, Channing bromeaba acerca de haber viajado en el tiempo. Tenía que estar bromeando.

—Todo esto de los viajes en el tiempo y la época de los vikingos es una metáfora, ¿no?

—Es más fácil de creer eso, ¿no, detective?

Ella posó la mirada en el suelo a sus espaldas, y el hechizo se rompió. Sobre el suelo sucio de hormigón vio rastros de neumáticos.

—¿Y dices que este edificio no se usa?

—Sí, estos repuestos son viejos. Los barcos modernos usan otros repuestos que almacenamos más cerca de los muelles, en el M08.

Ella lo miró en busca de algún indicio de mentira o nervios. Pero Channing volvió a dejar la espada sobre una estantería y se volvió hacia ella.

—De acuerdo —le respondió al tiempo que le devolvía el abrigo—. Tengo que echar un vistazo.

Con el ceño fruncido, Channing aceptó el abrigo. Ella se arrodilló al lado de los rastros y vio que la tierra estaba seca, lo que indicaba que los rastros habían estado allí durante un tiempo. Extrajo el teléfono y tomó varias fotografías.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Channing.

—Tomo fotografías de los rastros de los neumáticos.

Channing miraba los rastros como si estuvieran hechos de lava caliente que ardía.

—No tengo ni idea de dónde vienen.

—Bueno, Hakonson —le dijo con una desilusión que se le asentó en el vientre como un peñasco—, dices que este edificio no se ha usado, pero estos rastros prueban lo contrario. Así que o me estás mintiendo o alguien está utilizando el edificio sin que estés al tanto.

Channing miró los rastros con el ceño fruncido.

—¿Sin que esté al tanto? —masculló.

Ella se acercó a las puertas y estudió el cerrojo. Había evidencias de cierto uso y no tenía ninguna oxidación en las bisagras. El suelo estaba limpio más allá de los rastros. Y las hileras de estanterías que se encontraban al lado de la puerta estaban vacías, a excepción de unas pocas cajas de madera. Ella avanzó hasta una de las cajas.

—¿Entrenas solo aquí?

Las superficies no se encontraban tan polvorientas como las de la parte trasera, y había patrones como si hubieran barrido el polvo con movimientos anchos. ¿Habrían arrastrado cajas, sacos o paquetes de algo?

—Sí.

Ella se acercó más al polvo. No podía ver ningún polvo blanco.

—¿Aquí es donde guardas la espada?

Se acercó a la siguiente estantería y no vio nada diferente.

—Solo mientras entreno. Por lo general, la guardo en el coche.

—¿Y por qué tienes una espada de verdad? ¿Acaso no usan imitaciones en los entrenamientos de esgrima? Para asegurarse de no lastimar a nadie…

Al llegar a la tercera estantería, se quedó petrificada: vio un pequeño montículo de polvo… y algo blanco que destellaba en ella. Se metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y extrajo el kit para juntar pruebas. Channing se detuvo a su lado.

—Me gusta la espada real. Me hace feliz.

Ella se puso los guantes y, con cautela, colocó una porción de polvo en un frasco transparente de veintinueve mililitros. Cerró la tapa y se lo guardó en la chaqueta. En el coche, tenía una prueba de cocaína, y quería someter ese polvo a la prueba en paz porque necesitaría tiempo para obtener los resultados. Cuando terminó, lo miró a los ojos.

—¿Crees que encontrarás cocaína allí? —le preguntó entretenido.

—Puede que sí —le respondió—. Ya lo veremos.

Se movió hacia la siguiente estantería, pero en ese momento, sintió que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Con los guantes puestos, extrajo el teléfono. Era Gloria.

—Hola, Gloria —dijo cuando atendió la llamada.

—Hemos llegado.

—Está bien. Ahora voy.

—¿Todo bien? —le preguntó Channing.

Ella asintió con la cabeza. Estaba segura de que, si podía examinar el sitio mejor, podría encontrar más pruebas potenciales.

—¿Está bien si continúo más tarde? Ha venido Ted.

—¿Ha venido Ted? —le preguntó con lo que parecía una sonrisa genuina, pero… ¿sería también un indicio de alivio? —Entonces permíteme mostrarle el puerto.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Entusiasmado, Ted los saludó con la mano desde el otro lado de la puerta de seguridad, y Channing le devolvió el saludo mientras se bajaba del coche.

Tras soltar la mano de Gloria, Ted echó a correr hacia ellos y se aferró a los barrotes con las manos enguantadas.

—¿Ahora puedo ver los barcos, Ella? ¿Por favor?

Ella se bajó del coche y caminó hacia él.

—Ted, cariño, ya habrá otra ocasión. Tengo que trabajar, y estoy segura de que el señor Hakonson está muy ocupado.

A Channing se le derritió el corazón al ver el rostro del niño lleno de esperanza. Bryan estaba sentado en el coche y miraba a todos con el ceño fruncido. Gloria se acercó a Ted y le dio un beso en la cabeza cubierta con un gorro de lana.

—Pórtate bien. ¡Gracias, Ella!

Ted asintió con la cabeza.

—Siempre me porto bien, mamá.

Gloria le echó un vistazo a la calle que se extendía detrás del coche.

—Ella, quizás no sea mala idea que se queden un rato en el puerto.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

Gloria soltó un suspiro.

—Algunas calles están completamente bloqueadas por la manifestación contra el hambre. La tormenta ha generado muchas demoras en la distribución de alimentos, y cada vez hay más gente pasando hambre en la calle.

—Pero ¿cómo vas a llegar al hospital? El Hospital General de Massachusetts se encuentra en el centro de la ciudad.

—Vamos a estar bien. Tu padre conoce las mejores rutas. Y no podemos faltar a la cita.

—Entonces, deja que lo lleve yo, y tú te quedas con Ted.

—No, está bien. —Se acercó a Ella—. Es más probable que tu padre me haga caso a mí que a ti.

Channing volvió a mirar a Bryan, que lo fulminaba con la mirada. Pero no importaba. Había visto un destello de esperanza cuando Ella recibió la llamada de Gloria. Y daría lo que fuera con tal de mantener esa esperanza. Medio millón de dólares no era nada.

Ella asintió e hizo un gesto para que Ted cruzara la puerta de entrada. Gloria le dio un beso a Ella, se dio media vuelta y regresó al coche.

Mientras Ted y Ella avanzaban hacia él, Channing se percató de que estaba preocupada. Gloria tenía razón. Se encontrarían más a salvo en el puerto, hasta que se calmara la manifestación. Además, no estaba dispuesto a dejarla ir todavía, y su hermano le caía muy bien.

Channing le apoyó la mano en el hombro a Ted.

—Bueno, amigo, ¿estás listo para ver algunos barcos?

Ted clavó la mirada en las partes de los barcos llenos de contenedores que sobresalían por detrás de los depósitos y la línea de contenedores apilados unos encima de otros. Con los ojos abiertos de par en par, asintió con la cabeza.

—En ese caso, vamos.

Channing intercambió una mirada con Ella. Cuando se volvieron a subir al coche y condujo, Ella, que estaba en el asiento del pasajero, se le acercó.

—Gracias por esto. Sé que te interrumpimos el día.

Channing le ofreció una sonrisa. Lo cierto era que podía pasarse el día conduciendo con Ted en el coche. Era extraño, pero una

imagen le llenó el corazón: él y ella, como una pareja que vivía en los suburbios, y llevaba a su hijo al zoológico. Caminaban agarrados de la mano e intercambiaban miradas llenas de felicidad. Era la primera vez en toda su vida que pensaba en el futuro con una mujer. Y ese futuro no se encontraba en el siglo IX. Se encontraba allí. Tras tomar una profunda bocanada de aire para deshacerse de esa sensación que le pesaba como un peñasco, se concentró en el camino por delante.

—Es un placer, detective. Lo digo en serio. Ted es un gran chico, y no tengo con quién compartir mi pasión por los barcos.

Miró por el espejo y vio que Ted estaba prácticamente pegado contra la ventanilla del coche. Soltó el aliento e intentó ignorar el dolor en el corazón al pensar en su propio hermano y recordar la ocasión en la que su padre los había llevado a comercializar con las tribus del mar Báltico. John había estudiado la costa plana y arenosa con los ojos abiertos como la luna llena y con el brillo del espíritu de la aventura y la exploración.

—Los barcos son libertad —dijo Channing—. El mar es vida. Por eso me encanta todo lo que guarda conexión con el océano.

Sintió la mirada de Ella en él como un cosquilleo cálido.

—¿Quién eres? —le preguntó en un susurro—. ¿Quién eres en realidad?

Su rostro se suavizó.

—Simplemente un hombre perdido que busca la manera de regresar a casa.

La respuesta la hizo parpadear con los ojos llenos de lágrimas. Se miraron a los ojos por lo que pareció una eternidad y, en ese momento, hubo una promesa de todo. De un futuro que era posible y de un pasado que no existía.

—¿No te gusta esto? —le preguntó.

Lo que quería decir era que en ese instante no era un sospechoso, ni un director ejecutivo, ni un multimillonario. Y ella no era una detective de la policía investigándolo. Al final de cuentas, él era un hombre, y ella era la mujer más hermosa del mundo.

Antes de responderle, asintió con la cabeza.

—Sí.

Mientras conducían, Channing iba señalando los barcos que estaban amarrados en el muelle, al lado de las grúas para contenedores y le contaba a Ted acerca del peso, de dónde venían y cuántos contenedores llevaban. También le habló de cómo estaban construidos y le explicó que un puerto como el de Boston tenía que darles la oportunidad de realizar obras de mantenimiento. En el trayecto, le habló acerca de la historia de los barcos y de que, si bien en la actualidad los barcos se construían con fibra de vidrio y metal, los primeros barcos de la historia se construyeron con madera.

Al final del muelle, se detuvieron y se bajaron del coche.

—Mira. —Channing señaló un barco que navegaba con la ayuda de un navío remolcador—. ¿Ves ese barco pequeño?

Ted asintió con la cabeza.

—Es un barco remolcador. Aunque es muy pequeño, ese barco ayuda a las naves enormes a alcanzar el puerto de manera segura.

—¿De verdad?

—Sí —respondió Channing intercambiando una sonrisa con Ella, que miraba encantada a su hermano—. A veces, alguien enorme se puede hundir sin la ayuda de alguien pequeño. A veces, eso es todo lo que se necesita: alguien pequeño.

Ted asintió con la cabeza sin quitar la mirada del barco que llegaba lentamente.

—¿Cómo se llama?

Channing entrecerró los ojos. El carguero navegaba bajo la bandera noruega. Mientras se iba acercando, Channing dejó de respirar y sintió que se le congelaba la sangre.

—Naglfar —respondió en un murmullo.

—¿Y qué lleva? —le preguntó Ted.

«Un reactor nuclear…». De repente, toda la calidez y la sensación de normalidad, así como también cualquier pensamiento esperanzador, se le evaporó de su cuerpo. ¿Qué hacía el barco allí? Llegaba demasiado temprano.

—Eh… Es un carguero, amigo. Lleva todo tipo de bienes. Es probable que este lleve petróleo, porque viene de Noruega, y allí excavan el mar del Norte para extraer petróleo.

La boca de Ted formó una O perfecta.

—Ven —le dijo Channing—. Vamos a ver otros barcos.

—¿Dónde queda Noruega? —le preguntó Ted como si no lo hubiera oído.

—En Europa —le respondió Ella.

«Es donde nací».

—Vamos —repitió Channing—. Vamos a ver otra cosa.

Sabía que sonaba preocupado y que Ella lo había notado. En ese momento, lo miraba con el ceño fruncido, pero luego se concentró en el navío.

—Quiero ver el petróleo de Noruega —dijo Ted con terquedad.

«Mierda».

—¿Sabes qué? Yo también —dijo Ella.

«Traidora…».

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y luego miró el barco que llevaba el destino de Channing a bordo, junto con una sentencia a cadena perpetua.

Al cabo de casi media hora, el barco llegó al embarcadero. Se encontraba tan cerca, que Channing podía ver cada marca de la popa cubierta por sal marina. Ted recorrió el barco con la mirada como si fuera un milagro que acababa de llegar a sus pies. Luego frunció el ceño y miró el casco; algo en el metal le llamó la atención.

—Channing, ¿qué es eso? ¿Un mejillón?

Channing entornó la mirada y el horror le invadió los huesos como el nitrógeno. En el metal había…

—Es la uña de un ser humano —repuso Ella perpleja.

¿Cómo podía estar allí? Era como la profecía acerca del Ragnarök. «Naglfar, el barco hecho con uñas, navegará con todas las personas del Hel, y en el timón se encontrará Loki, el dios de las travesuras».

Aunque Channing no podía ver a Loki o a nadie de la tierra de los muertos, un escalofrío lo recorrió. Cada vez ocurrían más cosas raras en el mundo… y todo parecía indicar el Ragnarök. Si de verdad estaban enfrentándose al mítico Fimbulvetr, que mantendría al planeta entero sumergido en el hielo durante tres años, el final del mundo era inevitable.

Pero ¿el reactor nuclear sería el último elemento que se necesitaba para provocar el Ragnarök a través de alguna especie de desastre ambiental? ¿Acaso utilizar la máquina del tiempo sería lo que acabaría por destruir todo? De ser así, ¿debería detener su proyecto? ¿Debería abandonar el intento de regresar al siglo IX? ¿Debería dejar que su familia muriera? No. ¿Quién podía decir que, en efecto, se trataba del Ragnarök? De solo pensar en dejar que su familia muriera se le desgarraba el alma. No podría vivir consigo mismo si no lo intentaba.

Un ruido a sus espaldas lo hizo girarse. Un todoterreno negro se detuvo detrás de su coche, y alguien bajó una ventanilla. En una parte de la calle, detrás del vehículo, Channing vio algo que lo hizo querer frotarse los ojos: una multitud.

La gente marchaba por la calle que conducía a la puerta principal del puerto. Ella apoyó las manos sobre los hombros de Ted.

—Channing… —comenzó con un tono de advertencia.

Channing no despegó la mirada del vehículo negro.

—Aguarden aquí. Quédate con Ted.

Caminó a grandes zancadas hacia el vehículo y en la oscuridad del interior vio a Leo Esposito. Dudaba que Ella pudiera verlo desde la distancia. Channing colocó las manos sobre la puerta que tenía la ventanilla baja.

—¿Qué mierda pasó? Me dijeron que la Naglfar llegaría en tres días.

Leo Esposito ladeó la cabeza.

—Sí, ese era el plan.

—Y entonces ¿qué hace aquí?

—¿Por qué no estás contento? Por lo general, la gente se enfada cuando las cosas no llegan a tiempo. Tú has recibido el encargo antes. Alégrate.

—La logística de todo esto es una mierda —le dijo Channing apretando los dientes.

Leo miró a Ella.

—¿Porque tienes a una hermosa detective con su hermano de visita?

Por el trasero de Odín, ¿cómo lo sabía?

—Ya sabes que la policía ha encontrado algunos de tus contenedores.

—Sí. Y van a descubrir varios más. ¿Has pensado en mi propuesta?

—No.

—¿No lo has pensado o no vas a trabajar conmigo?

Channing solo tenía que retrasarlo unos días más.

—No lo he pensado.

—Bueno, hasta que lo hagas, puede que este argumento te persuada. —Leo miró por la otra ventanilla a la multitud que se acercaba—. Se ha corrido el rumor entre los manifestantes de que han llegado muchos alimentos al puerto a pesar de la tormenta.

Channing perdió toda expresión del rostro.

—¿Cómo has dicho?

—La gente con hambre es una fuerza peligrosa, Hakonson. Espero que sepas que esta es solo una manera en las que puedo ser persuasivo. Tienes tres días más para darme tu respuesta.

Acto seguido, subió la ventanilla, y el coche se alejó por otra calle.

Una parte de la multitud se volvió hacia uno de los depósitos, y Channing oyó gritos de dolor. De repente, fue como si alguien hubiera tocado un interruptor, y la multitud rugió. Los manifestantes entraron corriendo en el depósito. Muchos llevaban palos, pero Channing también vio armas que destellaban.

—¡Súbanse al coche! —gritó sin volverse. —Los dos. —Como no se movieron, miró por encima del hombro—. ¡De inmediato, Ella!

Ted tenía los ojos abiertos como plato y llenos de terror. Ella lo condujo al coche. Mientras Ted se subía, Channing notó lo conmocionado que estaba el pobre muchacho. Tenía el rostro pálido y le temblaba el labio inferior.

Desde el interior del depósito, se oyeron gritos y ruidos de disparos.

—¡Al coche! —gritó de nuevo mientras se subía al asiento del conductor, y Ella se subió al del acompañante, y Channing pisó el acelerador hasta se oyó el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto.

—Ted —lo llamó Ella—. Todo va a salir bien. Ya sabes que soy una oficial de la policía y que tengo un arma para protegerte.

—Sí.

—De acuerdo. Muy bien. Voy a sacar el arma, pero solo por protección, ¿sí? Todo va a estar bien.

Ted asintió con la cabeza, pero el labio inferior le seguía temblando. Ella se llevó la mano a la funda de la pistola.

—Muy bien. —Extrajo el arma y se la apoyó contra el regazo.

Mientras pasaban por delante de los depósitos, los techos metálicos destellaban bajo el sol. Ella se volvió a mirarlo.

—¿Quién estaba en ese coche?

Tras maniobrar para tomar una segunda calle que corría en paralelo al puerto, Channing soltó una maldición. Esa calle también estaba atestada. Solo había dos calles desde ese punto hasta los edificios de oficinas. Delante de ellos se dispararon algunas armas, y la multitud entró en un depósito. Debieron de haber encontrado comida porque algunos salieron de los edificios con cajas, mientras que otros intentaban quitárselas de las manos.

«El mundo en que los hermanos se matarán entre ellos… La era del lobo… La era del hambre…».

—No importa quién estaba en el coche —gruñó Channing apretando los dientes—. Lo que importa es cómo saldremos de aquí.

—Conduce —le dijo Ella.

Channing asintió y aceleró el coche. En ese momento, lo más importante era que el niño que iba en el asiento trasero y la mujer que iba a su lado sobrevivieran eso. Mientras se acercaba a la multitud, vio que sus empleados luchaban contra los manifestantes y soltó una maldición. No le importaban las pérdidas financieras. Le importaban las vidas de las personas por las que era responsable. Los manifestantes podían llevarse toda la comida en lo que a él respectaba. Las entregas de aguacates, bananas, arroz y otras frutas y verduras se habían vuelto cada vez más infrecuentes, pero aún llegaban algunos comestibles.

Mientras se aproximaban a la multitud, la gente se volvió a mirar el coche. Aunque algunos rostros tenían la piel roja y curtida, otros iban vestidos con prendas de invierno normales: chaquetas inflables,

abrigos y gorros. La mayoría ni siquiera parecía estar en situación de calle. Parecían personas comunes y corrientes, pero la desesperación y la desesperanza que reflejaban sus rostros decían más que cualquier otra cosa. A lo mejor, Channing no era el único que sabía que eso no acabaría bien.

Channing bajó la ventanilla.

—Baja el arma —le dijo a Ella.

Tuvo que detener el coche porque la multitud no se movía. Muchos luchaban por comida, mientras que otros masticaban aguacates inmaduros.

—¿Qué haces? —le preguntó Ella en un susurro.

Channing se acercó a la ventanilla.

—¡Oigan, chicos! ¡Richardson! —Uno de los trabajadores que estaba sosteniendo un cajón que le había quitado a un manifestante alzó la mirada para verlo—. No se opongan, denles lo que quieran.

Richardson frunció el ceño.

—Pero señor Hakonson…

—No se preocupen. Nadie estará en problemas. Denles la comida.

Richardson asintió con la cabeza y le entregó el cajón a una mujer. Antes de que Channing pudiera subir la ventanilla, uno de los hombres que se encontraba cerca del coche lo miró con el ceño fruncido.

—¿Hakonson? Eres el dueño del puerto, ¿no?

Algo en el tono del hombre, lleno de malicia, hizo Channing se estremeciera.

—Sí —le respondió—. Déjanos pasar.

—Oigan —el hombre llamó a la multitud—. Él es uno de ellos. Uno de los privilegiados. Uno de los más adinerados.

La multitud se quedó paralizada, y Channing tuvo la horrible sensación de que todos se volvieron a mirarlo en el mismo instante. ¿Qué podía responder ante eso? Sí, era uno de los más adinerados. Y era evidente que lo culpaban por sus adversidades, pero ¿era el responsable de eso?

«Eres el motivo del Ragnarök», recordó las palabras de Eirik. ¿Acaso la *völva* tendría razón? ¿Y si su presencia en la época de los

vikingos había sido un error? En la actualidad, intentaba torcer la magia por motivos personales y se valía de la ciencia para forjar su destino. ¿Sería ese el motivo por el que todo acabaría? El estómago se le retorció al tiempo que se le formaba un nuevo pensamiento… ¿Acaso su muerte salvaría al mundo? No, no podía ser… Se negaba a creerlo.

Channing apretó la mano contra el volante.

—Déjennos pasar. No quiero que nadie resulte herido.

—Hijo de puta —soltó el hombre—. Eres tú, ¿no? Todo es tu culpa. El cambio climático, la hambruna. Los ricos se vuelven más ricos, mientras que los pobres, más pobres. —El rostro curtido del hombre se arrugó hasta transformarse en una máscara de ira—. Vas a pagar.

Se lanzó sobre el coche y abrió la puerta. Channing apretó el botón para trabarla, pero fue demasiado tarde, y la puerta se abrió de par en par. La multitud rugió, y un conjunto de manos y brazos se movieron para sujetarlo y bajarlo del coche. Ted soltó un grito agudo parecido a una sirena.

—¡Suéltenlo! —gritó Ella mientras jalaba de Channing para volver a subirlo al coche—. ¡Suéltenlo!

Channing pateaba y empujaba, golpeaba rostros, hombros y brazos, pero eran demasiado fuertes. Y eran demasiados. Lo bajaron del coche, y alguien le asestó un puñetazo en el rostro. Un dolor le explotó en la sien, pero no se tambaleó. Se quedó de pie y, con un rugido, recurrió a la furia de batalla que los dioses le habían brindado a lo largo de su vida. La multitud se detuvo un instante, y todos lo miraron con los ojos llenos de perplejidad.

—¿Quieren luchar conmigo? —les preguntó—. Una pelea de hombre a hombre, de uno a uno, es justa. Esto es una locura. —En el coche, Ella lo miraba con los ojos abiertos como platos. Channing sabía que quería ayudar, pero tenía que pensar en su hermano, y Ted seguía soltando el mismo chillido agudo. El niño la necesitaba. —¡Ella, lárgate!

—¡Púdrete! —le gritó un hombre grande y robusto con el rostro gris y los dientes negros típicos de un adicto a las drogas. Luego tiró el cajón que sostenía contra el asfalto. La madera explotó en astillas

y palos, y varios aguacates salieron rodando sobre la nieve. Tomó uno de los palos con dos clavos que sobresalían. Otros hombres siguieron el ejemplo y tomaron sus propios palos.

—Nos has jodido —dijo el primer hombre— Y es momento de pagar, maldito ricachón.

Channing apretó los puños, listo para luchar.

—¡Vete, Ella! ¡Largo!

Antes de que el primer hombre alzara las manos con el palo para asestarle un golpe, Channing vio por el rabillo del ojo que Ella se había acomodado en el asiento del conductor y tenía una mano apoyada en el volante. En la otra mano sostenía el teléfono, pero los ojos preocupados no se despegaban de él. Era probable que estuviera llamando para pedir refuerzos. Y tarde o temprano, la policía portuaria y la seguridad de aduana iban a llegar. Debían de estar en camino. Solo tenía que aguantar unos momentos más.

El palo con los clavos le pasó por delante del rostro cuando el hombre lo blandió. Channing lo esquivó, pero algo afilado le golpeó un riñón y lo dejó sin aliento. Cuando vio otro palo cerca, devolvió el ataque y golpeó al hombre en el brazo para desviarlo. El sujeto perdió el palo, y Channing lo atrapó en el aire. Logró desviar el siguiente ataque, pero el rugido de la multitud que lo rodeaba se intensificó. Cada vez se acercaba más gente a atacarlo; gente que detestaba que el hombre al que culpaban de todos sus problemas se estuviera defendiendo.

Alguien le asestó un golpe en la nuca, y el mundo se sumergió en una neblina blanca de dolor. Cegado, blandió el palo con movimientos horizontales anchos y furiosos y golpeó a alguien. Oyó el gruñido de dolor del hombre, pero de pronto le comenzaron a asestar golpes que se sintieron como una caída de granizo.

Channing siguió luchando, pero supo que no podía ganar. Solo podía atrasarlos. De pronto oyó una explosión fuerte y le pareció oír un hueso romperse. Pero quizás solo era un disparo.

No lo supo. El mundo se movió bajo sus pies y se cayó. La calle cubierta de hielo bajo el rostro lo recibió como una almohada acogedora, y el rugido de la multitud desapareció. Todo se redujo a un zumbido alto y salvaje en los oídos.

Y luego no hubo más nada.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

Ella vio que Channing se caía y desaparecía entre la multitud. A pesar de su entrenamiento y de los años en el trabajo, el terror la dejó anclada en su lugar. Sabía lo peligrosa que podía ser una multitud enfadada, y lo mucho que podía perder el control la gente racional. Y Channing se encontraba desarmado y a merced de ellos.

El chillido agudo de Ted alcanzó un nuevo volumen a sus espaldas. Sentía como si todo estuviera escalando a su alrededor… y alrededor del mundo. ¿Podría estar llegando el final del mundo? Y si Channing era la causa de algún modo, ¿acaso dejarlo morir los salvaría a todos? La idea la hizo sentir náuseas, y un ácido acre se le formó en el estómago. La multitud soltó un rugido y comenzó a empujarse para intentar ponerle las manos encima.

«¡Haz algo!». Ella recordó el día en que le habían disparado a su padre y había creído que había llegado el final y se convertiría en una huérfana. El dolor la había aplastado por dentro y la había hecho sentir sola y abandonada. Casi lo había perdido. Y ahora podría perder a Channing.

La realidad se detuvo. Se congeló como una película pausada. El chillido de Ted se apagó. Ella se dio la vuelta para mirarlo: tenía la boca abierta, las manos apretadas contra los oídos, la nariz arrugada y la mueca de un grito sin fin.

Los sonidos de la multitud se amortiguaron, como si Ella se hubiera sumergido bajo el agua. Se bajó del coche respirando entre

jadeos. Tenía el arma en la mano. ¿Cómo podía haber detenido el tiempo? ¿Estaría soñando? No, eso era real. Tan real, que asustaba.

No podía ver a Channing por la multitud, pero sabía que debía de estar allí, en lo que parecía un pequeño embudo en el que la gente lo rodeaba y probablemente lo estaba moliendo a golpes.

Tenía que ayudarlo. Tenía que salvarlo. Más tarde podría pensar en ese extraño suceso del tiempo detenido. Alzó la mano en el aire y disparó el arma. Tras la explosión que resonó en el aire, el tiempo reanudó el paso normal. De inmediato, todo se paralizó de un modo distinto. Ted dejó de gritar, y la multitud se quedó quieta y luego se volvió hacia ella. El estómago le dio un vuelco, y los pies se le convirtieron en plomo. Así debía de sentirse una hormiga ante la fuerza imparable de un pie humano a punto de aterrizar sobre ella.

¿Cómo podría detenerlos a todos sola? No dispararía hacia la multitud. Pero al instante, en el silencio mortal, se oyó el aullido distante de un lobo, seguido de un correteo con gruñidos que se acercaban y sonaban cada vez más cerca.

Eran los lobos. Había varias decenas de ellos, quizás hasta cien animales, que emergieron de la esquina de un depósito en un mar de piel gris y marrón. Los colmillos destellaban mientras los enterraban en las manos, los cuellos y las piernas de los manifestantes… Los gruñidos de predadores mortales y los gritos de personas aterrorizadas le congelaron la sangre. Ella sintió frío y se quedó perpleja. La misma escena del bordado de su madre se desarrollaba delante de sus ojos.

De pronto, se dispararon algunas armas entre la multitud y se oyeron gritos adoloridos tanto de animales como de seres humanos. Ella les apuntó el arma a los animales, pero en el enredo salvaje de hombres y bestias, no logró discernir a dónde estaba disparando y qué objetivo seguir.

Las sirenas fueron sonando cada vez más cerca. La multitud se olvidó de Channing y echó a correr. A Ella se le aceleró el corazón del alivio cuando la policía portuaria, las ambulancias y la policía de Boston comenzaron a llegar. Al poco tiempo, detuvieron y arrestaron a muchas personas en la multitud.

Como si supieran que los oficiales no lastimarían a Channing, los lobos no los atacaron. Mientras la multitud se disolvía, los animales rodearon a Channing como lo habían hecho durante el ataque de los vikingos, le lamieron las heridas y clavaron la mirada en los humanos uniformados con una advertencia fría en los ojos.

Ella se acercó con cautela a los animales y tomó consciencia de que las manos le temblaban bajo las miradas cautelosas. Sin embargo, no le hicieron nada. Por el contrario, se marcharon como un viento grisáceo y amarronado y desaparecieron detrás de los depósitos.



Doce horas después, Channing yacía inconsciente gracias al sedante que le había dado el médico en la sala de urgencias. Tenía los ojos cerrados y las pestañas largas, oscuras y enrizadas proyectaban unas pequeñas sombras por las luces del hospital. El pecho le subía y bajaba con suavidad, pero estaba pálido como un muerto. Tenía la frente cubierta de sudor y la bata azul del hospital con un patrón geométrico se veía rara en él. Le habían vendado el hombro y, Ella supuso que la herida en el lateral también. Había algo terriblemente fuera de lugar en el hecho de ver a un hombre como Channing Hakonson, la imagen de la fuerza y el poder masculino, inconsciente en la cama de un hospital. Verlo tan indefenso y vulnerable hizo que le diera un vuelco el estómago.

«Por favor, no te mueras…». Pero qué tonta. Por supuesto que no se iba a morir. El médico se lo había dicho. Había perdido mucha sangre, pero según los estudios que le habían hecho, por fortuna los clavos no le habían perforado ni dañado ningún órgano. Los médicos le habían suturado las heridas y se encontraba fuera de peligro.

Ella anhelaba tocarlo. Si se encontrara consciente, jamás habría hecho nada semejante, pero como estaba fuera de sí, nunca lo sabría. Estiró la mano temblorosa y le apartó un mechón de cabello oscuro y cubierto de sudor de la frente. Tenía la frente suave, y olía a él: el aroma térreo a hombre mezclado con algún champú o gel de

ducha que le remitía a largos viajes marítimos, montañas altas con bosques vírgenes y aire fresco como el hielo. Estudió la marca de nacimiento pálida e irregular, con forma de corazón, que le cubría la parte izquierda de la sien y se preguntó si la habría heredado de su madre o de su padre. ¿Qué le habría pasado a su padre, cuyo nombre no aparecía en el certificado de nacimiento? Si Channing de verdad era un vikingo que había viajado en el tiempo, una idea a la que empezaba a acostumbrarse tras haber detenido el tiempo ella misma en más de ocasión, debía echar mucho de menos a su familia.

Y, ahora, Ella podría perder a su padre. No había estado en el hospital desde que le habían disparado a su padre. El olor del Hospital General de Massachusetts le produjo un cosquilleo en las fosas nasales, y le elevó los niveles de ansiedad. Tras seguir a las ambulancias, había llegado al hospital con Ted, y se había encontrado con Gloria y su padre, que lo habían llevado a casa. La buena noticia había sido que el médico de su padre les había dicho que quería operarlo en unos días. Luego de la operación, su padre recibiría un tratamiento de radiación con un nuevo método de quimioterapia, que estaba en la fase experimental, pero que parecía de lo más prometedor.

Nadie había ido a ver a Channing. Ni un amigo, ni un familiar. A nadie le importaba si vivía o moría. Y Ella no podía dejarlo. No era nadie para él; solo una mujer con la que se había acostado algunas veces, una mujer que intentaba encontrar el modo de ponerlo tras las rejas.

Ricardo había pasado, y Ella le había dado la matrícula del todoterreno negro. Tras regresar a la comisaría, su compañero lo había investigado y había descubierto que el vehículo estaba registrado con el nombre de una empresa de repartos de flores y que no tenía nada de sospechoso a primera vista. También había recogido la muestra del polvo blanco para llevarla al laboratorio, y en ese momento la estaban examinando para ver si era droga. Sabía que el laboratorio podía encontrar cocaína en la muestra y que debería mantener la distancia de un sospechoso que ya se

encontraba comprometido, pero no podía apartarse del lado de Channing.

Se preguntó qué había ocurrido allí y por qué no había usado el arma antes. De haberlo hecho, Channing no se encontraría herido en un hospital. El mundo se estaba volviendo loco. Ella debía de haberse vuelto loca. Las personas se habían atacado unas a otras, habían irrumpido en el puerto… y habían intentado asesinar a Channing, que básicamente les había dicho que se llevaran los alimentos que quisieran.

El invierno había azotado el mundo entero con tanta fuerza que tanto las personas como los animales sufrían por la falta de alimentos. Los animales salvajes cada vez se acercaban más a las ciudades en busca de comida y calidez… y eso podría llegar a explicar la presencia de los lobos. O quizás al igual que las ratas en un barco en hundimiento, presentían que estaban a punto de morir y huían… por más que no hubiera a dónde escapar. Esa idea la perturbó.

Frotó los nudillos contra la mejilla de Channing y sintió la barba incipiente contra la piel. La sensación le hizo pensar en el beso que habían compartido, en el modo en que la lengua le había rozado la suya, y cómo la barba le había quemado los labios, cómo se había derretido en sus brazos y se había convertido en miel cálida.

Channing abrió los ojos. Los tenía nublados de somnolencia, pero fijos en ella. Ella sintió una ola de conmoción y vergüenza, pero no pudo moverse. Estaba hipnotizada. No existía nada ni nadie a su alrededor. El reloj se ralentizó, y le vio tanta calidez, tanto amor y alivio en los ojos, que perdió la capacidad de respirar.

—Eso se siente bien… —susurró Channing. Ella le apartó la mano del rostro como si estuviera ardiendo—. Ella… —la llamó con la voz ronca.

Ella tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Estás bien? —le preguntó frotándose la mano, que se sentía entumecida y fría sin la calidez de su piel.

—*Já* —le respondió. Significaba «sí» en nórdico antiguo, y Ella lo supo por instinto. Una vez más podía entenderlo, pero no sabía cómo—. Estoy bien.

Se incorporó sobre los brazos e hizo una mueca.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No.

—¿Estás seguro?

—Estoy bien. ¿Qué haces aquí?

Ella se aclaró la garganta y se apartó un momento mordiéndose el labio. Había tenido que quedarse con él para llenar la información en el reporte del incidente. Pero, si tenía que ser honesta, ese no era el único motivo por el que se había quedado. Simplemente no podía dejarlo en ese estado.

—Tenía que completar el reporte de la policía. No tenías a nadie como contacto de emergencia. ¿Quieres que llame a alguien?

—No hay nadie a quien llamar —le dijo—. ¿Cuándo me puedo marchar de aquí?

Se volvía a mostrar frío, duro y distante. La calidez y la luz que habían compartido cuando recién abrió los ojos habían desaparecido.

—Déjame llamar a la enfermera —le dijo y salió de la habitación. ¿Cómo podía ser que no tuviera a nadie que lo cuidara? ¿Qué tipo de vida llevaba? ¿Por qué era tan solitario? La respuesta encajaba con la explicación descabellada del viaje en el tiempo. Ella negó con la cabeza y se recordó que había muchas personas que tenían vidas solitarias.

Encontró a la enfermera, que se acercó a la camilla de Channing con una bandeja que tenía gelatina y agua y lo puso al corriente de su estado: tenían que retenerlo en el hospital uno o dos días más para monitorearlo. Además, necesitaba antibióticos y suero. Había perdido bastante sangre, pero las heridas de los clavos no le habían puesto en riesgo la vida.

—Estoy bien —masculló—. No tengo tiempo para quedarme aquí. Me gustaría que me den de alta.

La enfermera frunció el ceño.

—No, de verdad…

—Me pueden dar de alta en contra de las indicaciones médicas, ¿no? —le preguntó.

—Claro, pero señor…

—Prepare los formularios, por favor.

—Déjeme llamar a la médica primero. Quizás ella se lo pueda explicar mejor.

La enfermera se marchó con el ceño fruncido.

—No estás nada bien, amigo —le dijo Ella cruzándose de brazos.

Channing abrió la gelatina y tomó una cucharada.

—No te preocupes por mí.

—¿Y a dónde tienes que ir con tanta prisa, si se puede saber?

—¿No viste lo que pasó en el puerto? Han violado la seguridad. Tengo que ver los daños, y no lo puedo hacer desde el hospital. Además, mis heridas no son tan malas.

De repente, se sintió enfadada con él. Channing era otro hombre terco que se rehusaba a recibir ayuda médica. Acababa de convencer a su padre de que aceptara el tratamiento que podría salvarle la vida o que al menos le permitiría vivir más tiempo.

—No hay quien entienda a los hombres —masculló—. ¿Cuál es el problema de recibir ayuda?

Channing la miró con el ceño fruncido.

—Nosotros, los hombres, creemos que se hace mucho alboroto por nada.

—¿Nada? —soltó y se sentó en la silla al lado de su cama—. Mi padre se está muriendo de cáncer.

Channing tragó la gelatina y se llevó otra cucharada a la boca, pero hizo una mueca, como si le hubiera sabido amarga.

—Sí, me lo has dicho.

—Alguien ha hecho una donación anónima que cubre las cuentas médicas. ¿No sabes nada al respecto?

—No.

Ella se apoyó contra el respaldo de la silla.

—¿Y si sugiero que tú has hecho la donación?

—¿Cuál sería el inconveniente si la hubiera hecho?

—¿Comprendes las consecuencias que podría haber si alguien lo descubre?

—Me alegra que tu padre reciba el tratamiento.

Ella negó con la cabeza y soltó un suspiro largo. Lo recorrió con la mirada. Se veía de lo más serio y pálido, y, aunque se las ingeniaba para comer gelatina, podía ver que las manos le

temblaban. A pesar de que se veía débil y pálido, seguía siendo tan atractivo como un dios nórdico.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dijo acercándose y se sentó en la silla contigua y apoyó los codos sobre la cama—. Y quiero que me digas la verdad. Sin mentiras. Digamos que naciste en otra época y que las nornas te trajeron aquí. ¿Qué estás haciendo? Quieres algo, ¿no?

Él la estudió con una expresión de anhelo extraña.

—No todos tienen la suerte de tener a su familia viva —le dijo con una suavidad que la sorprendió—. Leí en un manuscrito antiguo que mi familia murió en un incendio horroroso. Tengo que regresar a su época y salvarlos.

—¿Con una máquina para viajar en el tiempo?

Soltó el aliento. Durante un tiempo no respondió, como si estuviera pensando en la respuesta. Algo oscuro le pasó por la mirada y, cuando la vio a los ojos, se había erguido una pared de piedra.

—No tengo ninguna habilidad mágica. Por eso, me valgo de la ciencia.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Eso sí lo creo.

Channing comió otra cucharada de gelatina.

—¿De verdad?

—Sí, me puedo imaginar que hay científicos descabellados alrededor del mundo intentando hacer lo mismo. Aunque eso no significa que se pueda lograr.

Channing dejó el pote de gelatina vacío sobre la mesa.

—Por desgracia, eso es cierto.

—Pero si te concibieron en este siglo, tu padre debe ser de aquí.

Eso lo hizo congelarse. Cualquier chispa de vida se le desvaneció de la expresión, como si una fuerte ráfaga de viento hubiera apagado una vela.

—¿Qué? ¿Sabes quién es?

Channing asintió con la cabeza.

—Mi madre no quería tener nada que ver con el hombre que me engendró, y yo tampoco.

Ella tragó con dificultad. Había algo en esa historia con lo que se podía sentir conectada. Algo en su voz, un dolor, que ella también conocía.

—¿Por qué? —le preguntó.

Channing jugueteó con la cuchara de plástico.

—Porque la violó, y así es como yo llegué a existir.

Ella había conocido a muchas víctimas de violación durante los primeros cinco años que había trabajado como policía y patrullando las calles y estaba muy familiarizada con lo mal que lo pasaban. También había conocido a los hijos de las víctimas de violación, muchos de los cuales a veces eran testigos de los abusos en sus propios hogares. El corazón se le había roto cada vez que había tenido que hablar con ellos y escuchar sus historias. Conocía suficientes casos como para saber que ese tipo de heridas no eran fáciles de sanar.

—Lo siento —le dijo.

Channing se rio.

—Sí, bueno, hay cosas que no se pueden cambiar, sin importar lo mucho que uno quiera.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto.

Pensó en su propia madre y en el millón de formas en que podría intentar ser mejor y cambiar para que su madre la amara y se quedara a su lado. Pero, como Channing había dicho, eso era imposible.

—Ya lo sé. —Se miró las manos y soltó el aliento para deshacerse del doloroso nudo que se le había formado en el pecho.

Le resultaba muy difícil hablar del tema, unas agujas se le clavaban en los pulmones mientras intentaba pronunciar las palabras. Era su secreto más oscuro, un dolor que llevaba por dentro y no le mostraba ni siquiera a su padre. Era como un antiguo cuadro grande y feo que colgaba de una pared y del que alguien quería deshacerse de él, pero no podía. En cambio, intentaba ignorarlo, pero seguía allí; estaba siempre presente, arruinando la habitación sin importar a dónde se mirara.

—¿Estás pensando en tu madre? —le preguntó Channing.

Ella alzó la mirada hacia él. En sus ojos vio tristeza, pero también algo más: dolor. Arrepentimiento. Ternura. Ella asintió con la cabeza.

—Fue una tonta por haberse marchado, Ella. Pero deberías saber algo. Y te lo digo teniendo presente tu mejor interés. —Los ojos se le oscurecieron y le brillaron con intensidad—. Cuando mi máquina para viajar en el tiempo funcione, me marcharé. Así que sin importar lo mucho que me cueste saciarme de ti, mantente alejada de mí. No soy el hombre indicado para ti.

Ella parpadeó ante el dolor repentino que le generaron esas palabras. Pero antes de que pudiera responder nada, sintió que el teléfono le vibraba. Agradecida por la distracción, atendió la llamada sin ver quién era.

—O'Connor —le salió casi como un ladrido contra el aparato.

—Habla Petersen, del laboratorio. Tenemos los resultados de tus muestras. En el polvo había cocaína y es de la más pura que hemos visto jamás.

Los dedos se le curvaron alrededor del teléfono. Channing le había mentido. A lo mejor todo era una mentira. No le despegó los ojos de encima al tiempo que el pecho le explotaba en cientos de añicos de la ilusión que él mismo le había generado.

—Gracias. —Colgó el teléfono.

Lógicamente, tenía que saber si eso era posible. La policía que llevaba dentro estaba a la búsqueda de evidencias, a la expectativa de un motivo para arrastrarlo a él o a cualquiera que fuera responsable por el tráfico de drogas. Pero su corazón… su estúpido corazón no podía creer que se había enamorado de un criminal y un mentiroso. Las cosas que le había contado… y las que había escuchado de él… Las cosas que habían hecho juntos… Sí, había tenido la esperanza de que no fuera un criminal. Pero lo era. Las pruebas no mentían.

Ella se sentía como cuando tenía cuatro años y su madre la traicionó y sumió todo su mundo en un sitio oscuro y solitario. Channing Hakonson había hecho lo mismo. Era increíble lo que estaba dispuesto a decir con tal de distraerla de la investigación. Disparates acerca de los viajes en el tiempo, los vikingos y el fin del mundo… En ese momento la hacía sentir como una tonta. Se había

enamorado de un mentiroso y un criminal y lo había arriesgado todo por él.

Channing la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —le preguntó.

—Espero que tenga un abogado, señor Hakonson. —Sin sentir las piernas, se puso de pie—. Había rastros de cocaína en el M05. Conseguiré una orden de allanamiento de inmediato. Al parecer, no es quien creí que era. Arréglese solo para llegar a casa.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

—La policía está aquí —gritó Peter van Beek al otro lado del teléfono—. Tienen una orden de allanamiento.

Channing se incorporó despacio de la cama y gruñó.

—¿Lograste instalar el paquete o no?

Channing había tenido una conversación con Peter hacía dos días, luego de que pidiera que le dieran de alta en el hospital. Channing le había prometido a Van Beek que se aseguraría de que su hija estudiara en la Universidad de Boston, donde Channing daba clases de nórdico antiguo, a cambio de arreglar el transporte y la instalación del reactor sin ningún registro.

—Por todos los cielos, sigue en el barco. Te digo que será mejor que vengas. Será mejor que te asegures de que no descubran nada. De lo contrario, los dos corremos el riesgo de acabar en la cárcel.

—Voy para allá.

Channing colgó el teléfono, hizo la computadora a un lado sobre la cama y se retorció de dolor. Seguía sintiéndose mareado por la pérdida de sangre que había sufrido, por los magullones y por las heridas. Aún tenía una pequeña conmoción cerebral, pero no era más que un dolor de cabeza. Estaba tomando los suplementos de hierro y los antibióticos, de modo que ya se recuperaría.

El dolor físico no se podía comparar con el dolor agonizante que tenía dentro del pecho y lo había desgarrado en el momento en que vio la expresión de Ella luego de la llamada. Pero ¿qué importaba si de todos modos se marcharía de ese siglo? Había sabido desde el

comienzo que no estaban destinados a estar juntos. Sencillamente, él no estaba destinado a estar con nadie.

«Excepto con ella», le susurró el corazón. «Por eso sientes como si una bomba te hubiera desgarrado». Sin embargo, se recordó que no importaba mientras se desabrochaba los botones del pijama.

La línea entre el mundo de la ley y el de los criminales jamás había sido más delgada. Su padre biológico había muerto hacía mucho tiempo, pero a pesar de eso, Channing cargaba con el peso de su legado. Un legado que había alienado a Ella, la única mujer que le hacía sentir calidez en el pecho. Había compartido algo muy íntimo con él, y era la única persona que sabía toda la verdad acerca de él. Se estaba enamorando de ella. Pero lo irónico era que ahora que la había encontrado, iba a desaparecer de esa época.

Ese día, ya había contactado a su abogada, como le había sugerido Ella, y había preparado un testamento. En la circunstancia de su desaparición o muerte, le dejaba toda su riqueza en fideicomiso a Ella y su familia y también les pagaría la hipoteca y las cuentas médicas de Bryan.

También había escrito una carta en la que explicaba que se marchaba de los Estados Unidos para siempre y que quería vivir a solas en la naturaleza, porque estaba cansado de las presiones del mundo empresarial. Partía en un viaje espiritual y no quería que lo buscaran ni que lo encontraran. Tenía que asegurarse de que nadie sospechara que alguien lo había asesinado o secuestrado, en especial Ella.

Cuando estuvo listo, tomó los analgésicos y llamó a un taxi porque aún no se encontraba en condiciones de conducir. Mientras el coche se aproximaba al puerto, vio una docena de vehículos aparcados delante de la puerta. Channing le pagó al taxista y se bajó del auto. Ahora que los analgésicos le estaban haciendo efecto, le resultaba mucho más fácil moverse.

Caminó por la acera y fulminó con la mirada a los policías que se encontraban de pie conversando. Delante de la puerta, Ella hablaba con un guardia y le mostraba un papel.

—Detective O'Connor —la llamó Channing, y volvió la cabeza hacia él. Ricardo Sánchez se encontraba de pie a su lado y lo

fulminaba con la mirada—. Felicitaciones. Conseguiste la orden de allanamiento.

Se miraron a los ojos, y los de los dos echaban chispas.

—Sí, estábamos a punto de entrar.

Channing asintió con la cabeza hacia el guardia, que se metió en la cabina y alzó la barrera.

—¿Puedo ir con ustedes? —les preguntó Channing—. He venido en taxi.

Ella lo recorrió de arriba abajo con la mirada y, por un efímero instante, registró una nota de preocupación en el rostro.

—¿No deberías estar en la cama?

Ricardo Sánchez la miró atento y luego le dirigió su atención a él. Diablos. Ella no necesitaba que nadie supiera de su aventura. Channing no se lo iba a contar a nadie, pero ella también debía de tener más cuidado.

Channing se paró más erguido.

—Estoy bien.

La arruga en el entrecejo de Ella no se suavizó.

—Sube.

Channing se subió al Taurus de Ella, y notó que hacía poco habían reparado el paragolpes, que aún necesitaba pintura. Cuando comenzó a conducir, en el coche reinó el silencio. Channing sentía que Ricardo lo fulminaba con la mirada a través del espejo. Ella se encontraba al volante y no despegaba los ojos de la calle que se extendía ante ella.

Varios edificios de almacenamiento del puerto se habían cerrado para poder hacerles obras de reparación luego de la manifestación. Había un montón de papeleo que llenar con la compañía de seguros. Y debido a que muchos alimentos se habían robado o dañado, la cadena de suministros a los supermercados se había visto interrumpida, lo que significaba que la ciudad iba a sufrir aún más escasez de alimentos. Y eso llevaría a más manifestaciones. Además, la temperatura seguía bajando.

Ella dijo:

—Comenzaremos en el M05.

Channing se rio entre dientes.

—Claro. Quiero ver tu rostro cuando no encuentres nada.

En silencio, se recordó que el laboratorio se encontraba bien escondido. No pasaría nada.

Ricardo se aclaró la garganta.

—¿Te das cuenta de que podemos dar testimonio de todo lo que estás diciendo?

—En ese caso, es bueno que no esté ocultando ninguna droga.

Ella tamborileó el pulgar contra el volante.

—Otro equipo irá a tu oficina y la revisará —le dijo sin mirarlo.

En el auto reinó el silencio mientras aparcaban afuera del M05. Los dos policías tenían expresiones que decían «Ya veremos».

Unos bancos de nieve rodeaban el perímetro de la zona para aparcar, que destellaba en blanco y creaba contraste contra el cielo gris. Channing detestaba ver a Ella tan distante y fría tras haberla visto en su momento más feliz y también en el más vulnerable.

Mientras llegaba el resto de los patrulleros, Channing salió del coche y miró la línea de barcos amarrados cerca de las grúas de descarga azules. El que se encontraba al final del puerto era la Naglfar, un gigantesco navío negro que se ceñía sobre el puerto como una montaña. Una montaña en cuyo vientre se encontraba el camino de regreso de Channing hacia otro mundo.

El día anterior, había leído que alguien había perdido los dedos durante la construcción del barco, y las uñas y otras partes de los dedos habían caído en el metal fundido y jamás se recuperaron. Al parecer, el barco había recibido su nombre debido a ese incidente. Según el artículo, en el que la autora hacía referencia al Ragnarök, el hombre había muerto al poco tiempo debido a otro accidente que no guardaba ninguna conexión con el primero. La autora se preguntaba si ese barco provocaría el Ragnarök de algún modo, pero era evidente que bromeaba y que las coincidencias sencillamente le parecían interesantes. Pero si solo supiera…

Channing abrió la puerta al edificio y dejó entrar a los policías. Alrededor de treinta hombres y mujeres ingresaron en el edificio. Rodearon todas las paredes con cinta amarilla de cautela, y luego todos los oficiales se distribuyeron por el perímetro con bolsas llenas

de lo que de seguro serían instrumentos para recopilar pruebas forenses.

Dentro del M05, Channing se quedó en una esquina observando cómo daban vuelta las cajas, movían las estanterías y metían polvo en bolsas transparentes. En base a los hallazgos de Ella, era evidente que la mafia estaba utilizando el edificio M05 a sus espaldas. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado? ¿Habrían operado de noche? Ese era el único momento del día en el que no se encontraba en el puerto. Debía de haber alguien entre sus empleados que trabajaba con ellos, pero ¿quién?

Si se fuera a quedar en ese siglo, llegaría al fondo de la cuestión de inmediato. Pero se iba a marchar. Que Odín lo ayudara, pero se iba a marchar… si podía evitar que lo arrestaran o que la mafia lo asesinara, porque su abuelo esperaba su respuesta ese mismo día.

Se frotó el mentón.

—A la mierda con esto —masculló. Tenía el vientre todo anudado. El día anterior, les había dicho a Munchie y Georgina que se mantuvieran alejados del laboratorio hasta que la policía los dejara en paz. ¿Cuánto tiempo llevaría eso? Se encontraba muy cerca del final… solo tenían que instalar el reactor. ¿Sería cuestión de días? ¿De semanas? ¿De meses?

De no ser por la amenaza de la policía y por su abuelo, no le importaría esperar. Al fin y al cabo, eso le permitiría pasar más tiempo con Ella. De hecho, no quería dejarla. De solo pensar en vivir en un mundo en el que ella no existía, quería abrirse el pecho y aullarle a la luna como un condenado lobo.

Notó que un oficial avanzó hasta la tercera estantería de la fila trece, donde se encontraba la entrada al sótano. El oficial movió unas cajas y miró los contenidos, luego tocó la parte falsa de la estantería detrás de la cual se ocultaba el teclado para introducir la contraseña. Channing se quedó petrificado, luchando por respirar. El agente estaba a punto de descubrir la entrada secreta. Si movía la cubierta, la encontraría…

—¡Channing Hakonson! —exclamó la voz de Ella a sus espaldas. Al volverse, vio a Ella con varios agentes más avanzar hacia él. Tenía el rostro carente de expresión… —Estás bajo arresto por tráfico de

drogas y posesión de sustancias ilegales. Tienes derecho a permanecer callado. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra en la corte de justicia…

Channing dejó de escuchar, el pulso en los oídos le tamborileaba tanto que todo lo demás se amortiguó. Ella le sujetó las manos y se las retorció en la espalda. La descarga de electricidad que sintieron los dos fue tan fuerte y estimulante como siempre, a pesar de las esposas frías e implacables que se le clavaron contra las muñecas y se cerraron con un suave sonido metálico.

Cuando se volvió hacia ella, no vio triunfo, frialdad, ni asco en sus ojos. Solo vio el dolor de alguien a quien acababan de traicionar.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

—¿Estás lista para entrar? —le preguntó Ricardo.

Ella estaba más que lista. Al otro lado del espejo unidireccional, se encontraba Channing sentado… El hombre que la había decepcionado profundamente. El que la había lastimado y le había producido el mismo dolor que recordaba haber sentido cuando su madre la había dejado.

Él no la había dejado, y aunque lo hubiera hecho, ¿qué motivo tenía para estar desilusionada? Sin embargo… sin embargo, era un traficante de drogas. Habían encontrado una bolsa de cocaína oculta en una caja fuerte detrás de una obra de arte que la había visto llegar a la cima del placer en el escritorio de su oficina. Había sido testigo de cómo se había empezado a enamorar de un criminal. De un condenado traficante de drogas. Le había contado mentiras ridículas acerca de los viajes en el tiempo, de ser vikingo…, y ella se había permitido creer, aunque solo fuera por un instante, que podría ser cierto. ¿Cómo pudo haber sido tan ingenua? ¿Volvería a traicionarla? ¿Se valdría de su aventura para salir de esa situación o mantendría la promesa que le había hecho?

Wilson se volvió hacia ella.

—¿Ella? —Tenía el rostro rojo y de piedra, y los músculos del mentón se le flexionaban bajo la grasa. La piel le destellaba bajo la luz azulada de los monitores de las computadoras.

Ella tomó el archivo.

—Sí.

Wilson le apuntó un dedo con forma de salchicha.

—No lo eches a perder. Atrápalo. Es tu oportunidad, O'Connor.

Con el estómago retorcido, asintió con la cabeza. Lo cierto era que no había posibles buenos resultados en ese escenario. O bien obtenía una confesión y encerraba en la cárcel al hombre del que se estaba enamorando, o permitía que utilizara su debilidad, la aventura que habían tenido, y la apuñalara por la espalda. En ese caso, la despedirían y lo perdería todo. Todo por él. Por el traidor.

No, no guardaría rencor por Channing Hakonson, pensó mientras caminaba al lado de Ricardo por el pasillo gris. Mientras abría la puerta de la sala de interrogatorios, decidió que la única persona con la que en verdad podía estar enfadada era ella misma. Podría haberlo detenido. Debería haberle dicho que no. Nunca debería haber caído bajo su encanto.

Al entrar en la pequeña sala con paredes de concreto e iluminada con luces de led, miró a Channing a los ojos. El condenado se veía fatal, aunque seguía siendo atractivo. Estaba sentado a la única mesa que había en la sala, al lado de su abogada. Tenía una tonalidad grisácea y unas bolsas oscuras que se le habían formado debajo de los ojos verdes. Una capa de sudor le cubría la frente, y tenía la boca apretada en una mueca… Ella reconoció que se trataba de una mueca de dolor.

Cuando se sentó a la mesa frente a él, se dio cuenta de que había pasado doce horas allí. Sintió una ola de arrepentimiento por haberle causado dolor e incomodidad, pero se deshizo de ese sentimiento. Se merecía todo el dolor que sentía si estaba contrabandeando drogas ilegales en Boston y distribuyéndolas.

La abogada de Channing era una mujer de color de unos cuarenta años y el cabello rojo intenso. Tenía una expresión suave y amistosa, como si estuvieran allí para beber el té y no para discutir una investigación criminal. La abogada los saludó con la cabeza.

—Hola, soy Giana Kilpatrick, la abogada del señor Hakonson.

Ella abrió la carpeta con el archivo.

—Hola —repuso, y Ricardo la siguió.

Las lámparas de led zumbaron por encima de sus cabezas, pero Ella oyó el pulso que le latía más fuerte en la sien. Tenía muchas

cosas que quería decirle. Quería golpearlo y darse una patada en el trasero a sí misma por pensar tanto en él, por fantasear con él y por haberse enamorado del hombre equivocado. Y él se lo había advertido. Le había dicho que no era el hombre adecuado para ella. Sin lugar a dudas, se debía a eso. Era una suerte de Robin Hood moderno que se dedicaba al contrabando de drogas y a hacer obras de caridad y que también había pagado el tratamiento de su padre. Ella tenía que mantener la calma. Wilson la estaba observando.

—Bueno —comenzó—. Tenemos muchos motivos para creer que usted es quien está orquestando toda la operación de contrabando de drogas. Y será más fácil para todos si lo admite. El fiscal está dispuesto a considerar hacer un trato con usted. En el mejor de los casos, si no hace un trato, se estará enfrentando a cadena perpetua, señor Hakonson.

—No contrabandeé nada —dijo Channing.

—Señor Hakonson —le dijo Giana con una sonrisa dulce—, déjeme hablar.

Channing soltó un suspiro y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—No tengo nada que ocultar, Giana. No lo hice.

—Encontraron drogas en la caja fuerte —le dijo Giana a Ella—, pero ¿tienen pruebas de que él las guardó allí? ¿Tienen huellas digitales? ¿Algún video? ¿Algo? —la presionó.

Ella entrecerró los ojos.

—Es la caja fuerte del señor Hakonson, así que nadie más podría tener acceso a ella, excepto él. Pero ese ni siquiera es el punto. Lo que importa es que todos los hechos apuntan a usted, señor Hakonson. El más grave… —Extrajo el reporte del laboratorio y le deslizó el papel hacia él y la abogada—… es el hecho de que encontramos rastros de cocaína en el edificio M05. Ese es el edificio que asegura que no se usa para nada, excepto para su práctica de esgrima. Convenientemente, las cámaras de los otros depósitos se encuentran posicionadas a ciertos ángulos que hacen que resulte imposible ver quién entra o sale de ese edificio, que por casualidad es el único edificio al que nos negó el acceso hasta que se sintió

acorralado. Eso junto con los misteriosos coches negros que vienen a buscarlo…

Ella dio vuelta la foto que había tomado de la cámara de seguridad de la puerta el día en que habían empujado a Channing de un todoterreno negro.

—La significativa reducción de cocaína que se ha encontrado en su puerto desde que lo compró… —Le deslizó otro reporte y señaló una frase resaltada—. Y una declaración jurada de un informante del FBI en la que se asegura que alguien con un alto rango en el puerto de Boston es responsable por tráfico de cocaína a gran escala.

—Ella —dijo Channing de repente, tranquilo, y con calor en la voz—. Mírame.

Ella estaba mirando el papel. No a él. El corazón le latía tanto que le dolía. Estaba a punto de traicionarla. Estaba a punto de contarles a todos acerca de su aventura. El pecho le dolía como si su corazón roto estuviera liberando veneno al torrente sanguíneo. Wilson estaba mirando todo al otro lado del espejo. La mirada de Ricardo era tan afilada que bien podría haberla perforado.

—Señor Hakonson… —comenzó.

—Ella, mírame.

—Señor Hakonson —intervino Giana con un tono de voz preocupado—. Por favor, por su propio bien, déjeme hablar con los detectives.

—¡Ella! —exclamó.

Ella alzó la mirada. Channing tenía los ojos casi negros bajo la iluminación artificial de la sala de interrogatorios, y la miraba con tal intensidad que la encendió fuego.

—No soy un traficante de drogas —le dijo con lentitud.

¿Así que quería jugar ese juego? Ella le mostraría cómo evadirla. Coqueteando, besándola y diciéndole que solo acababan de empezar…

—Yo misma vi cómo se bajó del todoterreno negro molido a golpes, señor Hakonson. ¿Qué pasó? ¿Quién fue?

Channing apretó los dientes.

—No te lo puedo decir.

—Mi cliente se reserva el derecho a no incriminarse basándose en la quinta enmienda —dijo la abogada.

—Lo entiendo, sin embargo, eso no lo ayuda. Permítanme explicarles cómo se ve todo para nosotros y el fiscal del distrito. El puerto ha estado libre de drogas. En alguna que otra ocasión, se encontraban algunos paquetes, pero nada grave. Eso es genial. Todos asumen que están haciendo un trabajo fenomenal a la hora de garantizar la seguridad portuaria, y que todos los criminales temen contrabandear a través del puerto de Boston, ¿no? Bueno, acto seguido, con un escaneo aleatorio, se encuentran casi quinientos kilos de la mejor cocaína. ¿Quién podrá ser? Por lo general, la cocaína proviene de Colombia, de modo que hay que preguntarse si hay organizaciones criminales colombianas que intentan captar el interés de nuevas generaciones de consumidores que no quieren *crack*, que es más barato. Todos saben que la mafia de Boston trabaja con heroína que proviene del Oriente Medio, de modo que no suelen ofrecer cocaína. Sumado a eso, está el hecho de que las pequeñas bandas callejeras en Boston no son tan significativas como en otros estados. Pero esta cocaína se ha encontrado en las calles durante al menos dos años. Y, ¿quién está detrás de todo esto?

Tomó un bolígrafo y lo golpeó contra la mesa. Channing la miraba sin moverse, sin parpadear, aunque de seguro sentía un cosquilleo en el mentón bajo la barba corta.

—Quizás sea la misma persona que tiene acceso a todo lo que entra por el puerto —continuó Ella—. Alguien que podría tener contactos criminales.

Bajó la mirada a la mesa y luego volvió a clavarla en él.

—Sabemos acerca de los tres hombres que lo atacaron y lo lastimaron. —La voz se le estremeció un poco al recordar cómo había suturado la herida del hombro de Channing—. La extraña manada de lobos que apareció para protegerlo de esos hombres y volvió a aparecer en el puerto sugiere que ha entrenado animales salvajes para este preciso propósito.

Pasó la página de la carpeta y extrajo una fotografía. Channing apoyó la mirada en la imagen. Ella vio la luz de cualquier esperanza

morir en su mirada. Qué bien. Lo tenía. Si iba a oír alguna confesión de su parte, sería pronto. Ella le deslizó la foto.

—Este es usted en un típico callejón oscuro hablando con un hombre conocido en el mundo criminal como Clicker. Se lo conoce por traficar armas. ¿También tiene un interés por las armas ilegales?

Channing tomó una profunda bocanada de aire.

—No responda, señor Hakonson —le instruyó la abogada—. Nada de esto demuestra que es el responsable por el tráfico de drogas. Hablar con un hombre en un callejón no demuestra nada. Las drogas podrían haber sido plantadas en la escena e incluso en su caja de seguridad, y el tráfico de drogas podría estar organizado sin su conocimiento y debajo de sus propias narices.

—Aun así, se enfrenta a cargos por posesión —señaló Ricardo.

—Por ahora —lo corrigió Giana—. ¿Alguna pregunta más?

Channing comenzó a tambalearse un poco. Se veía peor ahora que cuando habían comenzado. Diablos. No podía retenerlo más tiempo. Channing necesitaba ayuda. Ella miró la carpeta.

—Solo si su cliente las va a responder.

—Excelente —dijo Giana—. En ese caso, nos vamos. Ya han pagado la fianza, señor Hakonson.

Eso lo hizo fruncir el ceño.

—¿Qué? ¿La has pagado tú?

—No.

—Y entonces ¿quién?

La abogada le susurró algo al oído y, si Ella lo había visto conmocionado antes, no se comparaba en nada a cómo se veía ahora. Parecía como si la muerte misma hubiera ido a visitarlo.

—¿Quién pagó la fianza? —preguntó Ella.

Giana se puso de pie y comenzó a juntar los documentos. Ella también se puso de pie.

—Es información de conocimiento público. Me voy a enterar. ¿Quién pagó la fianza?

Channing se puso de pie con el rostro cenizo.

—Leonardo Esposito.

El jefe de la mafia de Boston.

Cuando Channing y su abogada se marcharon, el rostro de Ricardo estaba lleno de reproche.

—Ella…

—Pero ¿qué mierda fue eso? —tronó Wilson al irrumpir en la sala de interrogatorio—. ¡Casi lo tenías! ¡Es increíble, O'Connor! —Ladró.

Ella encuadró los hombros.

—Lo atraparé, señor. Esto aún no ha terminado.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

—¡Cuidado! —rugió Channing. El reactor nuclear, que colgaba en la grúa en el aire, se chocó contra la pared, y el ruido le hizo eco en el pecho—. No quiero que conviertan a Boston en un páramo nuclear —gruñó.

Si lo hacían, realmente sería el motivo del Ragnarök.

—¡Perdón, jefe! —exclamó Munchie que tenía puesto un traje amarillo para protegerse de la radiación y se asomó por la cabina de la grúa. Habían retraído el cielorraso del sótano, y la grúa se encontraba en el suelo del depósito. Channing observó el cilindro de seis metros de largo destellar bajo las titilantes luces de led. En el exterior, la noche oscura ennegrecía las ventanas que había más arriba.

Channing se encontraba en el sótano con los ojos fijos en el reactor nuclear. Si todo salía bien, quizás podría regresar a la época vikinga ese mismo día. Sería un condenado buen momento.

Durante los últimos tres días, desde que lo habían liberado de la comisaría, la investigación había alcanzado un nuevo nivel. La policía estaba interrogando a sus empleados, moviendo hasta la última caja y estantería y mirando un sinfín de horas de material de seguridad.

Además, lo estaban siguiendo. No sabía si era Ella, pero esperaba que sí. Ese mismo día, la policía por fin se había marchado del edificio M05. Por algún milagro, no habían descubierto la entrada secreta, y Channing no pensaba desafiar su suerte. Si querían convertirlo en el chivo expiatorio de la investigación, lo harían. Por

eso tenía que marcharse de allí. Ese mismo día. En especial considerando que su estimado abuelo no dudaría en ayudar a la policía. Él mismo le había dicho a Channing que lo incriminaría por tráfico de drogas, y eso mismo había hecho. ¿Quién más podría haber plantado la bolsa de cocaína en su oficina?

Georgina, que también llevaba puesto un traje amarillo, se encontraba de pie a su lado y observaba el reactor.

—Por favor, cálmese —le dijo—. Si de verdad se rompe, no sentirá nada al morir.

—Gracias, Georgina —masculló—. ¿Estás segura de que tienes las coordinadas correctas? ¿Me estás enviando al lugar y el año indicado?

—Todos los cálculos parecen bien —le dijo—. Estoy bastante segura.

—Bastante segura no me basta.

—Bastante segura es lo mejor que tenemos en este momento, señor Hakonson.

Channing soltó un gruñido por lo bajo. Aún le dolían las heridas, aunque se sentía mucho mejor al haber dormido bastante. Los suplementos de hierro también lo estaban ayudando porque ya no se sentía tan debilitado.

El reactor descendió lento, y Georgina y Channing se acercaron para atornillarlo en su sitio.

—Es fascinante, ¿no? —comentó Georgina—. Algo tan pequeño con el poder de darle energía a todo Boston.

—O de matar a todas las personas en la ciudad —señaló Channing.

Georgina negó con la cabeza.

—De hecho, puede matar a muchos más, así que debemos tener muchísima cautela.

Munchie bajó las escaleras con una expresión de orgullo en el rostro.

—¿Enchufamos a este bebé?

—Sí. —Georgina le entregó un traje amarillo a Channing—. Señor Hakonson, debería ponerse un traje. Este reactor tiene un nivel de

seguridad único y viene con protección contra de la radiación, pero uno nunca sabe…

Channing hizo un ademán.

—Me tengo que ir. ¿Cuánto tiempo va a llevar?

—Llevará un rato encenderlo, pero es muy rápido en comparación con las generaciones más antiguas. Supongo que ya lo veremos.

Channing recorrió el laboratorio de un extremo al otro.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Por favor, no pregunte disparates —le pidió Georgina.

—No es su intención sonar tan malvada, jefe —le aseguró Munchie—. Pero si metemos la pata, estamos todos muertos, junto con millones de personas en la costa de Nueva Inglaterra.

Channing frunció el ceño.

—¿Y tú desde cuándo defiendes a Georgina?

Munchie tomó una escalera de mano y la colocó contra la pared del reactor. Subió los escalones y abrió una pequeña puerta para empezar a manipular interruptores y botones.

—Georgina por fin se dio cuenta de que soy el hombre para ella.

Georgina soltó un bufido y se acercó al huso gigante para jalar de un cable grueso que sobresalía de la parte trasera de la máquina.

—Ay, por favor —dijo—. No discutamos nuestros asuntos privados con el señor Hakonson.

—¿Están saliendo? —les preguntó Channing anonadado.

—Nos lo está preguntando, mi amor —le dijo Munchie.

Channing soltó una carcajada y se cruzó de brazos.

—Por Odín, no sé qué me deja más perplejo, que la llames «mi amor» o que Georgina no te esté poniendo en tu lugar por hacerlo.

—Munchie, te dije que no hablaras de nuestros asuntos privados —le dijo.

—Ahí está. —Channing soltó un suspiro.

Trabajaron durante un largo rato discutiendo acerca del orden en el que debían conectar las cosas y cómo hacerlo. Pasaron tres horas, y Channing no dejó de preguntarse si de verdad había logrado arreglar todo antes de marcharse. ¿Funcionaría? ¿De verdad estaba

a punto de marcharse? ¿De verdad no volvería a ver a Ella nunca más?

Mientras llegara al siglo IX y al año indicado, encontraría el modo de regresar con su familia y de salvarles la vida. Viviría con ellos. Sería la persona que estaba destinada a ser: un vikingo. Un guerrero. Pero estaría alejado de la mujer de la que se estaba enamorando. La única mujer que lo hacía sentir como si fuera posible tener un hogar allí. Ella.

¿Cómo diablos iba a dejarla? ¿Cómo haría para no volver a verla nunca más, ni a tocarla, besarla o embriagarse con el aroma de su cabello?

La idea lo hizo querer tomar un martillo, romper el huso y llenar el sótano de hormigón para siempre. Así y todo, no podía hacerlo. Había arriesgado mucho para llegar a ese día. ¿Qué podría decirle que le hiciera cambiar de parecer? ¿Cómo podría demostrar que no era un traficante de drogas?

Durante un momento, se imaginó que podía quedarse y luchar por ella. Que podía llevarle pruebas en contra de su abuelo; que podía trabajar con la policía. Hasta podía confesar que tenía un reactor nuclear y aceptar el castigo que le correspondiera. Por ella, haría lo que fuera. No. Por centésima vez, no. Su familia lo necesitaba.

Luego de lo que le pareció una eternidad, Munchie cerró una pequeña tapa rectangular en la pared del generador y dio un paso hacia atrás del largo cilindro metálico. Tenía un diámetro de casi dos metros, una cubierta en forma de cono y una delgada escalera blanca. Parecía como un pequeño cohete. También había unos cables gruesos enchufados en la parte trasera.

—Creo que ya está, jefe —anunció Munchie—. Podemos encenderlo.

Channing se quedó paralizado.

—¿Están seguros?

—Estoy segura, señor Hakonson —le dijo Georgina moviendo el panel de control de la máquina, que mostraba una combinación de números, calibradores, botones e interruptores—. La pregunta es si usted está listo.

No lo estaba. Giana tenía todos los documentos que necesitaba para dividir y donar sus propiedades. También había reunido pruebas en contra de la mafia de Boston y su abuelo que demostrarían que no tenía nada que ver con el tráfico de drogas y le permitirían a Ella arrestar al hombre que en verdad era responsable de eso. Estaba todo hecho. Y se podía ir a casa. Pero sus pies se rehusaban a moverse.

—Estoy listo —le aseguró, pero la voz sonaba como si estuviera mintiendo.

—Muy bien —dijo Georgina—. Colóquese en su sitio para poder tocar el huso.

—Claro.

Channing tomó la bolsa que había preparado para llevarse con él. Había empacado prendas vikingas, comida, plata, joyas, antibióticos y otros medicamentos que sabía que su madre iba a apreciar y también libros. No solo había empacado libros de utilidad, sino también cuentos para niños, algunas novelas policíacas y otras románticas que creyó le podrían gustar. Para su padre había comprado un juego de ajedrez, para su hermana un espejo de buena calidad con un reflejo perfecto y para su hermano algunos cómics. También tenía tres anotadores de papel y lápices de buena calidad. El papel no existía en el siglo IX, solo disponían de vitelas, que eran costosas y muy exóticas, y solo se podían encontrar en las islas británicas o a través del comercio con países cristianos. A su madre le encantaría dibujar y escribir y quizás hasta tomar notas para sí misma acerca de cómo curar a las personas y de cómo utilizar diferentes plantas. También le había comprado un libro de herbología. Y, contra su mejor prejuicio, se llevó una fotografía de Ella que había descargado de las redes sociales e impreso para mirarla, recordarla y saber que, a miles de años en el futuro, había nacido y, con algo de esperanza, vivía feliz.

Georgina apretó varios botones. Un zumbido bajo salió del reactor, como un taladro profundo que había comenzado en algún punto distante.

—¡Ja! —exclamó Munchie mientras abría un paquete de patatas fritas.

El zumbido se fue intensificando cada vez más. Channing intercambió una mirada con Munchie.

—¿Te parece que está bien eso?

Munchie frunció el ceño.

—Considerando que es uno de tres reactores nucleares de séptima generación en todo el mundo, y nunca he oído a uno en funcionamiento…, hay algo que… —se acercó— no suena bien.

El reactor rugió como una batidora de cocina cuando algo en su interior se golpeó contra las paredes. Georgina sacudió la cabeza con los ojos abiertos como platos.

—¡Apágalo! Está…

Un objeto le pasó volando por al lado y por poco le golpea la cabeza. En cambio, se chocó contra la pared. Luego otro objeto que parecía cubierto en papel marrón pasó volando al lado de Channing.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Munchie al tiempo que otros objetos marrones salían volando en todas las direcciones. Luego la máquina hizo un ruido similar a una explosión, y un polvo blanco espeso como la niebla salió del techo del reactor.

Varias decenas de paquetes envueltos en bolsas marrones volaban por todo el sótano secreto. El laboratorio se veía tan hibernal como la ciudad de Boston, y la neblina blanca colgaba en el aire y despacio se iba asentando en el suelo.

—¡Mierda! No respiren —les ordenó Channing—. Es cocaína.

—Sí, es cocaína —dijo alguien desde arriba.

Channing alzó la mirada.

Un grupo de hombres se encontraba de pie contra la apertura del sótano. Su abuelo se encontraba entre ellos, con un elegante abrigo de lana de color cámel y el impecable cabello blanco. Channing tenía varias decenas de armas apuntadas hacia él, y entre los hombres reconoció a Clicker. Al lado de su abuelo, se encontraba Peter van Beek, que tenía el rostro cubierto por una máscara seria y los ojos profundos, dos carbones oscuros, como los de un cerdo.

CAPÍTULO

VEINTISÉIS

—No apagues eso —le dijo Leonardo Esposito mientras descendía las escaleras.

—¿Qué mierda has hecho? —rugió Channing.

Los zapatos de Leonardo resonaban contra los escalones de metal.

—E intenta no respirar demasiado. Podría nublarte el juicio y hacerte actuar de manera extraña.

—Lárgate de mi edificio —le ordenó Channing. Leonardo llegó al primer escalón y se detuvo delante de él. Peter lo siguió con los ojos de cerdo y se cruzó de brazos.

Leonardo miró alrededor lleno de curiosidad.

—Sí, en cuanto recibamos nuestra entrega.

—¿Estabas involucrado en esto desde el comienzo? —le preguntó Channing a Peter.

Al lado de Leonardo, Peter se encogió de hombros.

—¿Cómo crees que se capturaba tan poco contrabando?

Channing apretó los puños en busca de algo que golpear. ¿Cómo podría haber sido tan ingenuo? Ella tenía razón. Había mejorado las medidas de seguridad, pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que encontraran menos contrabando.

—Maldito bastardo.

Peter se llevó la mano al arma que tenía guardada en el cinturón.

—Puede que sea un maldito bastardo, pero también soy un bastardo adinerado. Mis hijas van a ir a buenas universidades, como

MIT y Harvard. No hay salario de gerente de puerto que pueda permitir eso. Ni siquiera te diste cuenta de que estábamos utilizando tu precioso edificio.

A medida que más hombres de la mafia inundaban el laboratorio del sótano, a Channing se le aceleraba la mente. ¿Cómo iba a detenerlos? La cantidad de drogas que circularía por Boston a raíz de eso daría como resultado una nueva ola de adictos que intentarían buscar un escape del Fimbulvetr, del hambre y de la violencia.

Dio un paso hacia adelante, y todos los mafiosos alzaron las armas.

—¿Escogiste drogar a miles de personas? ¿Escogiste convertirlas en adictas? ¿Escogiste hundir la economía de este país y apoyar el crimen?

Leonardo avanzó a paso relajado entre la neblina de cocaína y se acercó al huso.

—¿Qué estás haciendo con esto? —Con la mano, limpió una capa delgada de polvo blanco de la superficie dorada—. ¿Es de oro?

Channing apretó el mentón.

—No es asunto tuyo.

—El señor Hakonson cree en la ciencia —dijo Georgina.

Munchie asintió con la cabeza.

—Estamos a punto de lograr un avance. Ya hemos demostrado que los viajes en el tiempo son reales.

—Cierren el pico los dos —les ordenó Channing. La cocaína debía de estar afectándolos y soltándoles la lengua.

Leonardo se rio.

—¿En eso escoges gastarte millones de dólares? ¿En viajes en el tiempo?

«Sí, pedazo de patán. Porque tu maldito hijo no pudo mantener las malditas manos violentas alejadas de mi madre. Ojalá supieras que el asesino de tu hijo viajó en el tiempo a este siglo…».

Sin dejar de reírse, Leonardo tomó uno de los paquetes marrones y lo giró en la mano. Luego se lo arrojó a uno de sus hombres e hizo un gesto con la cabeza para ordenarles que comenzaran a juntar todos los paquetes.

Para entonces, la mayor parte de la neblina blanca había caído al suelo de hormigón y lo cubría con una capa delgada que parecía harina.

Munchie intercambió una mirada con Georgina.

—¿No les da miedo de que esté radioactiva? ¿Van a vender cocaína radioactiva en la calle? ¿Saben el tipo de problemas de salud que causará eso? Será una crisis sanitaria. Miles de personas con cáncer y síndrome de irradiación aguda…

Los hombres se quedaron paralizados. Uno soltó un paquete.

—No les presten atención —les dijo Leonardo—. Hemos tomado precauciones. La cocaína está bien.

—Si usted lo dice, jefe —dijo el hombre que había soltado el paquete. Luego lo recogió y continuó levantando otros.

—Ojalá hubieras considerado trabajar conmigo en lugar de hacer esto. —Leonardo asintió con la cabeza para señalar el huso—. Podríamos haber hecho mucho dinero y construido una organización hermosa. Pero ahora… —Hizo un ademán, y Clicker le apuntó el arma a la cabeza—. Tengo que matarte.

—¡No lo mates! —exclamó Munchie—. Estaba a punto de viajar en el tiempo. De ese modo, va a desaparecer.

Leonardo negó con la cabeza.

—¿Eso se supone que es un científico? No es demasiado inteligente, ¿no?

Clicker le quitó la seguridad al arma, y Channing se quedó petrificado. Una vez más se enfrentaba a la muerte. Había estado muy cerca de regresar a su época.

No, no permitiría que ese criminal tuviera poder alguno sobre su destino. No permitiría que nadie decidiera cuándo viviría y cuándo moriría. Channing se tensó preparándose para atacar.

—¡Policía! ¡No se muevan! —exclamó una voz desde arriba.

Al alzar la mirada, vio a la hermosa mujer de cabello destellante como el oro bajo las luces y con las mejillas sonrosadas del frío. Le apuntaba el arma a Clicker. Más agentes la rodeaban, y todos les apuntaban las armas a los hombres de la mafia.

—¡Bajen las armas! —exclamó—. ¡De inmediato!

Los hombres miraron al jefe de la mafia, que se limitó a gruñir.

—Ella, no disparen. Es un reactor nuclear —le dijo Channing.

Los ojos se le agrandaron al oírlo. Clicker se volvió hacia ella y disparó. Los hombres de la mafia soltaron la cocaína y se distribuyeron por todo el laboratorio para ocultarse detrás del huso, del reactor y de algunas mesas. La policía respondió a los disparos, y la habitación se llenó de ruidos de armas de fuego. Channing se agachó detrás del huso y se llevó a Munchie y a Georgina con él.

—¿Están bien? —les preguntó.

—Sí —le respondió Georgina, y Munchie asintió con la cabeza.

—Por todos los cielos, jefe, usted sí que no tiene demasiados amigos, ¿eh?

Channing negó con la cabeza.

—No tienes ni idea. ¿Me pueden enviar al pasado ahora?

Una bala rebotó contra el huso.

—¡Tienen que detenerse! ¡De lo contrario, vamos a tener una explosión nuclear en Boston! —exclamó Georgina.

—Maldita sea —escupió Channing—. Enciéndanlo. Yo me aseguraré de que no pase nadie.

—De acuerdo. —Georgina se arrastró gateando hacia el panel de control. Sin levantarse, comenzó a presionar algunos botones y a manejar los controles.

Channing echó un vistazo detrás del huso. Al ver que varios agentes de la policía yacían muertos o heridos, buscó frenéticamente a Ella con la mirada. Debían haber llamado para pedir refuerzos, pero ¿cuándo llegarían? La policía bajaba los escalones, y vio que Ella se encontraba entre ellos.

Channing tenía que ayudar. Se arrastró hacia el mafioso que disparaba desde detrás de una mesa dada vuelta. Le asestó un puñetazo, y el sujeto soltó el arma. Tras otro golpe en la cabeza, lo dejó inconsciente. Sin perder el tiempo, se dio vuelta para dispararle al otro mafioso que le apuntaba a la mujer que amaba. Ella y los tres oficiales seguían descendiendo las escaleras. Horrorizado, vio que se aferraba al hombro debajo del chaleco antibalas. Por poco, resultaba herida.

—A la mierda con todo —escupió antes de dispararle a otro de los hombres de Leonardo en el hombro.

Ella y sus colegas habían llegado al sótano y se ocultaban detrás de unas alacenas y unas mesas para disparar protegidos. Leonardo se encontraba oculto detrás de una mesa dada vuelta con Clicker y otro hombre a su lado.

—¡Despejen el maldito camino! —rugió Leonardo empujando a uno de los guardaespaldas hacia adelante. El hombre saltó desde detrás de la mesa y con una puntería muy buena, les disparó a los tres oficiales, que cayeron con gruñidos de dolor.

—Ella… —murmuró Channing mientras avanzaba hacia ella dispuesto a arrojársele encima para cubrirla de ser necesario.

Así, los disparos se terminaron, y los mafiosos corrieron hacia las escaleras para cubrir a Leonardo. No se molestaron en recoger la cocaína.

—Vamos, tontos —les ordenó Leonardo, y Peter corrió con ellos.

Con el estómago dado vuelta, Channing llegó hasta Ella, que yacía bajo el cuerpo sin vida de uno de sus colegas, y la ayudó a liberarse del peso muerto.

Con una sensación fría en el estómago, la miró; Ella se aferraba el hombro, pero se veía bien. Channing le acarició el cuello en busca del pulso y lo encontró.

—Ella —la llamó y la tomó en sus brazos.

Y entonces le vio sangre en la nuca. Debió haberse golpeado la cabeza al caer bajo el peso de su colega, que había muerto protegiéndola, como lo habría hecho Channing. Yaciendo en sus brazos, abrió los ojos.

—¿Qué…? —masculló.

—Estás bien. Estás a salvo —le aseguró Channing—. ¿Vienen refuerzos en camino?

—Sí, el equipo SWAT.

—Deberían seguir a la mafia. Han escapado.

—Maldita sea —masculló con debilidad, y la sensación de su peso suave y liviano se sintió demasiado bien en sus brazos.

—Llamaré al 911 —le dijo—. No te muevas.

Sin embargo, se movió para sentarse.

—¿Se encuentra bien, jefe? —le preguntó Munchie mirando a Ella.

—Sí, está bien. Sigan trabajando. Díganme cuándo me puedo ir.

—Por supuesto —le dijo Munchie.

—¿Ir a dónde? —Ella miró alrededor.

Channing apretó el mentón.

—Ya sabes a dónde.

Ella parpadeó y clavó la vista confundida en el huso de oro a sus espaldas.

—¿Eso es…?

—Una máquina para viajar en el tiempo. Sí.

Los ojos se le abrieron como platos al mirar el huso y el panel de control. Tanto Munchie como Georgina apretaban algunos botones e intercambiaban preguntas y respuestas para coordinar tareas entre ellos.

—Estos son dos científicos de la universidad de MIT. El doctor Miles Mochizuki y la doctora Georgina Brandon. La mafia de Boston estaba detrás del contrabando, junto con el gerente del puerto, Peter van Beek, y al parecer han estado contrabandeando drogas a los Estados Unidos durante muchos años.

—Decías la verdad —susurró con los ojos húmedos y brillantes—. No me traicionaste… No eres un criminal…

Channing sintió una profunda ola de alivio. Había anhelado tanto que ella supiera que era inocente.

—No.

Se miraron a los ojos y fue como si un dique se hubiera roto entre ellos, un dique de malentendidos y desconfianza.

Con una lágrima rodándole por el rostro, Ella se acercó a él para besarlo. Tenía los labios salados, cálidos y húmedos, y el beso fue duro, lleno de alivio, pasión y promesa. Pareció como si hubiera durado una eternidad, pero probablemente solo habían sido unos segundos; eso sería todo lo que tendría. Cuando Ella interrumpió el beso, la dura realidad se apoderó de él. El reactor nuclear y la máquina para viajar en el tiempo lo aguardaban. Eso había sido todo por lo que había vivido durante muchos años.

Por todos lados, había heridos y muertos, tanto de la mafia como de la policía. El suelo estaba cubierto de polvo blanco, sangre y astillas de las mesas y las alacenas que estaban llenas de agujeros

de bala. El huso tenía unos rasguños en la superficie, pero fuera de eso, se encontraba intacto.

—Tienes que sentarte —le dijo Channing—. No te muevas hasta que llegue la ambulancia.

—No me importa la ambulancia —masculló mirando a los oficiales caídos—. Podría haber sido yo…

«Y yo hubiera muerto contigo…».

Channing volvió a mirar el huso. Las sirenas se oían en algún punto en la distancia. Si la policía llegaba ahora, no tendría otra oportunidad de marcharse. Verían el reactor nuclear, comenzarían a interrogarlo y quizás lograba deshacerse de los cargos de contrabando de droga, pero se enfrentaría a cargos por contrabando de material nuclear. Tenía que marcharse. De inmediato.

Miró por encima del hombro a las dos figuras con el traje amarillo que se inclinaban sobre el panel de control.

—¿Está listo?

—¡Ya casi! —exclamó Georgina mientras tipeaba algo en la computadora conectada al panel de control—. Prepárese.

El huso de oro comenzó a girar. Unos dorados hilos destellantes rodaron a su alrededor como lazos gigantes que se unían y giraban. La habitación se llenó de una luz dorada tan intensa que Channing tuvo que entrecerrar los ojos para verla.

—¡Ahora! —gritó Georgina—. Año: 896. Lugar: cerca de Lomdalen, Noruega. Las coordinadas están puestas. No creo que aguante mucho tiempo.

Ella se incorporó con una expresión de asombro en el rostro.

—No vas en serio.

Channing se acercó al huso y tomó la mochila que había preparado. Allí estaba, la superficie de oro. Podría estirar la mano y apoyarla sobre ella para desaparecer de ese mundo. Regresaría con su familia. Había esperado catorce años ese momento. Cada centavo que había ganado, cada palabra que había dicho y cada acto que había cometido había sido por eso. Y, sin embargo, la mano no se le movió.

Miró hacia atrás y se concentró en Ella. Se veía hermosa sin aliento, con el cabello dorado y los ojos celestes abiertos de par en

par ardiendo como dos zafiros. ¿De verdad no tenían ninguna oportunidad? ¿Podría marcharse a un mundo en el que ella no existiría? ¿Sería capaz de dejar para siempre a la mujer que amaba? Tenía que hacerlo. Por su familia.

Se volvió hacia el huso abriendo y cerrando el puño y se ordenó alzar la mano y apoyarla contra la superficie.

—No te muevas —le dijo una voz familiar desde atrás.

Channing se quedó petrificado antes de volverse a mirar.

Eirik, Ragnar y Náli tenían a Ella rodeada. Náli la sujetaba fuerte, y Eirik le apuntaba un hacha contra la garganta.

CAPÍTULO

VEINTISIETE

—¡Jefe! ¡Es ahora o nunca! —exclamó Munchie—. Estamos perdiendo los hilos.

—Maldita sea —masculló Channing.

—¡Señor Hakonson! —lo presionó Georgina.

Ella se retorció en los brazos de Náli.

—¡Suéltame, bastardo!

Náli la apretó con más fuerza.

—Cierra el pico.

Channing no podía atravesar el tiempo, no cuando Ella se encontraba en las manos de sus enemigos con una espada apuntada a la garganta.

Eirik le ofreció una sonrisa diabólica.

—Por fin pudimos superar a los lobos. Es como si quisieran que ocurriera el Ragnarök. Otra que los engendros de Loki, ¿no?

Diablos, tenía razón. Con cada segundo que pasaba, todo parecía apuntar hacia el Ragnarök.

Eirik miró a Ella.

—Y ahora, amigo, por fin te encuentras en una situación vulnerable.

Channing alzó la mano en un gesto aplacador.

—Suéltala —le dijo—. Me necesitas a mí. —Se volvió hacia Munchie y Georgina—. Deberían irse. La policía viene en camino. Quiero que se larguen. En cuanto los distraiga, huyan, ¿de acuerdo?

Munchie negó con la cabeza.

—No podemos dejarlo…

—¿De acuerdo? —insistió Channing.

—Sí, señor Hakonson —repuso Georgina.

Despacio, se volvió hacia Eirik.

—Te dije que la soltaras.

Channing bajó la mochila y extrajo la espada.

—Me quieres matar, pues aquí me tienes.

Se quedó de pie con la espada y el corazón latiéndole como antes de cada batalla. A pesar del dolor en el hombro y en el lateral, alzó la espada en alto con las dos manos listo para atacar.

Ragnar blandió el hacha, pero Channing lo desvió antes de dar un paso hacia adelante y golpear el pomo de la espada contra el rostro del guerrero. Ragnar soltó un grito y se tambaleó. Sin desperdiciar ni un solo instante, Channing se dio media vuelta para esquivar el hacha de Náli. Hizo un giro de trescientos sesenta grados e intentó cortarlo por el lateral, pero Náli se apresuró a desviar la espada a tiempo.

Soltando un gruñido, Ragnar lo volvió a atacar como si fuera un ariete, y Channing salió volando hacia atrás y aterrizó al lado del huso. Solo lo separaban unos centímetros del oro que destellaba y giraba. Los hilos en movimiento crujían alrededor de sus oídos.

Channing recurrió a todas sus fuerzas para incorporarse, pero Ragnar le dio un cabezazo en el plexo solar y, cuando lo arrojó contra una mesa, el borde afilado de la superficie se le clavó, causándole mucho dolor, en los riñones. La espada se le cayó. «Mierda». Le dio un rodillazo en el vientre a Ragnar y lo escuchó soltar un jadeo. Eso fue todo lo que necesitó Channing para empujarlo hacia atrás, agacharse para recoger la espada y, con un movimiento diagonal, apuntarle al cuello y cortarle la cabeza con un golpe preciso.

El jadeo combinado que soltaron las personas del siglo XXI lo hizo darse cuenta de que había matado a alguien por primera vez en catorce años. Ya no estaba acostumbrado a luchar con espada. Y matar era algo que jamás había disfrutado como vikingo, pero ahora realmente lamentaba haberle puesto fin a la vida de alguien, a pesar

de que lo había hecho para defenderse y proteger a la mujer que amaba.

Eirik lo miró fijo anonadado y perplejo y con los ojos trastornados. Náli soltó un grito de rabia digno de un animal.

—¡Has matado a Ragnar! —rugió. Sostenía la espada con las dos manos, y Channing vio que los nudillos se le tornaban blancos—. No hay dioses en este mundo —gruñó Náli con los ojos oscuros y llenos de odio—. No fue al Valhalla.

Channing apretó la espada y se la apuntó a la oreja, preparado para atacarlo.

—Y tú tampoco irás. —Lo dijo, pero ¿lo decía en serio? Llegado el momento, ¿sería capaz de matar a Eirik también? No lo sabía. Pero no tenía más opción que luchar.

Haciendo las dudas a un lado, atacó. Dio un paso hacia adelante y luego dos más antes de bajar el arma apuntando a la cabeza del hombre. El enemigo desvió el ataque, y el golpe del metal contra el metal le resonó en la médula ósea. Entonces Channing recobró la memoria muscular de su entrenamiento diario desde los ocho años.

Sin embargo, Náli tenía mucha más experiencia. Había estado viviendo en la época de los vikingos durante mucho tiempo más que Channing. Era más fuerte y pronto fue el que lideró los ataques. «Embiste, perfora, embiste, perfora, patea». Los rítmicos sonidos metálicos llenaron el aire de la habitación y acompañaron a los crujidos de los hilos de oro del huso.

Channing se estaba retirando mientras Náli le asestaba golpes poderosos y parecía como si estuviera blandiendo un mazo en lugar de una espada.

«Utiliza tu fuerza», recordó las palabras de su padre mientras lo entrenaba para luchar con espada y con hacha. «Todos los guerreros tienen fortalezas y debilidades. Tú también las tienes. Utiliza tu fuerza para cubrir tus debilidades».

De modo que donde Channing no podía ganar con fuerza, tenía que valerse de la velocidad. Como había estado trotando a diario, podía moverse rápido. Y cuando Náli alzó la espada por encima de la cabeza con los dos brazos, Channing se agachó hasta el suelo y le ensartó la suya en el abdomen. La hoja se hundió con dificultad en

la carne dura, y el rostro de Náli se arrugó en una mueca silenciosa de dolor y conmoción.

Mientras Channing extraía la espada ensangrentada, Náli se cayó de costado sosteniéndose el abismo rojo en el estómago y lo miró a los ojos.

—Tú deberías morir, no el mundo, ni los dioses, ni miles de personas. Tú.

Channing sintió un escalofrío en la columna vertebral. Los vikingos tenían que estar equivocados. ¿Cómo podía ser él el motivo del Ragnarök? No era ni un brujo, ni un sacerdote allegado a los dioses. ¿Guardaría alguna conexión con el hecho de que había nacido de una viajera en el tiempo y que, a pesar de que lo habían concebido en el siglo XXI, había nacido en el IX? ¿Acaso su mera existencia había puesto en peligro al mundo? ¿De verdad se detendría el Ragnarök si Channing moría? Quizás debería dejar que Eirik lo matara. No, quizás era muy cobarde. O quizás aún había personas a las que quería mucho. Personas a las que tenía que proteger.

Jadeando, Channing miró a Eirik, que gruñó al ver la muerte de su otro hermano de armas. Eirik empujó a Ella a un lado, tomó la espada, echó a correr hacia él como un toro enfurecido y le produjo un corte en el hombro. Channing apenas logró alejarse y empujar a Eirik, que prácticamente salió volando. Channing se tambaleó y casi golpea el huso, pero se las ingenió para detenerse a último minuto.

Eirik se volvió hacia él con una expresión llena de furia de batalla. Ya no había manera de detenerlo. Estaba determinado a matarlo. En sus ojos no había ni pesar, ni tristeza, ni nada más que la decisión absoluta de un fanático con un deseo mortal. Con la espada alzada, avanzó hacia él como una máquina, sin remordimientos y con un solo objetivo claro en la mirada: matar a Channing Hakonson o morir en el intento.

Alzó la espada más alto y le asestó un golpe tan poderoso, que obligó a Channing a bajar el arma, y la hoja le pudo haber provocado un nuevo corte. Siguió apretando, golpeándolo sin cesar como un herrero, con golpes que a Channing le resonaban por la espada al detenerlos. Recordó que Eirik siempre había tenido la

ventaja de la fuerza corporal. Los músculos del hombro parecían de hierro, los huesos tan fuertes como piedras. Los brazos de Channing absorbieron el impacto del ataque y los huesos le vibraron.

No tendría la ventaja de la velocidad, como había sido el caso al enfrentarse con Náli, porque Eirik era el guerrero más perfecto que Channing había conocido. Y era tan fuerte como veloz. Había sido el guerrero más valorado de su padre. Hakon a menudo había dicho que, si Eirik iba al Valhalla, sería el favorito de Odín. Por su parte, Channing siempre se había sentido afortunado de luchar a su lado, pero ahora experimentaba en carne propia toda su habilidad.

Channing se retorció para escaparse del camino de Eirik y lo atacó por el lado desprotegido, pero Eirik se apartó a tiempo. Eso le dio una ventaja a Channing, que comenzó a lanzar su propio ataque. Blandió la espada hacia el abdomen del hombre, pero Eirik lo desvió en cada ocasión. Luego con la velocidad de la luz, bajó la espada, y Channing cayó en la trampa porque alzó la hoja en un movimiento protector y dejó parte del cuerpo vulnerable. Los ojos de Eirik destellaron llenos de victoria, al tiempo que alzaba la espada y le apuntaba al vientre desprotegido de Channing. En esta ocasión, no tendría escape. Había perdido.

Una explosión resonó en el aire, y Eirik salió volando hacia atrás y un costado. Channing se volvió para ver a Ella de pie con el arma en las dos manos. Se oyó otro disparo, pero el estruendo metálico indicó que no había dado en el objetivo, y Ella volvió a disparar. En esta ocasión, la bala alcanzó a Eirik, que la miró perplejo antes de caer. La sangre le manaba del pecho y del hombro.

—Detén el Ragnarök… —susurró y luego se quedó quieto con los ojos destellantes.

Channing miró a Ella, que tenía la mirada clavada en Eirik y jadeaba sin soltar el arma. Se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par y una mirada salvaje y parpadeó. Despacio, se volvió a guardar el arma en la pistolera y caminó hacia él perpleja, como si no pudiera sentir el suelo bajo los pies. Cuando se detuvo al lado de Channing, volvió a mirar a Eirik.

—Lo maté… —susurró—. Se supone que protejo vidas, pero lo maté…

Entre ellos se hizo el silencio, y Channing quiso estirar la mano y darle una palmada en el hombro para calmarla y quitarle el dolor. Pero ese silencio…

Los hilos del tiempo habían dejado de crujir. Channing clavó la mirada en el huso, que se encontraba inmóvil. Ya no había más brillo. Nada se movía.

Los agujeros de bala en la superficie de oro se lo dijeron todo. Al salvarlo, Ella había dañado la máquina para viajar en el tiempo. Se había destruido la única oportunidad de regresar con su familia y salvarles la vida. Su madre, su padre, su hermana y su hermano, los últimos dos completamente inocentes en todo eso. No se merecían morir tan jóvenes en un incendio. Nadie en su familia se merecía eso.

Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas.

—Lo maté.

—Yo también acabo de matar a dos hombres. ¿Me vas a arrestar?

Channing vio la verdad en sus ojos. Si lo arrestaba, podría escapar de eso. Tendría el caso cerrado porque el villano estaría en prisión.

En algún punto de la distancia, las sirenas de los patrulleros comenzaron a sonar y se fueron acercando. Ella alzó la mirada hacia él. Channing le tomó el rostro entre las manos.

—Por Odín y Thor, estoy tan feliz de que estés viva, mi amor.

Allí estaban, las dos palabras que había sentido en el corazón durante muchos días… o quizás desde la primera vez que la vio: «mi amor». La amaba.

Ella tomó una profunda bocanada de aire y se miraron a los ojos.

—¿Tu amor? —susurró.

Channing soltó el aliento y sonó torturado. ¿Acaso eso cambiaría algo?

—Tienes el poder de detenerme y arrestarme, Ella. Por contrabandear un reactor nuclear y por asesinar a dos hombres. Pero tengo que regresar con mi familia, al siglo IX. Tengo que salvarles la vida.

Las fosas nasales se le dilataron al tiempo que se secaba las lágrimas.

—¿Y mi familia? —Hizo un ademán con el brazo—. ¿Qué me dices de salvar la vida de mi padre discapacitado o de mi hermano con necesidades especiales? —Dio dos pasos enfurecidos hacia el huso—. ¿Qué me dices de mi sobrina bebé y el niño que está en camino? —Movió el brazo para formar un arco ancho—. Esta cosa parece ser la respuesta a muchos de tus problemas. La gente no debería poder viajar en el tiempo para resolver sus problemas. Deberías aceptar tu destino y actuar para mejorar tu vida donde sea que estés. Quédate aquí, conmigo. Veamos cómo salir de este desastre.

Golpeó el puño contra el oro.

—Si viajara en el tiempo…

La máquina soltó un zumbido. Las runas nórdicas entalladas y los patrones enrizados destellaron y estallaron en una explosión de luz pura. Los dorados hilos del tiempo crujieron y crecieron para enredarse alrededor del huso, como si una gigantesca mano invisible los estuviera tejiendo. Durante una décima de segundo, la luz de los patrones, las runas y los hilos se intensificó en un destello que cegó a Channing. Tuvo que cerrar los ojos, pero cuando los volvió a abrir… Ella había desaparecido.

Luego varias cosas pasaron al mismo tiempo. Se oyeron muchos pasos en algún punto más alto, y Channing alzó la mirada. Ricardo se encontraba en el borde de la entrada al sótano, con el arma apuntada a Channing y la mirada clavada en el sitio donde Ella había desaparecido.

—¿A dónde mierda se fue? —le preguntó gritando y clavó la mirada en Channing—. ¿Qué le hiciste?

Channing corrió hacia el huso. A lo mejor sí resultaría.

—¡No te muevas! —le gritó Ricardo—. ¡O te disparo! ¡Arriba las manos!

—¡No te muevas! —le gritó otro policía. Channing se quedó quieto y alzó las manos.

—¡Arroja la espada al suelo! —le gritó Ricardo, al tiempo que comenzaba a descender por las escaleras metálicas.

Cuando alzó las manos, la espada cubierta de sangre repiqueteó contra el suelo.

—Channing Hakonson —gritó Ricardo al acercarse—, quedas arrestado. Tienes derecho a guardar silencio. —Llegó a Channing y le colocó los brazos en la espalda—. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra en una corte de justicia…

El metal frío de las esposas le abrasó la piel de las muñecas.

Mientras Ricardo lo conducía por las escaleras del sótano, le gruñó al oído:

—Vas a responder por esto, bastardo. Me vas a decir dónde está y te vas a pasar el resto de la vida en la cárcel por lo que has hecho. Ya tenemos suficientes pruebas.

Mientras lo sacaban del sótano y lo alejaban de su oportunidad de volver a viajar en el tiempo, lo único en lo que pudo pensar fue en Ella. ¿Dónde estaba? Si había viajado en el tiempo, tenía que hacer todo en su poder para ir tras ella.

Sin importar dónde estuviera.

~

NORUEGA, 896

ELLA ABRIÓ los ojos a una luz gris que fue dolorosa tras la oscuridad completa. Estaba acostada sobre las piedras en la cima de una montaña, y la vista que se extendía ante ella le quitó el aliento.

Un gran cuerpo de agua se torcía alrededor de la base de unas montañas. Era demasiado ancho y se encontraba muy calmo como para tratarse de un río. Las montañas eran pronunciadas y altas, y parecían paredes de granito con cimas cubiertas de nieve. Una escasa vegetación de árboles, arbustos y césped, crecía en la costa, cerca del agua.

Luego reparó en los barcos. Eran unos navíos de madera, que tenían una única vela cuadrada y una proa curvada con una suerte de formas de dragones… ¿Eran barcos vikingos?

El corazón le latió acelerado. ¿Dónde se encontraba la ciudad de Boston cubierta de nieve? ¿Dónde estaba Channing Hakonson? ¿Y la máquina para viajar en el tiempo?

La maldita máquina para viajar en el tiempo. La había tocado, y lo último que recordaba eran los hilos de oro que la habían jalado hacia algún sitio y la habían desgarrado a nivel molecular. La realidad se había nublado, pausado y mutado, como sucedía en sus sueños.

—¿Y tú quién eres, hermosa? —le preguntó una voz masculina a sus espaldas. Ella se volvió.

Un hombre alto y musculoso, con el cabello cobrizo y una barba larga del mismo color, se ceñía sobre ella. En una mano, tenía un hacha, y por la espalda le asomaba un escudo redondo. Tenía el rostro cubierto de tatuajes nórdicos. Llevaba puesta una túnica desgastada y un abrigo de piel de color marrón que le cubría los hombros. A sus espaldas había hombres armados con hachas, espadas y lanzas, algunos a lomos de caballo, y todos vestidos igual que él. Igual que Eirik, Náli y Ragnar. Y le había hablado en la lengua nórdica antigua.

Un temblor la conmocionó al tiempo que una ola de pánico le invadía el vientre como una serpiente congelada. Despacio, se puso de pie y le apuntó el arma al hombre. Las manos le temblaban.

—¿Qué año es? —le preguntó.

El hombre frunció el ceño mirando el arma que sostenía en las manos con suma curiosidad.

—Un año normal de momento. El verano ha sido cálido, pero lluvioso.

Diablos. Era probable que los vikingos no calcularan los años y, si lo hacían, no se guiaban por el nacimiento de Jesucristo.

—¿Quién eres?

A Ella le temblaron las manos.

—¿Quién eres tú?

—Harald, el rey de Noruega. ¿Y qué es eso que sostienes en las manos?

¡No, no, no! ¡No podía haber viajado en el tiempo al siglo IX en lugar de Channing!

El rey Harald dio un paso hacia ella.

—¡No te muevas o te disparo!

El hombre se rio.

—¿Me vas a disparar? ¿Con eso?

Con una sonrisa, avanzó hacia ella. Antes de que pudiera pensar, jaló el gatillo una vez, dos y tres… Pero no se oyeron más que clics. El cartucho estaba vacío. Lo había gastado en el maldito laboratorio.

El rey Harald llegó hasta ella y, antes de que pudiera reaccionar, le dio una bofetada dura que no solo le provocó mucho dolor, sino también un zumbido en los oídos y un mareo en la cabeza. Ella asumió una posición de pelea, pero el mareo la desorientó. Arrojó unos puñetazos hacia el rey Harald, que se limitó a reírse. Luego, hizo un gesto, y sus hombres se acercaron a ella y le sostuvieron los brazos contra la espalda. Ella les pisó los pies, pero solo logró arrancarles unos gruñidos que sonaron de lo más entretenidos, como si fuera una niña intentando enfrentarse a adultos.

—Eres una cosita de lo más brava, ¿no? —le preguntó el rey Harald—. ¿Y de dónde has venido? —Entrecerró los ojos celestes y la escudriñó—. ¿Acaso te envió una de las nornas para mí? —La recorrió de arriba abajo con la mirada—. Bueno, una viajera en el tiempo. Una mujer hermosa con el espíritu de una valquiria. La mujer de mi corazón. Vendrás conmigo. Necesito una esposa. Y nos llevaremos de mil maravillas.

Se dio la vuelta e hizo un gesto para que lo siguieran. Pero antes de que pudiera decirle que se pudriera en el infierno, una mano sucia le cubrió la boca y comenzaron a arrastrarla detrás del rey Harald.

Ella gritó e intentó morder la mano, debatiéndose contra los hombres que la sujetaban, pero al parecer su destino estaba sellado. Se encontraba en el siglo IX, en la Escandinavia vikinga, cuando su familia y Channing, todos sus seres queridos, se encontraban en el futuro, en un mundo que estaba muriendo.

Tenía que regresar a ayudarlos. Y lo haría… sin importar qué tuviera que hacer.



OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

Acerca del Autor

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!